

DIARIO

Decano de
la Prensa
de Cuba

DE LA MARINA

Sección dominical
Literatura - Amenidades
Reportajes - Colaboraciones
exclusivas de Europa y
América

Habana, 16 de Abril, 1939



Las Grandes Colaboraciones
Españolas:

LO QUE DESAPARECE EN

ESPAÑA

Por. PIO BAROJA

Nuestras grandes colaboraciones españolas exclusivas

EN una conmoción tan fuerte como la que está sufriendo la España actual una serie de productos materiales y espirituales de la cultura tienen que transformarse y muchos desaparecer. En algunos pueblos en donde las batallas han sido reñidas y ha tronado el cañón y ha explotado la dinamita, calles, rincones típicos, viejos edificios han quedado destruidos y arruinados. Restos importantes de arqueología y de historia se habrán perdido para siempre.

Manifestaciones de menos fuste que el arqueólogo y el historiador no toman apenas en cuenta y curiosas e interesantes para el costumbrista iban perdiéndose, ya hacía tiempo, y acabarán de perderse definitivamente con el fragor de la guerra y los desastres de la revolución. Entre estas manifestaciones se pueden contar los usos, las costumbres, los trajes y las prácticas de algunos oficios. Todo tendrá que renovarse y se emplearán procedimientos nuevos que ya difícilmente con el tiempo se podrán convertir en tradicionales porque la industria nueva no permite la tradición.

Haciendo para mí mismo un cuadro comparativo de usos y costumbres de España desde hace cincuenta años, es decir de la época ya remota en que yo dejaba la infancia para entrar en la adolescencia y comenzaba a fijarme y a darme cuenta de lo que pasaba ante mis ojos, veo lo que ha cambiado y se ha transformado el país.

En algunas cosas España ha dado saltos por ejemplo en cuestiones de alumbrado; en muchos pueblos no sólo aldeas sino en pueblos granados se ha pasado del candil y de la tea a la luz eléctrica.

Yo viví la época de adolescente entre Madrid, San Sebastián y Pamplona.

En Madrid por este tiempo en algunos barrios más o menos pobres no había aun agua en las casas. Existía el aguador, un tipo desaparecido.

El aguador era un personaje que daba un aire aldeano y campesino a la calle. Era casi siempre asturiano, vestía con calzón corto, chaqueta pequeña, un trozo de cuero como media zajona sobre el pantalón en el muslo derecho para apoyar la cuba antes de echarla al hombro y una montera en la cabeza. El traje del aguador era de una tela que ya no se ve en ninguna parte, maciza y dura como la piedra. A veces el hombre llevaba patillas y a veces sotabarba; solía estar sentado sobre la cuba con sus compañeros alrededor de las fuentes viejas, que se llamaban de los antiguos viajes de Madrid, que eran de agua salina, agua gorda, que se consideraba por puro misoneísmo mejor que el agua casi destilada del canal de Lozoya.

Los madrileños siempre han sido catadores y bebedores de agua. Hasta principios de siglo hubo en Madrid, en verano, puestos de agua, aguaduchos, en donde se bebía agua con azucarillos servida por una buena moza. Esta costumbre dió origen a una zarzuela «Agua, azucarillos y aguardiente», con una música admirable del maestro Chueca.

Otro tipo desaparecido de la corte con una desaparición muy rápida fué el maragato. El maragato era pescadero. Habitando una región interior que no tiene costa no se comprende por qué se había dedicado a esta especialidad. A la puerta de todas las pescaderías de Madrid se le veía al maragato con su traje regional de aire antiguo. Este consistía en unos calzones anchos, verdes a rayas negras, atados con cintas a las polainas, un chaleco de cuero o de ante, un jubón de color con botones de filigrana y un sombrero redondo de alas anchas y copa chata con dos cintas para atrás. Con sus bragas se parecía un poco a los bretones.

Los maragatos un día se decidieron a abandonar esta indumentaria patriarcal y de su carácter y de su antigua vestimenta no les quedó más que un peto y un mandil negro y verde. Fué una ruptura vio-

lenta de la tradición en su traje que hubiera podido producir largas reflexiones retóricas en un hombre elocuente y maestro en la materia vestuaria como Carlyle.

En mi tiempo de chico, en Madrid, daba sus últimas boqueadas el oficio de memorialista. El memorialista era el escribiente del pueblo ínfimo, el secretario particular de criadas, nodrizas, soldados, pinches, cigarreras, etc. Yo recuerdo uno de la calle de la Luna en un tugurio oscuro con un cartel blanco escrito con letras negras y dos o tres en portales estrechos de las proximidades del Rastro que hace cincuenta años por su confusión, su abigarramiento y su chulería desgarrada era cosa seria y pintoresca.

En Barcelona había también memorialistas en el centro de la ciudad, en la Rambla, al lado de una antigua casa barroca llamada de la Virreina.

Otro tipo aunque muy escaso también desaparecido era el del hombre del *tuti li mundi*. Se llamaba *tuti li mundi* en España a un cosmorama portátil como un cajón largo, con un techo de madera y que tenía en las paredes laterales varios agujeros redondos de cristal por donde se veían paisajes, vistas de ciudades y escenas fantásticas iluminadas. Este cajón solía ir tirado por un caballo o por un burro.

El *tuti li mundi* se llamaba también mundo nuevo. De aquí el nombre de una campa de Madrid próxima a la Ronda de Toledo intitulada Campillo del Mundo Nuevo.

El *tuti li mundi* aparecía en los pueblos durante las ferias; en Madrid se estacionaba en alguna plaza, con frecuencia en la Plaza Mayor, y a veces el hombre que lo exhibía redoblaba en un tambor y explicaba las vistas de su pequeño escenario.

El último que recuerdo haber visto pasaba en Madrid hace tres o cuatro años por la calle Ancha de San Bernardo tirado por un borriquillo. No sé a dónde podría ir. Tenía un aire tan pobre, tan humilde, que me producía melancolía.

En la niñez me había parecido una cosa tan atractiva esta máquina de las vistas que ahora que se arrastra en la general indiferencia por contraste me daba una sensación de tristeza.

No había soñado nunca con asomarme a la Ópera de París, al Real de Madrid, a la Scala de Milán o al Covent Garden de Londres; en cambio había soñado con mirar por aquellos agujeros del cosmorama y pocas veces lo conseguí.

Desde entonces acá otros oficios si no han hecho variar el tipo de los obreros por lo menos les han hecho cambiar de vestimenta. Los cajistas iban en esa época con una blusa azul larga y encima una capa en el invierno. Había dos clases de cajistas: los más antiguos partidarios del vino y los más modernos del café. Entre éstos comenzaban a bullir los socialistas. Los albañiles vestían de blanco en verano y en invierno llevaban con frecuencia una zamarra o pelli-za. Los panaderos, muchos asturianos y gallegos, llevaban todavía monteras de cuero y algunos castellanos de pelo. Los chulos usaban una gorra alta y tufo como las ratas de la Gran Vía y las mujeres toda clase de mantones y un pañuelo que con el moño empingorotado hacía un pico en la cabeza, pañuelo que ahora se vuelve a estilar entre las señoras que van en automóvil.

Entre los obreros no creo que se pueda mencionar al verdugo. Yo he visto dos en un largo período de tiempo. Al uno lo vi en una ejecución que hubo en Pamplona hace más de cincuenta años. La carreta del reo pasó por la mañana por delante de mi casa. El verdugo iba tras ella a pie. Vestía como un campesino, pantalón corto, chaqueta corta y sombrero ancho. Al otro verdugo lo vi en Madrid y éste vestía como un empleado modesto.

Los pregones de los vendedores de la capital tenían su carácter, algunos eran muy bonitos y pasaban al teatro. Al madrileño le recordaban las estaciones. Había el de los claveles dobles, el del requesón de Miraflores de la Sierra, el que componía tinajas y artesones, el de las liebres, el de las castañas, de los rábanos, etc., etc. De noche entre los gritos de los vendedores de periódicos, al menos en el barrio de Chamberí donde yo vivía, se oían dos anuncios melancólicos, el de una mujer que vendía cañamones tostados: ¡La Cañamonera, tostaditos! y la de otra que decía: ¡La rosera rosas, a cuarto rosas!

Estas rosas parece que son unos fritos de harina con miel.

Otro tipo que no se le veía más que de tarde en alguna plaza era el hombre de los pajaritos sabios. Sin duda era solicitado en pueblos de alrededor de Madrid y viajaba.

Llevaba un trípode donde ponía la jaula con sus pájaros, jaula que tenía varios compartimentos y al lado se sentaba él en una silla de tijera.

Era un tipo pequeño, moreno, chato, vestido negro, con gorrilla y cara de pocos amigos, pero un mono viejo. Solía hacer observaciones muy a la gente del público con un acente medio andaluz.

Lo que a mí me chocaba al verle es que había una ilustración de Madrid del año 1855 al 60 en el Museo Universal o en el Mundo Pintoresco un dibujo de Ortego del hombre de los pajaritos bios de su época que se parecía mucho al que yo

—No puede ser el mismo, pensaba yo, por si antes del 60 el hombre que dibujó Ortego ya a juzgar por su aspecto más de cincuenta años ahora tendría que tener cien.

No pude comprender cuál sería la razón de la semejanza entre el hombre vivo y el dibujado; era un hijo o un pariente del antiguo que tomado su tipo y sus costumbres.

El gremio de charlatanes era rico en las plazas madrileñas. Vendían toda clase de productos medicinales. Específicos contra la tenia, el dolor de muelas, de alacrán, manteca de serpiente de cascabel. Desaparecieron; debieron refugiarse en las academias y en los ateneos y en las reuniones populares.

Un oficio más de pueblo que de capital era el galonero.

El galonero, tipo sospechoso, tenía mala fama se le consideraba como hombre que hacía negocios turbios, que compraba objetos robados de las ermitas y que engañaba a la gente. En general que practicaban este comercio eran hombres de treinta a cuarenta años, robustos, de barba crecida y la piel atezada por andar por los caminos. Llevaban una cartera. Su grito era:

—Oro, plata y galones... que vender.

Otro personaje campesino y curioso que yo menos no he visto en Madrid era el santero. En Pamplona pasaba alguno que otro. Solía ir de pueblo a pie, con la imagen de un santo o de la Virgen sacada de alguna ermita. Esta imagen adornada que llamaban la demanda iba dentro de una caja de madera con uno de los lados de cristal.

Alguna gente, no mucha, besaba en el suelo, daba un cuarto y los más rumbosos una escudilla que debían ser cuatro maravedises.

Los santeros hacían una relación de los santos del santo en verso que recitaban como un rosario. Estos santeros, los pocos que recuerdo yo, eran rojos por el aire y el sol y se les tenía por unos truhanes. Vestían capote de paño fuerte, y algún garrote de espino en la mano.

En Pamplona más que por las calles del casco se les veía por fuera de las murallas en lo que se llama «la vuelta del Castillo». También aparecían estos parajes peregrinos, con su capa y su sombrero llenos de conchas y su báculo con su calabaza iban generalmente a Santiago de Compostela.

El último que vi de estos tipos fué uno que estableció a orillas del Bidasoa en la casucha de una mina abandonada. Vendía rosarios.

El mendigo, que no ha desaparecido, pero lo que cabe ha cambiado de indumentaria era un tipo más pintoresco. Iba como ahora descuidado, con la barba larga o con las guedejas grises y canas. En Pamplona usaban con frecuencia la anguarina. La anguarina según el Diccionario de la Real Academia es un gabán de paño pardo y sin mangas. En Pamplona empleaban los labradores de algunas comarcas de manera que entre los campesinos se usaban

LO QUE DESAPARECE EN ESPAÑA



por PIO BAROJA

Columnas de la Puerta del Sol de Madrid vestido de majo con ese sombrero, marsellés de alamares, patillas de boca de hacha y pantalón corto. También le vi una vez a Frasuelo en la calle con la misma indumentaria aunque con pantalón largo.

El sombrero ancho con una copa en forma de cono truncado y un aro alrededor que se veía mucho hace treinta años en tierra castellana ha desaparecido casi por completo. En algunos lados le llamaban de catite que no era denominación exacta porque el catite tenía la misma clase de copa algo más alta, y el ala muy corta. En otras partes le llamaban de zaranda o de cedazo porque se parecía a este utensilio para cribar, en otras de Pedro Bernardo y en Salamanca le decían la gorrilla.

Daba este sombrero a la cabeza del campesino el aire del planeta Saturno de las estampas de los libros de geografía y astronomía de las escuelas.

El gran sombrero de teja de los curas, como el de don Basilio de «El Barbero de Sevilla», también ha desaparecido porque el que ahora usan los clérigos es microscópico.

Mucha de la indumentaria popular lleva camino del museo etnográfico, lo cual quiere decir que no tiene vida. Los zaragüelles valencianos, las monteras gallegas, los zorongos aragoneses y las barretinas catalanas, la capa larga de los campesinos, los calzones estrechos adornados con monedas de plata, las chorreras almidonadas y las camisas bordadas de colores pertenecen al pasado y pueden servir para la atracción turística.

Cuando el hombre coge la idea de que su indumentaria choca con el ambiente se repliega en sí mismo y la abandona. El espíritu gregario es muy fuerte en cuestiones de vestimenta.

Yo recuerdo dos casos de personas seguras de su actitud. Una era un viejo de Coria a quien vimos en una excursión que hicimos por Extremadura. Este viejo vestido a la antigua tenía una prestancia que imponía. Otro era un leñador de Soria que vi hace cuarenta años. Llevaba un abrigo como una dalmática con una capucha de lana blanca y hablaba y se movía con un aire de gran dignidad.

París, marzo de 1939.

toscos sin mangas pero en Navarra y Castilla llamaban anguarino no sólo tenía mangas sino éstas eran muy largas y además, cosa que me gustaba al abrigo llamado así, los que lo llevaban una de las mangas en el puño con un botón y les servía de zurrón y allí guardaban los panes, las mazorcas de maíz o lo que fuera daban en las casas.

gubán largo que aseguran que primitivamente era una hungarina por proceder de Hungría no tenía ni señal de tallo; era de paño de sayal y creo que tenía una esclavina corta.

de las aldeas y en el campo vasco, que yo pude ver en el tiempo que fui médico de Cestona y Guizcoa, la gente un poco misteriosa un tanto a la hechicería había desaparecido. Quedaban los herbolarios que vendían hierbas medicinales y curanderos, hombres y mujeres, que realizaban fracturas y dislocaciones en personas y en animales. También había algunos que hacían ensalmos para curar las epidemias del ganado. Uno de ellos vino de América y volvió rico y pasó algún tiempo en Vera con su familia.

herbolario más curioso que recuerdo fue uno que vivió en San Juan Pie de Puerto. Era hombre de unos 40 a 50 años, de cara ancha, pelo rojizo y ojos de plata. Hablaba español, francés y vasco y tenía un humor irónico y burlón. Vestía traje de dril y tenía una caja de metal bastante grande con una cerradura de bandolera.

La caja solía sacar cosas raras: un coccal con víboras y otro con víboras vivas aunque aletargadas. Decía que él las cogía con los dedos y las echaba al agua y si protestaban mucho las estrangulaba. Él llevaba dos o tres pequeños escorpiones en una botella de cristal. Este herbolario muy petulante era un químico y un botánico sabio. No me acuerdo nada que el tal tipo hiciera algún comercio de cocaína o de morfina entre España y Fran-

ciestas que a veces hacían de comadronas habiendo ido a todas las aldeas. El médico se encontraba a menudo con un enfermo con un parche que olía a peyote que nadie sabía de qué inmundicias estaba hecho.

un elemento importante del campo aunque muy perseguido era el de los curanderos que reducían fracturas y dislocaciones. Mucha gente creía más en ellos que en los médicos. Después se ha dado con frecuencia de que denunciados algunos curanderos por practicar la medicina han presentado su título denunciado.

¿entonces ¿por qué ejercían de esa manera? Les han dicho.

que así teníamos más trabajo.

yo era chico en San Sebastián casi todo el mundo tenía fractura o con dislocación iba a ver a un médico llamado Petriquillo, que era pariente de otro médico de oficio y del mismo mote que fue llamado Petriquillo a Zumalacárregui cuando éste fue herido durante la guerra carlista en el balcón del palacio durante el sitio de Bilbao.

en Valencia y en el sur de España he visto a algunos curanderos que emplean la vara de avellano para curar según ellos el agua subterránea y algunos que curan las enfermedades con oraciones y encantamientos. Generalmente son mixtificadores y pillos.

en el tiempo que los tipos se van esfumando y cambiando, la indumentaria tradicional de los campos y ciudades. Ya apenas hay herbolarios en España aunque parece que con la guerra se empieza a cultivar de nuevo el lino. El traje antiguo ha ido sustituyéndose por el moderno que naturalmente tiene ventajas de comodidad y baratura, etc.

un barbero calañés, muy gracioso, que duró al menos hasta la Restauración de 1875 yo no lo he visto pero he visto de estudiante a un torero llamado Regatero, que solía estar en el Café de las



Charlotte Lysés



Genevieve de Saint-Jean



Jacqueline Delubac



Yvonne Printemps

SACHA GUITRY

EN LA FARANDULA Y EN LA VIDA

SACHA GUITRY es el hombre más sonoro en las bambalinas de París. Desde hace varios lustros campea en plano exclusivo sobre el mundo de la farándula. Para él expanden sus sándalos los más refinados pebeteros de la admiración. Sus caracterizaciones son célebres; célebres son también las piezas teatrales que escribe. Sus frases son comentadas. Sus ideas sobre mil asuntos diferentes, originales a veces, hallan eco propicio y son puestas en práctica. Su ingreso en el cinematógrafo duplicó sus éxitos vulgarizando su fama. Los salones más aristocráticos reclaman su presencia. Las mujeres más bellas gustan de Sacha —como se le llama familiarmente por todos— pose sus labios expertos sobre sus manos codiciadas. Es, en resumen, puesto que Sacha Guitry es mil cosas y una sola cosa, el «niño mimado» de París...

Sacha Guitry, sobre todo, es un gran actor. Después es un buen autor. Cuando vamos a ver cualquiera de las piezas firmadas por él, siempre topamos con el filósofo de salón. Su técnica es elegante y discreta; amarga en el fondo y cínica en la forma. Gusta a todos sin defraudar a ninguno. Su intención iconoclasta jamás destruye; se limita a levantar el maquillaje de sus estatuas animadas. Es un autor muy siglo XX y, especialmente, muy parisien. Sus piezas, aunque no podamos garantizar que convezan, en cambio, aseguramos que gustan. Por eso triunfa Sacha Guitry como autor, si bien su filosofía no se plasme más allá de la enigmática interrogación de una sonrisa...

Pocas personas en Francia son tan populares como Sacha Guitry. Pudiéramos asegurar, sin temor a exagerar mucho, que su nombre disputa al del Premier la «vedette» en los periódicos. Y aun en esta justa de popularidad, gana Sacha. Los Primeros Ministros —especialmente en la agobiada Francia de los últimos años— varían con rapidez de tobogán. En cambio, Sacha Guitry desde hace varios lustros no ha dejado un solo instante de ser el insustituible Sacha.

Es verdaderamente notable la inestabilidad de los Gobiernos de Francia. Una anécdota que nos viene al recuerdo revela la serie vertiginosa de estos cambios de Gobierno.

Al doctor Schacht, cuando ponía su genio financiero al servicio de las necesidades del Reich, se le preguntó en una ocasión cuál era la causa que le impedía llegar con Francia a un entendimiento económico duradero y beneficioso.

El malabarista del marco sonrió y contestó rápidamente:

«¿Cómo quiere usted que ello sea posible? Inició las gestiones con el Ministro de Finanzas de Francia; a poco, cuando las oportunidades aconsejan reanudarlas, me encuentro con que mi colega del otro lado del Rhin ha sido sustituido. En los años que llevo dirigiendo los intereses del Reichsbank he estado en contacto con más de dos docenas de Ministros de Finanzas franceses...»

Pero dejemos estos turbios problemas de índole internacional y volvamos al insigne Sacha Guitry.

El formidable actor francés es un hombre, en rea-

El actor mimado y el autor filósofo. Hombre de mundo fuera del teatro. París sujeto a los caprichos de Sacha. Su amor a la publicidad solo es Guitry. Su cuarta boda con otra artista. Casanovas superado por Cecile Sorel. Sus tres fracasos matrimoniales. El binomio Yvonne Printemps Sacha fracasado y Pygmalion triunfante.

Por RENATO VILLAVERDE

lidad, prodigioso. Su influencia se proyecta en todos los medios sociales donde es querido, admirado y respetado. Hombre mundano, sibarita, elegante, de profunda cultura, de inteligencia ágil, conversador delicioso, procaz a veces, epigramático y anecdótico, pero siempre gran señor de sonrisa fácil y gesto oportuno. Es a la farándula francesa lo que Fernando Díaz de Mendoza fué a la farándula española.

Para darnos una idea de lo que es capaz de lograr Sacha Guitry cuando algo se le mete entre ceja y ceja, recordemos el éxito inicial de la pelí-



Sacha Guitry

cula «Las Perlas de la Corona». Antes que dijéramos que esta joya del cine francés, en pusieron de acuerdo ante la cámara las caprichosas voluntades de los mejores artistas, es exclusiva del genio de Sacha Guitry. Pocos meses de su estreno en los bulevares, Sacha, en satisfacción de reunir, en los lujosos salones «Cercle Interallié», para una proyección privada la cinta, al Presidente de la República, al Gobierno y a los Ministros del Gabinete, a los Presidentes del Senado y de la Cámara de Diputados a las ocho o diez familias más selectivas de la levard Saint-Germain y a los catorce Embajadores extranjeros acreditados en Francia.

Esta reunión de personalidades pocas veces se repite en París. Son hombres extraordinarios, ocupados, invitados con exceso; que prestan un curso con dificultad para cualquier acto que requiera; que faltan a cosas en que sus presencias por la índole trascendente de las ceremonias son inevitable; que se disculpan, se escabullen, hacen representar cada vez que pueden desde luego, por las obligaciones de sus otros oficios. Puede decirse que jamás van al cine. Sin embargo, bastó que a Sacha Guitry se le ocurriese a ver una de sus películas, para que estas decenas de señoras concurren sin falta como si se tratase de la más importante de las ceremonias que pueden tener lugar en París.

Por cosas como ésta, Sacha Guitry es un hombre que no tiene rival en Francia.

No hay duda que Sacha Guitry es fantástico. Si a su compleja personalidad fuéramos a buscar un punto flaco, lo hallaríamos en su amor desmedido a la publicidad. No regatea esfuerzo para que su nombre suene. No le basta con admirarlo en las pantallas luminosas en los frontispicios de los cinematógrafos y en los teatros. Necesita verlo también en los moldes, en periódicos y revistas, fuera de los anuncios y de las críticas de las piezas en que participa. Por eso anda mezclado en cosas que parecen ser antípodas al radio de acción de su carrera de actor-autor afortunado. Le gusta hacer artículos periodísticos. A ratos, cuando se siente humilde, compone versos. Opina en mil problemas de actualidad. Y haciéndole justicia, debemos afirmar que opina bien. Es un ser enciclopédico, que ama las manifestaciones del espíritu y de la materia. Bien, a consecuencia de ello, resulta un esclavo de la publicidad.

Para hallar un duplicado a la fiebre publicitaria de Sacha, tendríamos que detenernos en la gran figura de las bambalinas parisienses. No heredara el cetro vacante de Sarah Bernhardt, que, al igual que la coja inmortal, se resistió a cesar del escenario de sus triunfos a pesar de la monotonía de años que se apilonan sobre su vida de nacimiento. Este apollillado documentado Celimene me lo mostró una noche en su camerino del teatro «Mogador», la mano nerviosa y bastante antigua de la Mistinguett. La genialidad del «music-hall», en una entrevista que le hicimos en el DIARIO DE LA MARINA en el invierno de...

La Maté Porque me Sermoneaba Tanto..."

LOS esposos Cunningham eran prominentes en la sociedad de Oklahoma City, importante urbe del medio-oeste norteamericano. Roger Cunningham era hijo de un opulento médico de aquella metrópolis y su esposa era una popular cantante de radio. La casa era de propiedad de los Cunningham, situada en un barrio elegante, era teatro de festejos casi todas las noches, pero era Eudora quien siempre gustaba de obsequiar de la manera más cuidadosa a sus numerosos amigos. Roger asistía a estos "parties".

El 6 de marzo riente Roger acompañó a Eudora en su auto hasta la estación del ferrocarril, que la estrella del radio tomaría hasta San Francisco de California para participar en un programa. Pero Eudora no llegó jamás a su destino.

El 20 de marzo Rober Cunningham fué arrestado. La investigación secreta llevada a cabo por los padres de la desaparecida había revelado varias circunstancias sospechosas acerca del marido, y las muchas contradicciones que hizo luego en la indagatoria policial dieron fe a las sospechas. El telegrama de Eudora averiguó que había sido puesto en San Francisco.

Aún confrontando con los hechos, Cunningham seguía manteniendo inmutablemente su inocencia.

Pero convencido de la culpabilidad del reo, tan tenaz como éste en su insistencia, el fiscal Morris Newton, volviendo cien veces sobre la misma pregunta, logró al fin que Cunningham revelara en donde estaba su esposa... Pero veamos cómo llegó a su punto culminante esta in-

vestigación que resistió a la tentación de demostrarme en forma fehaciente que la rival que le había surgido sobre los tabladillos frivoles de París, después de haber emigrado espectacularmente en la Comedia Francesa, la ganaba en ancianidad por una docena de años bien contados...

Cecile Sorel, efectivamente, desde hace tres o cuatro años se ha convertido en la rival de la Miss Guitry. Este cambio radical de Celimene causó la viva sorpresa que haya experimentado el mundo de París en todo lo que va de siglo. Una genialidad de la gran trágica, que sigue haciendo tragedia y recitando a Moliere desde el «Théâtre de la Madeleine» y el «Casino de París». Este ha sido uno de los éxitos de publicidad más intensos que haya cosechado la Sorel. Su sed de primer premio la hace realizar cosas extraordinarias. Se casó con un distinguido descendiente de sangre azul y honora su nombre, fuera de los programas teatrales, con un rimbombante título nobiliario. En una ocasión adquirió a precio de oro la cama de Madame de Pompadour. A veces hace chocar su automóvil que ella misma maneja para verse desmenuzados en las páginas de los diarios retratada junto a un magullado auto. En otras ocasiones inventa espectáculos en su domicilio, entre los mil objetos de arte que allí almacena...

En su habilidad para buscar trucos de «reclame», que Sorel es más fecunda que Sacha Guitry. Pero en cambio, justo es reconocer que Sacha resulta elegante en desenroscar la serpentina de su nombre.

Ahora bien, el talón de Aquiles en materia de publicidad, lo tiene Sacha Guitry en sus problemas amorosos. Y es casi seguro que no se sienta muy agraciado por ello. Todos los hombres, aún los que pertenecen al dominio público, gustan guardar para sí los ritmos incontrolables de su corazón. Su vida privada, inútilmente, tratan de conservarla para ellos solos. Pero la curiosidad de las gentes no se reduce a los salones, pretende ingresar en los «salons de la presse»...

Sacha Guitry, eminentemente parisién, adora con

dagatoria. El fiscal lo cuenta en las siguientes palabras:

—Habíamos hablado de todo un poco, en tono amistoso. Le dije que no teníamos duda alguna que él había asesinado a su esposa. Le describí la terrible agonía de los padres, la horrible incertidumbre acerca del paradero de su hija. En esto Cunningham volvió la vista a otra parte; había una expresión extraña en su rostro. Se levantó de su asiento, casi sin mirarme, me sacó el lápiz que tenía en el bolsillo de la chaqueta, y sin decir una palabra comenzó a dibujar un plano sobre la mesa. "Aquí—dijo al fin—está mi esposa. Yo la estrangulé... la enterré en el alcantarillado que están construyendo aquí. La empujé a puntapiés y la cubrí con tierra. No sé por qué lo hice"... Fué una barbaridad, debí estar loco.

Cunningham escribió y firmó más tarde una confesión completa.

Contestando a las preguntas de los periodistas, el prisionero negó que el crimen hubiera sido premeditado:

—Jamás pensé hacer una cosa tan terrible—dijo—. Sentados en el auto discutimos... Yo perdí la razón. La maté porque me sermoneaba tanto, pero desde entonces me cuesta trabajo creer que yo fuera el autor de un crimen tan espantoso.

Roger y Eudora Cunningham habían llevado una vida corriente. La diferencias de caracteres no los dejaba congeniar bien. Sus discusiones y querellas los llevaban rápidamente por la vía del divorcio, pero jamás había surgido entre ellos nada que motivara el homicidio.

Era el segundo mal enlace matrimonial de Roger. La primera Mrs. Cunningham pidió el di-

exceso a las mujeres. Una silueta bella, una sonrisa perfumada, una mirada honda y prometedora, galvanizan sus células ante el reclamo de la estética. Además, resulta un hombre —y he aquí lo más grave al decir de sus esposas— que gusta a las mujeres. Es un moderno Casanova, a pesar de sus años que ya son muchos, que no se rinde al reclamo del amor. Dicen los que dicen que lo conocen bien, que por una dama es capaz de dar su alma al diablo.

En fin, sea como sea, lo innegable es que Sacha Guitry ha hecho incursiones desafortunadas en el campo del amor, es decir, del matrimonio, que no siempre es lo mismo.

Tres veces se ha casado y tres veces se ha divorciado. Pero Sacha no cree en sus derrotas sentimentales. Su joven corazón late lleno de fuego todavía. Aun está fresca la tinta de la sentencia de su último divorcio, cuando ya anuncia su nuevo enlace. Y como siempre, Sacha Guitry se propone unir su vida por cuarta vez a la de una mujer de la farándula.

Su primer matrimonio y su primer divorcio, todo ello ocurrido hace ya algunos años, no tuvo gran resonancia. Charlotte Lyses fué su primera ilusión y su primer fracaso. Sacha, entonces, no tenía el nombre de hoy. Además, un matrimonio y un divorcio nada significan de anormal en los tiempos que corren. Sacha Guitry, en aquella época, pudo amar y sufrir sin dificultades. La incandescente pupila de la curiosidad general no se había posado en el ojo de la cerradura de su alcoba.

A poco su corazón se complicó de nuevo, cuando ya Sacha Guitry comenzaba a ser Sacha. El objeto de sus amores era una figurita que espigaba con gracia en los escenarios de París: Ivonne Printemps. Bajo la mano del maestro, Ivonne fué fijando sus maravillosos contornos artísticos. Su nombre, en cascada de fuego, estrelló el cielo de París. El binomio Printemps-Guitry conoció todas las cimas gloriosas. Sacha escribía para Ivonne, y ambos resplandecían sobre los escenarios de los bulevares.

Su divorcio fué una bomba. Durante meses los



Roger Cunningham, a la derecha, prominente en la sociedad de Oklahoma City, con su abogado Mr. H. K. Hyde, después de haber confesado que estranguló y enterró en una alcantarilla en construcción a su bella esposa, cantante de radio. (Foto Acme-Editors Press).

divorcio alegando crueldad por parte de su marido. Más tarde Cunningham fué recluido voluntariamente en un asilo de dementes. En esto fundarán sus abogados la defensa, aunque el fiscal Mr. Morris afirma que tiene pruebas fehacientes de que el asesinato fué premeditado. Cunningham, dice, fué a inspeccionar la construcción del alcantarillado varias veces antes del crimen. La antevíspera y la víspera de la tragedia, según los testigos que se presentarán en el juicio, se vió a Cunningham examinando la misma zanja que habría de ser la tumba de su mujer.

diarios de París esparcían a los cuatro vientos las pavesas de aquella pasión. En las terrazas de los cafés se especulaba sobre el estado sentimental de sus corazones bifurcados. París, compasivo y comprensivo, vertió lágrimas sobre el búcaro roto de los amores de sus dos artistas mimados... Sus vidas desnudadas, cada cual por su rumbo, siguieron cosechando aplausos.

Sacha Guitry, a poco, olvidada ya Ivonne Printemps, recibió de nuevo la visita envenenada de Cupido. Jacqueline Delubac ha sido su tercera esposa. Sus valores artísticos, unida su vida a la de Sacha, mucho subieron en la bolsa especulativa del cine. Salió del anonimato para lucir entre las artistas selectivas. Y aunque Jacqueline Delubac mucho ha brillado en estos recientes tiempos en Francia su lumbré, más que de estrella, ha sido refleja, como la de los planetas.

El tercer divorcio de Sacha se tomó como consecuencia inevitable de su destino nómada en materia de amor.

Su cuarto enlace se verificará en breve. Un solo elemento de novedad traerá la nueva pasión del actor dramaturgo. Por vez primera su boda se celebrará en la iglesia. Las tres anteriores, fueron simples ceremonias civiles. Ahora se pretende hacer las cosas en regla. Quizás piense Sacha Guitry, en su melancolía de amante desafortunado, que el lazo religioso le depare una unión más duradera.

Su novia, en esta ocasión, se llama Genoveva de Saint-Jean. Es una damita ondulada, trigüña, de aterciopeladas pupilas oscuras, que cuenta escasamente veinte primaveras y de la cual Sacha podría ser muy descansadamente su padre. La señorita de Saint Jean es una semilla nueva lanzada al campo del arte dramático. Bajo la dirección paternal de Sacha, no dudamos que habrá de convertirse en floreciente rosal.

Su vida es esa: el eterno fracaso en las lides de amor. Pero quizás, bajo la comba de sus guedejas grises, le quede el consuelo de saberse un Pygmalión capaz de ofrendar al arte dramático, en compensación a sus fracasos sentimentales, una serie envidiable de vívidas Galateas...

Abril de 1939.



MAS ALLA DE LA VIA LACTEA

Cada vez son menos utópicos los viajes interplanetarios

Por FERDINAND REYNA

DE MADAME DURAND a madame Dupont, por radiopostal.

25 de agosto 199...

«Querida amiga:

«De vuelta en París, en mi coqueto piso número trescientos cuarenta y cinco de la plaza de los Estados Unidos de Europa —que de cuando en cuando suelo llamar todavía plaza de la Opera— me apresuro a darle a conocer las peripecias de mi primer viaje interplanetario.

«No ignoro que dicho viajes son la última palabra de la moda desde hace algún tiempo, pero yo, la verdad, había vacilado hasta hace poco, debido a que mi esposo, que hace dos años efectuó su primera ascensión a la estratosfera, padece entonces de ataques al corazón.

«No obstante, habiendo sufrido recientemente una operación de la que salió con éxito y en la cual el profesor Metkinoff reemplazó su corazón por otro artificial que funciona admirablemente y está garantizado por diez años, nos embarcamos, hace quince días, en la París-Astro-Gare.

«Llegamos al aeródromo con el tiempo justo para ocupar nuestros lugares en el cohete, pues la congestión de tráfico en el cielo de París había sido enorme ese día. Nuestros antepasados de 1940 no conocían eso, por suerte para ellos...

«Después de un adiós a nuestro viejo planeta, la Luna fué la primera etapa. Como usted sabe, el aire allá arriba es bastante raro y nosotros nos habíamos colocado nuestras escalafandras de exi-

geno, que nos permitieron pasear una media hora por suelo lunar. El paisaje de la Luna no tiene nada de hermoso. Enormes agujas de piedra, grandes montañas puntiagudas, llanuras llenas de cráteres y profundos tajos...

«El piloto de nuestro cohete iba, al parecer, retrasado, por lo cual las etapas de Mercurio y Venus fueron otros tantos relámpagos, llegando por fin a Marte. No pretendo describirle aquí a los marcianos, ya que los hemos visto juntas en su casa, en la pantalla de televisión. Pero sí queiro decir que son extraños seres. Tuve grandes deseos de traerme uno para Francia, pero se me informó que nuestro clima les hace morir, apenas una semana después de llegar a la Tierra.

«Al partir de Marte, la Tierra y la Luna no eran sino dos diminutos puntos luminosos en la inmensidad del espacio. Ibamos viajando a razón de no sé cuantos kilómetros por hora, cuando pasamos la órbita de Júpiter. Nos encontrábamos, pues, a mil doscientos millones de kilómetros de nuestra casa. El sol, apenas si lo percibimos, pues se nos antojó un inmenso volcán de materias incandescentes, en espantosa ebullición. Ante las ventanillas de nuestro cohete pasaban fugazmente estrellas dobles, nebulosas, pequeños astros... ¡Era maravilloso ese espectáculo! Pero todos esos astros no son sino mundos en formación, que no tienen nada de interesante, y después de visitar la Vía Láctea, regresamos a París.

«Hasta que nos veamos y hablemos exte... te, la abraza su amiga,

«Jacquie»

PROXIMOS VIAJES EN COHETE

Dejando ahora a un lado toda fantasía, témonos: ¿es posible esperar la realización de cohetes aéreos que nos permitan atravesar pacios celestes?

Mr. Robert Goddard, profesor de física de la Universidad Clark, se prepara a efectuar un experimento, consistente en lanzar un cohete penetrando, a las capas superiores de la atmósfera, a aportar a la ciencia datos valiosos sobre fenómenos atmosféricos que se producen allá.

En 1927 un aviador alemán, Max Valleron, resolvió las dudas del mundo aeronáutico en lo que concierne al aeroplano:

«Nuestros actuales tipos de máquinas —dijo— no podrán jamás alcanzar grandes alturas ni grandes velocidades en la estratosfera. Cuando mucho, podremos llegar a alturas de mil a quince mil metros».

En efecto, una máquina propulsada por motor no puede ir más allá. Para lograr mayores velocidades será necesario un aparato cuya marcha sea completamente independiente del aire que le rodea, que tenga la necesaria potencia y la capacidad para llevar consigo suficiente combustible.

El único método que podría emplearse en estos casos es el avión cohete.

El primer vuelo en un aeroplano impulsado por cohetes fué realizado por Fritz Stammer, planeador «Ente». Después de dos fracasos con cohetes de reducido tamaño, el «Ente» fué impulsado con tres, dos más potentes, de veinte kilogramos cada uno.

Con ayuda de esos cohetes, Stammer se elevó en el aire y voló los primeros cien metros en línea recta, virando de pronto a un ángulo de cuarenta y cinco grados para seguir en línea recta otros cien metros más, antes de encender el segundo cohete. El planeador volvió a tomar velocidad en el tercer segundo. Pero antes que la segunda explosión diese desarrollo todo su poder propulsor, una explosión prematura incendió el planeador, el cual aterrizó ileso. Y aquella hazaña fué suficiente para despertar el interés de los sabios de otros países.

COSTO DEL VIAJE

Se ha llegado hasta a calcular el costo de un viaje que mandaría el vuelo para llegar a un planeta lejano. Mr. W. A. Conrad, autor de los cálculos, ha declarado que los gastos se elevarían a unos veinte millones de libras esterlinas. «El costo más grande —dice— es la cuestión del combustible». Y en tal sentido se está trabajando actualmente en los Estados Unidos y en el Observatorio de Leningrado, buscándose un metal capaz de resistir el elevadísimo calor que se habrá de soportar en los grandes viajes aéreos fuera de la atmósfera de la Tierra.

Se calcula que esos aviones-cohetes deberán tener una velocidad mínima de dos kilómetros por segundo, y a semejante velocidad la nave sería reducida a polvo por la fricción del aire. Existe el propósito, a fin de salvar esa formidable dificultad, de lanzar el avión-cohete a una velocidad menor, relativamente reducida, para provocar la aceleración una vez en la atmósfera rarificada.

Después de disparar el primer cohete, que irá hasta unos veinte kilómetros dentro de la atmósfera rarificada, se dispararía el segundo, que

ción a unos diez o quince kilómetros más allá, en esa forma hasta el espacio privado de aire, ya se podría desarrollar la velocidad máxima... sería entonces cuando la verdadera aventura empezaría...

LA TIERRA A LA LUNA Y REGRESO

aquí el relato de un viaje a la Luna, como lo ha imaginado el profesor Wilkinson, de la Universidad de Pensilvania.

El bólido impulsado por cohetes —dice el eminente sabio— estará formado por una cabina cóncava, de una amplitud suficiente para contener a cuatro personas, las provisiones necesarias, los instrumentos y demás. La forma exterior será aerodinámica, con un pañol para el escape de propulsión y la reserva de combustible —para economizar espacio—, el cual será transformado en líquido en el momento en que sea necesario consumirlo.

Un número suficiente de tragaluzes transparentes, de sólido cristal, permitirá ver en todas las direcciones: arriba, abajo y a los costados. Será indispensable una instalación eléctrica, tanto para la luz interior como para su calefacción. También se necesitará un potente aparato de radiografía. Y para asegurar la respiración se



podría ser el espectáculo que un viajero contemplaría desde su cabina al aproximarse al planeta Marte, si las fantasías de la «astronáutica» se transformasen en realidad.

El sistema de los submarinos: el oxígeno comprimido.

Para este viaje se tratará de fijar una cita entre dos enormes cuerpos que se mueven en el espacio a velocidades diferentes. Debe cuidarse mucho de no incurrir en la menor equivocación, porque la Luna no acostumbra a esperar a los viajeros que se atrasan. Y si lo hiciera, durante una fracción infinitesimal de segundo, la fuerza de atracción de la Tierra la haría caer sobre nosotros.

El viaje ofrecerá emociones profundas y curiosas. Apenas pasadas las capas atmosféricas, al salir al vacío sideral, los viajeros se encontrarán ante la más completa noche. Alrededor de ellos reinará un frío terrible y un silencio de

muerte. Si un infeliz se lanzara en ese instante al vacío, sus compañeros no podrían escuchar sus gritos, pero su cuerpo en lugar de precipitarse a tierra y deshacerse, seguiría, por el fenómeno de la ley de gravitación, al aparato en su viaje y exactamente a la misma velocidad, convirtiéndose en una especie de satélite de él.

«El recorrido entre la Tierra y la Luna es, aproximadamente, de 385.000 kilómetros y podrá ser cubierto en varios días, salvo accidentes. El encuentro con cualquier otro bólido aéreo podría resultar de fatales consecuencias para los dos y la Sociedad de Transportes Interplanetarios deberá velar por la seguridad de sus pasajeros.

«Muy interesante habrá de resultar el paso de la línea neutra, en la que se equilibra la atracción de la Tierra y la de la Luna, y donde el peso de los cuerpos se reduce a cero. Los objetos quedan suspendidos en el espacio y, en esa forma, se puede experimentar la verdadera emoción del vacío.

«Allá arriba, debido a la fuerza de atracción de la Luna, nuestro peso se verá considerablemente reducido. Una mujer de la Luna tendría que someterse a régimen para adelgazar, cuando su peso llegase a los 14 kilos».

CONCIERTO CELESTE

En el transcurso de ese viaje se podrá escuchar la armonía de los astros y la orquesta del firmamento. Ruego al lector que no sonría, porque hablo seriamente.

En efecto, no hace mucho, el Observatorio Astronómico del Estado Checoslovaco, situado en Stara Dala, ha efectuado un interesante experimento, por medio de un telescopio de 0.60 de diámetro, enfocado en la estrella Vega. Este astro es visible también sin ayuda de telescopios, pero el profesor Sterneberg inventó instrumentos especiales, a fin de sonorizar su luz y comunicar dicha sonorización a la estación de radio de Bratislava y desde ella a aparatos gramofónicos, que registraron dichos sonidos en discos. Con tal fin, se colocó en la cúpula del observatorio un micrófono ligado al gran telescopio y la impresión fotográfica de los rayos de luz de la estrella se transformó en corriente eléctrica y en sonido, exactamente en la misma forma en que se procede a imprimir la parte sonora de una película.

Anteriormente, ya se había conseguido captar el sonido que provoca la Tierra al rodar por el espacio: una especie de silbido metálico, agudo, penetrante que a pesar de no ser estruendoso, produjo una impresión alarmante, pues hacía pensar en la enorme masa terrestre lanzada a gran velocidad por el espacio y en los torbellinos de vientos desencadenados por el éter. Era algo así como un eco lejano, que el gran telescopio registró, al seguir la velocidad terrestre de cien mil kilómetros por hora a través del espacio.

Al transformar la pálida luz lunar en sonido, se escuchó un ruido grave y lento, parecido en todo al que produce algunas veces el viento al atravesar un espeso bosque.

Lo extraordinario es que, cinco minutos después de haber sido realizado este experimento, los sabios discutían ya la posibilidad de concertar aquellos diferentes sonidos de los astros, para ofrecernos verdaderos conciertos celestes.

GRAN EMIGRACION Y MUERTE DE LA TIERRA

... muy fantástico que parezca, es necesario

que nos habituemos a esta idea de los viajes interplanetarios, si no para nosotros, por lo menos para las generaciones venideras. Porque habrá de llegar un día en que la Tierra ya no podrá ser habitada y será necesario mudarse de planeta.

En efecto, hace cinco millones de años, nuestro planeta no era sino una enorme masa de gases en proceso de condensación. Entonces la Tierra se parecía a una galleta redonda. Un movimiento provocado por el aporte de materias de la gran nebulosa solar habría de separarnos de la Luna y desde ese momento la Tierra y el astro de la noche hicieron vida aparte.

Así pasaron tres mil millones de años y a continuación, fueron produciéndose los grandes periodos geológicos. En aquellos remotos tiempos, el Sol era muchísimo más grande que ahora. Los bordes de su disco llegaban, probablemente, a las regiones donde circula Venus, y en esas condiciones sus rayos de luz llegaban hasta las regiones polares en todas las épocas del año.

Sin embargo, poco a poco fué produciéndose la condensación y nuestro Sol fué empequeñeciéndose. Y continuó achicándose, sin que el mundo de nuestro planeta pudiese darse cuenta, natu-



La luna se presenta a nuestra vista, gracias a los poderosos telescopios, como un disco plateado cubierto de inmensos cráteres dormidos.

ralmente. Porque, para servirnos con su sistema natural de calefacción, Febo consume nada menos que doscientas cincuenta mil toneladas por minuto de las materias que lo integran. Esa enorme suma es, no obstante, de ninguna o muy escasa importancia, puesto que la masa solar representa todavía la friolera de doscientos millones de quintillones de toneladas, y para consumirlas serán necesarios quince trillones de años.

En consecuencia, la Tierra, dentro de unos millones o billones de años, necesitará mucho más de veinticuatro horas para girar sobre sí misma. Y la Luna se irá acercando paulatinamente a nosotros, hasta que llegue el momento terrible en que, absorbida por la atracción de nuestro planeta, se precipite sobre él. Y entonces...

EDUARDO MALLEA se orienta definitivamente hacia lo vernacular, sin perder el cosmopolitismo que caracteriza sus apreciaciones y su penetración psicológica. Maneja el instrumento de la prosa castellana con un estilo llano, sintético, fervoroso, intenso, libertado de gravedad. Ese es el estilo que permite narrar acontecimientos y decir cosas. El tiene de sobra qué decir, aunque mucho de ello, especialmente en las reflexiones del libro «Nocturno Europeo» esté matizado de un vago pesimismo. El pesimismo es una nota intelectual, de la que solo el escritor de valer pasa al entusiasmo creador, como ya ha pasado este autor con dos obras posteriores, *La Ciudad Junto al Río Inmóvil* e *Historia de una Pasión Argentina* que lo califican entre los más altos valores nuevos de las letras sudamericanas.

LA CIUDAD, EL BIOMBO DE LO AMERICANO

En los años inmediatamente precedentes a la publicación del *Nocturno Europeo*, Eduardo Mallea experimentó con sus facultades artísticas en los más variados sectores de la novela corta, magnífico gimnasio intelectual para el novelista que hay en él. Las reflexiones del *Nocturno* las ha estado madurando, como confiesa en la despedida, en medio de la desorientación que caracteriza a todos los pensadores de esta época, a quienes Paul Valéry les ha tomado lástima desde su olímpico aislamiento, acusándolos de haberse divorciado del pasado y de sus fuentes, sin la inspiración de las cuales no puede perdurar en el escritor la necesaria solidez que sólo le dan la continuidad, la tradición. Pero mientras se encara consigo mismo, que es una de las funciones del pensamiento, busca la contestación a las inquietudes de su espíritu encarándose a los demás hombres, para ver cómo son, cómo viven la vida.

En el desempeño de esta segunda función que ha sido un proceso simultáneo con el de las meditaciones del *Nocturno*, Mallea escribió las nueve novelas cortas que componen el ejemplar titulado *La Ciudad Junto al Río Inmóvil*. Instintivamente, desde el escenario europeo, ya estaba asomándose al escenario argentino, seguro norte donde su fina percepción lograría mejores atisbos de la realidad del alma humana. En estas novelas está el escritor de dominio, que luce sus galas, en el período de 1931 a 1935, en la revista «Sur» de Buenos Aires y en la «Revista de Occidente» de Madrid; que trabaja para dos niveles críticos diferentes, y se interesa por mantener un equilibrio magistral entre la técnica que ha de imponerle y el asunto que le espera entre las ricas minas humanas del Nuevo Mundo.

En el «Diálogo Oído en una Calle» que sirve de introito a «La Ciudad Junto al Río Inmóvil» hay copiosa información sobre las actitudes y los índices mentales de Mallea. Le vemos frente a Buenos Aires, «extraño desierto tendido junto al río más extraño del mundo», absorto ante sus hombres que son «el hombre subterráneo de América en marcha».

«¿Sabe usted lo que pasa en América? —dice— ¿Sabe usted lo que pasa en la extraña ciudad donde rueda un taciturno mutismo? El progreso del peregrino adolescente, entre la multitud; el progreso, el andar (sabe usted: vivo) de una causa humana. Todos estos hombres hurraños, qué novedad traen al mundo! ¿No los siente usted moverse? ¿No los ha sentido en el campo, en la ciudad?»

«DONDE EL GRITO HUMANO PERDURA LARGAMENTE»

En el 1935 Mallea había compuesto otro libro: «Conocimiento y Expresión de la Argentina». En sus novelas cortas estaba plantado frente a Buenos Aires, una ciudad potente, el compromiso de una raza en ciernes con los intereses de la civilización. Le empezó a doler profundamente esta urbe vaciada sobre las márgenes del río, llena de humores malos y de fúnebre algazara. Mutismo inexplicable para uno de sus héroes, el nebuloso Avesquín, que llegó allí, con un poco de francés y un poco de español aprendido de su mujer, una judía de Salónica, a sentir la opresión de aquel montón de almas sin rumbo.

Avesquín soñaba con la pampa y las viñas y los Andes que había aprendido a admirar en oleografías... «con el relámpago en los campos infinitos y llovidos, con la planicie, de río a río, de población en población donde el grito humano perdura largamente; donde la sensualidad del hombre obedece al sol, cesa con la hora del ruego, al atardecer, hora de cansancio y de tregua, hora en que el horizonte abandona su presa, devora las leguas planas, se acerca, se confunde con la noche y rodea a cada ser con la mansedumbre del aire circundante».

Quien escribe así no debe detenerse en las calles de Buenos Aires. Necesita campo raso, amplitud para el vuelo, altura, lejanía, pampa. La chacra ar-

EL HOMBRE SUBTERRANEO DE AMERICA EN MARCHA

gentina está clamando por nuevos pintores de alientos murales, y su gente por maestros del detalle ruralista, por plumas atildadas, como las de Pereda o de Valera.

La ciudad ha sido, desde tiempo inmemorial, el biombo de lo verdaderamente hispano-americano. Buenos Aires, Caracas, Bogotá, Lima, Santiago, Río de Janeiro. Todo lo hemos querido fabricar en las ciudades. Así la Revolución y la República y otra vez la Revolución.

Ahora nos empezamos a dar cuenta de lo ciertos que estaban nuestros mentores mayores, cuando apuntaban a lo único que nos destacaría, que era lo de adentro, lo auténticamente enraizado al tronco y a la tierra.

Avesquín, tipo de la novela «Sumersión» de Mallea, se ha metido en el Avón Bar de Buenos Aires, donde Madame Cier, una francesa cincuentona que permite que la llamen Elsa, «mujer enana, agitada y colérica, desesperada por mantener una animación estrepitosa» entre los clientes, le habla de sus miserias y de la visión de la muerte. Cuando sale de entre los turbios parroquianos del bar, se mete a un cinema, y allí entabla amistad con la chica que le queda al lado, «Una carne hermosa y nueva, desconocida».

CARLOS ORO VUELVE A LA CORDILLERA

Así de sombría es la historia de esta ciudad, por donde pululan en funesta convivencia las aspiraciones de la señora Savisiano, de Ana Borel, de Jacobo Uber y de Serena Barcos. Personajes trazados con pulso de experto cirujano. Mallea dice que habitan su libro y nos dá la lista en la primera página. Habitan a Buenos Aires, ciudad «de vivaces semblantes de raza nueva —desnudos de odios, de fé, de pasiones, vírgenes, maduros para recibir la siembra de la pasión, de la fé, de todas las afecciones del alma».

Le perturba Carlos Oro, arribado a las orillas del río desde la campiña para pasar unos días con su amigo Venolia; «el barrio de Belgrano, oscuro, taciturno», en tan radical contraste con la Cordillera —dice— es un lugar positivamente cruel. El hambre, el frío, los crudos vientos corren por allí desnudos como bestias voraces. Detenerse, dormirse, morir —son allí algo que sucede en un relámpago».

Esta novelita es de un patetismo demoledor. La titula «Rapsodia del Alegre Malhechor». Uno de los arpegios finales es la salida de Carlos Oro hacia la casa de Ethel Luden, la hija del relojero, que ha sufrido un accidente. Se despide de ella, y ella debe amarlo, a este hombre subterráneo de América en Marcha. Cuando sale a la calle ve a otra chica comprando flores en un comercio. Eduardo Mallea conoce bien al tipo que nos presenta, repartido entre el deseo de encontrarse a sí mismo y diluyéndose en el afán de poseer cosas inciertas.

«Carlos vió vibrar en ella la magia de un misterioso universo. De un salto estuvo en la puerta. La vió salir, moverse, desaparecer. Y, seguido de la noche profunda, se lanzó en su persecución».

Santiago Estrada relata en sus hermosas páginas de viaje una pausa en la pampa que viene a la memoria cuando se escribe de literatura hispanoamericana.

«Después que tomamos el alimento que se nos había preparado —escribió— leí a mis compañeros algunos fragmentos del *Facundo* de Sarmiento y de *La Cautiva* de Echeverría, libros que siempre me acompañan en mis viajes. El *Facundo* es el cuadro gráfico de la pampa, es la historia romanescas de sus héroes; es la filosofía de nuestra tempestuosa historia. *La Cautiva* es la voz de soledad, es el aliento del pampero, es el espejo en que el alma ardiente del poeta ha reflejado el alma del morador de la pampa. Pues bien, aquellos pobres gauchos que nos rodeaban, lloraban al escuchar la lectura del *Facundo*, y sonreían y suspiraban al escuchar los versos de *La Cautiva*. Su corazón sancionó con la autoridad del que sufre, la verdad de la historia



O
Eduardo Mallea, figura de primer rango de las letras sudamericanas, autor de «La historia de una pasión argentina».

dolorosa del gaucha: su espíritu percibió la revelación del arte. El filósofo y el poeta engendraron en ellos la doble sensación de la verdad y de lo bello.

EL AMERICANISMO LITERARIO Y «TRES NOVELAS EJEMPLARES»

Estrada, como todos los grandes escritores que han creado en Hispanoamérica una obra de corte nacional, creía en el gaucha, en el hombre del desierto, y en el hombre de la cordillera. Si viviera hoy, al hablar de la novela americana, vibraría con los títulos de *Don Segundo Sombra*, *La Vorágine* y *Doña Bárbara*. No han sido estas obras las primeras proyecciones de nuestra cultura literaria hacia lo autóctono, pero sí son las primeras por su fuerza emotiva, por su drama interno, por su perfección de técnica. Contadas son las obras americanistas de empuje que pudiéramos caracterizar de precursoras de estas, a las que Juan Marinello en uno de sus jugosos ensayos ha llamado «tres novelas ejemplares».

El antepasado de estos valiosos esfuerzos emprendidos hacia la novela hispanoamericana, como se ve en las tendencias actuales de nuestra producción, es el tradicionalismo riquísimo de nuestros países, precolonial, colonial y republicano. Por ahí hemos de encontrar un vasto material apenas escarbado en la superficie de nuestra historia. Hay más allá de las populosas capitales de Sur América una aldea, que vendría a ser el equivalente del *middletown* de los Estados Unidos, que será novelada en numerosas obras costumbristas. Hay también bien una ciudad subcapital, con su calle principal semejante al *Main Street* de Sinclair Lewis, que merece los honores de un gran libro.

Ni Guiraldes, ni José Eustacio Rivera, ni Gallo, en sus tres obras maestras, han fijado esos matices particulares para abordar los temas. Más bien, han levantado un enorme escenario de todas las demás grandes novelas que están por escribirse. Nótese, empero, que este taller no está en las capitales. Al igual que sucede con las industrias principales, está junto a las fuentes de materias primas, y el lugar de abastecimiento que le corresponde es la selva, la campiña, el llano, la estacion de la cordillera.

Los brasileños, según la acertada observación del crítico Samuel Putnam, están mirando hacia el Nordeste: hacia el Amazonas Bello Horizonte y hacia Prieto, que tienen sus historiadores y sus poetas laureados en escritores como Gilberto Freyre y Idalina Tavora. Putnam señala otro fenómeno importante del esfuerzo brasileño: no ya el Nordeste privilegiado, sino todo el escenario histórico y geográfico del Brasil, y cita de ejemplos *El Rodar del Tiempo* de Alberto Rangel y el *Retrato Vertical del Brasil* de Raúl de Polillo.

Algo de universalmente americano ha de tener la futura producción de Eduardo Mallea si persigue en el derrotero fecundo de lo autóctono. Páginas esperamos de él más emocionantes que las de «Historia de una Pasión Argentina», páginas también unidas de intenso patriotismo, pero con positiva afirmación de ese otro hombre de las tierras de América, que también es un hombre en marcha.

POSTALES DESCOLORIDAS



PRIMER VEINTE DE MAYO Y LOS ZAPATOS NUEVOS

con su ten days or ten dollars, sin que cesara por eso de continuar la procesión por dentro...

Y buena prueba, las algaradas de la famosa asamblea de la Quinta de los Molinos—de la que no debemos acordarnos para no aguar la fiesta—. Finalizadas las elecciones, no sin punta de bullanga y protesta, como dijimos, resultó electo Presidente de la República Don Tomás Estrada Palma, quien una vez tomado posesión del alto cargo y jurado cumplir y hacer cumplir la Constitución votada el 21 de febrero de 1901—que ni Dios podía sospechar fuera tan discutida en lo futuro—formó su Consejo de Secretaríos con las honorables personalidades siguientes:

- Estado y Justicia: Carlos de Zaldo.
- Gobernación: Diego Tamayo.
- Hacienda: José García Morales.
- Instrucción Pública: Eduardo Yero.
- Obras Públicas: Manuel Luciano Díaz.
- Dirección de Sanidad, anexa a Gobernación: doctor Guiteras.

Cinco Secretarías y media que parecieron suficientes; aunque luego se demostró—y se seguirá demostrando—lo contrario: ¡lo engañado que vive uno!

Primer Alcalde de la República: doctor Carlos de la Torre.

Primer Gobernador de la Provincia: el general Emilio Núñez, glorioso experto en expediciones difíciles; y gran patriota y persona honorabilísima en todos los órdenes, a quien después los periódicos políticos bautizaron con el sobrenombre de «Mamendy», y con el que se le llamara sin que el interesado se ofendiese; contracción de la frase o muletilla que intercalaba de continuo en su conversación: —¿Me entiende?, pero que dicha de prisa sonaba: —¿Mamendy?

Como se ve, un magnífico elenco político, formado por los más acreditados elementos del patio; y dicho queda que se barrió en las oficinas, por lo menos en su mayor parte, con todo lo que oliese a gobierno autónomo o antiguo régimen; y que las salas, salones y departamentos de las Secretarías chirriaban que era un encanto con el uso de tantos «zapatos nuevos»; hasta los propios modestos ordenanzas miraban por encima del hombro a los infelices desheredados de la suerte que no habían podido calzárselos...

Entre las grandes fiestas y actos que se sucedieron por aquellos días, sobresalió—y allí sí que se consumió buen número de «zapatos nuevos», de charol, becerro, glacé, y de las más curtidas pieles—el gran banquete de despedida al ejército americano, que se

verificó la noche del diez y seis de mayo, en el gran Teatro de Tacón, presidido por el general Máximo Gómez, quien tenía a su derecha al general Wood, y su izquierda a don Tomás Estrada Palma. A la hora de los brindis, estos tres señores pronunciaron sendos discursos que fueron recibidos con delirantes aplausos, destacándose después el de Mr Bryan, también asistente al banquete, y que terminó con este intencionado cuentecito, cuyo significado, a lo menos, el más saliente, no pudo ser apreciado por el momento:

—En una gran ciudad—decía Mr Bryan—donde «el lujo de algunos contrastaba lastimosamente con la pobreza de muchos», existía un hombre que trabajaba con asiduidad durante el día, para lograr, a fuerza de constancia, reunir algunas monedas por la noche. Apenas abandonaba su trabajo, dirigíase el pobre a una pajarería y empleaba el último centavo en comprar pájaros, a los que inmediatamente ponía en libertad. Alguien hubo de notarlo, y le preguntó: —¿Por qué derrocháis de ese modo vuestro dinero? A lo que el interpelado contestó: —¡Derrochar! ¡Llamáis derrochar al uso que hago de mi dinero? ¡No veis que lo empleo en dar libertad a los que sufren por su falta? Yo sé lo que es eso; porque también he sido esclavo...

Lo que menos podía suponer el candoroso relator del cuentecito, que, con el tiempo, aquellos «pájaros libertados» les tirarían a las escopetas...

Y preparado y listo todo, se procedió al cambio de bandera; y a la proclamación de la República.

El día 20 de Mayo de 1902—un día de espléndido sol y cielo azul, tal como si Dios hubiera bajado a tomar parte en la fiesta—descendía del mástil del Morro la banderita de la Intervención Americana—no mayor que un pañuelo de los pequeños—y subía nuestro «banderón» nacional—grande, bello, enorme—cogiéndose él solo el mundo y tragándose el aire, al ondear victorioso en latigazos frenéticos. Una exclamación intensa y honda, que parecía una hinchada ola de amor expandiéndose al infinito, llenó la ciudad toda hasta sus ámbitos más recónditos. ¡Qué coquetones y palucheros los muchachos con sus «zapatos nuevos»! Se les veía en las innumerables fiestas populares que se organizaron para celebrar el fausto acontecimiento, taconeando satisfechos y altivos; y haciendo sonar chillonas las suelas, como figurines el día de su santo. Los cantos populares llenaban el ambiente. Las personas más serias, sin darse cuenta, sacaban su voz, e ingresaban en los coros callejeros, caminando al compás de esas canciones. Era la época del

¿Tú lo ves, Fondeviela, tú lo ves, como yo no lloro?...

y de «La Dorila», melodiosa y sentimental, que cantaban los trovadores callejeros con sus guitarras en las esquinas, vuelto los ojos en blanco; y también la del saltarín, alegre y ligero «Tin Tan», nuevos y charolados coches de alquiler que a cientos y a miles iban y venían por el Prado, por San Lázaro, por Reina, por Monte, y todas las grandes avenidas, cargados hasta en el fuelle de patriotas paseantes y azorados excursionistas campestres, entre cuyas manos era raro no ver la botella de Bacardí, también «tomando» parte en la fiesta. La alegría lloraba. Todo el mundo con «zapatos nuevos», incluso los comerciantes e industriales, que empezaban una nueva era libre de impuestos onerosos. Se abrazaban las gentes. Todo el mundo se conocía. Se improvisaban comparsas que, según avanzaban, ora al compás del Himno de Bayamo, ora al de la Marcha Invasora, iban haciéndose más y más crecidas y numerosas; al extremo de entorpecer el paso del público y el tráfico de los tranvías y ómnibus. Espectáculo grandioso visto por primera vez, y que hubiera sido de gran consuelo espiritual verlo repetido siempre. Las madres que habían perdido sus hijos en la guerra—y eran infinitas—daban por bien empleada la agonía de sus corazones, durante aquellos tres años, ante aquel espectáculo único al que había contribuido la sangre del fruto de sus entrañas. Se agotaron las banderas cubanas de que, a prevención y en gran cantidad, se habían surtido las tiendas; y entonces se fabricaron en el hogar doméstico con los trajes que ostentaban alguno de sus tres divinos colores. No quedó ventana, puerta, tejado, azotea, balcón o poste de la vía pública, de donde no colgase una bandera cubana más o menos grande; ni pecho de hombre que no mostrase sus tres colores entrelazados en un botón o roseta en el hojal de la levita, saco o chamarreta; ni peinado de mujer donde en lo alto y espeso moño—ni se pensaba en la melena—no luciera la enseña patria, en la punta de un artístico y enhiesto prendedor. La guayabera del modesto soldado de la manigua era mirada con igual respeto que la toga del más esclarecido y noble patricio romano. No se cantaba a coro el «¡Democracia! ¡Democracia! ¡Democracia!», pero la sentían y practicaban todos los corazones. Los que habían tenido un hijo, un hermano, un padre, un pariente, un amigo, en la contienda, lo ostentaban con orgullo, yendo de su brazo por todas partes; y venga a contar «cuentos de la guerra»; esos cuentos que después habrán de repetirse infinitas veces.

en el resto de la vida; y cuyo recuerdo será el más amado compañero de ella...

Las ovaciones y los aplausos se sucedían de continuo cada vez que pasaban a pie, a caballo o en coche, algunos de los altos jefes de la campaña y era reconocido por la multitud enardecida. Lacret, Cebreo, Montalvo, Arencibia, Rafael Hernández, Quintín Bandera, Baizán, Menocal, Asbert, José Miguel Gómez, etc., etc. Las muchedumbres se renovaban en la Plaza de Armas para hacer salir al Presidente —¡qué honda emoción causaba esta palabra «Presidente»!— y a sus Secretarios a los balcones. «Papá Tomás» salía, saludaba colmado de aplausos y vítores, y se retiraba, para repetir lo mismo al poco rato...

La alegría de los barrios «no tenía guarismo» — frase de la época. Todo el mundo le daba lechada al frente de su casa, como para borrar «la murria del pasado»; y desde luego, el que no había ido a la manigua, «había mandado quinina»; y tenía derecho a participar del general regocijo y ocupar un puesto en la nómina. Algunos bodegueros creyeron del caso hacer desaparecer del frente de sus establecimientos respectivos ciertos títulos y letreros que podrían acarrearles serios disgustos, aprovechando la noche víspera del día 20, para borrarlos y sustituirlos por otros; o para verificar en algunos una ligera enmienda que los hacía aprovechables, como por ejemplo: una bodega de la calle de Omoa, que se llamaba «La Primera de Omoa» se convirtió «de la noche a la mañana» en «La Primera de Maceo»; otra de la Calzada del Monte, que durante años se pavoneó con el glorioso letrero de «El 2 de Mayo», con sólo agregarle un cero al 2, transformóse en una madrugada en «El 20 de Mayo»; un cafetín de la propia calzada, llamado «Los Voluntarios» se convirtió en «Los Veteranos»; y una carbonería de la calle de las Figuras, llamada «Méndez Núñez», en «Máximo Gómez». Sólo los que disfrutamos de las «claridades y esplendores» de aquel primer 20 de Mayo, podemos darnos cuenta de las oscuridades y confusionismos del presente: sin embargo, hoy hay más luces y en ciertas fechas más «anuncios luminicos» que entonces...

Y empezó a funcionar la máquina gubernamental,

dirigida por maquinistas que nunca se habían visto en otra; y cuya inexperiencia era, desde luego, cosa descontada. Los Representantes diríase que tenían empeño en marchar encontrados; y de ahí las constantes discusiones y disputas. Alardes de elocuencia, a millares; prueba de discreción política, muy pocas. Se percataba en la atmósfera cameral, vibrante de elocuente palabrería, el influjo de Castelar; de Mirabeau y de los Girondinos de la Convención Francesa del 92; había que lucir los conocimientos estudiantiles, recién adquiridos. Muchos se destacaban por su fogosidad incontenible. Se empezaron a perfilar caracteres. Un señor Xiqués, representante por Camagüey, se señaló desde un principio por su espíritu inquieto y purificador, a lo Robespierre, su buen deseo, su criterio cerrado a las componendas; Xiqués no descansaba y daba ocasión a los cronistas de la Cámara para sus hirientes comentarios. De entre estos cronistas sobresalía por su chispa, ligereza y arcaico estilo cervantino, Atanasio Rivero, que hizo populares sus «Comidillas», en el DARIO DE LA MARINA.

Lanuza, y Ferrera más adelante, constituyeron la nota del buen humor; del primero se contaban a diario las frases lapidarias, aceradas; y del segundo, en su época de representante, los chistes originales y oportunos que las gentes se complacían en repetir, imitando su pintoresco característico acento napolitano. A cierto representante que había sido sastre, le dijo un día, con motivo de estarle aquél interrumpiendo continuamente, sin venir al caso:

— Señor mío: usted sabrá cortar un chaleco mejor que yo; pero de esto entiendo yo más que usted. — (Risas).

Se empezó a hablar del «quorum». Nunca había «quorum»; y el Ejecutivo se vió constreñido a gobernar por decretos. José Miguel Gómez, gobernador de las Villas, que se había revelado experto y hábil político, venía a menudo a la Habana a arreglar los rollos — líos, decíamos entonces — que se presentaban a cada rato. El «Chino Viejo» se tiraba de la «perilla» con disgusto, relampagueando en sus ojillos aquella chispa que luego, en ocasiones, se convertía en tempestad desencadenada, o en fuego devastador que lo quemaba todo. Cuando empezaron a sonar las primeras explosiones de la reelección de Tomás

Estrada Palma, decía en un mitin, golpeando la fiera impaciente, sobre el borde de la tribuna que había subido:

— ¡Siento olor a revolución; y eso, ni me lo consiento!

Mas la muerte piadosa vino a cerrar sus ojos eternamente. Después fueron los años telescópicos: los unos en los otros; y fueron los 20 de Mayo siguientes, unos sí y otros no, entibiando los rostros...

Los «zapatos nuevos», como es natural, se hacían poniendo viejos — «tout se pase; tout se case; tout se lace» — y aunque alguien intentara sustituirlos por otros nuevos, es el caso que los muchachos desean continuar con los mismos — ya acomodados a sus pies — que se calzaron el primer 20 de Mayo, aunque los deteriorados del tiempo exigían mano de infinitas y caprichosas «reformas»; consecuencia, en 1906, se le pusieron los parches a la americana — en el mes de septiembre ese año por poco nos quedamos descalzos, con los pies en el suelo —; en 1928, se les dió tal empujón de «tinta rápida», que ni Dios los reconocía; y hasta muchos infelices incautos se envenenaron con ella; en 1930, los pobres fiñes enseñaban las uñas de los deditos de los pies; y con unos remiendos se les echaron a los maltratados zapatitos, como bien se pudo seguir adelante el camino; ahora, ciertamente, expertos «componedores políticos» intentaron echarle doble suela; y gracias a ello puede decirse que los muchachos tienen otra vez los «zapatos nuevos»; o algo que se le parezca.

No se olvide que el deber primordial de los padres es comprarles zapatos a los muchachos; porque no den «malos pasos», y los rompan. Trabaja todo, trabajar; trabajar mucho, con orden y lenicio, y pisar sobre terreno firme, para no caer nunca en la necesidad de decir «que no ganamos para zapatos». Aunque es una verdad que si se trabaja y con los pies desnudos y manando sangre, Cristo, Cuba subirá, si llega el caso, su cruz a costas con su cruz, siempre en pos de su ideal y glorioso ideal de independencia; aquella que tanto regocijo y esplendor celebrara EL PRIMER DE MAYO DE 1902.

EN LA FARMACIA

Boticario.—Es el mejor específico del mundo para fortalecer el hígado; un anciano que vive aquí cerca lo ha usado tres años.

Parroquiano.—¿Y cuál fué el resultado?

Boticario.—Magnífico; pero el hombre murió la semana pasada.

Parroquiano.—No tan bueno entonces, ¿eh?

Boticario.—Nada de eso. Le sacaron el hígado y tuvieron que apalearlo tres días para que muriera también. — (The Reformatory Pillar).



La muchacha más popular es la que en el baile sabe sonreír incluso cuando la han pisado en un callo.

PADEREWSKY TRIUNFA OTRA VEZ A LOS 79 AÑOS

A los 79 años de edad Paderewski ha realizado otra jira triunfal por los Estados Unidos, el país que lo empujó a la fama y la fortuna desde aquella merorable noche del 17 de noviembre de 1891 cuando el pianista recién cumplidos los 31 años debutó en el Carnegie Hall de Nueva York.

Acaso la única figura comparable a Paderewski es la de Franz Liszt que también a la edad de 74 años volvió a dar conciertos después de largo retiro y murió antes de cumplir los 75.

Críticos y profanos creyeron que Paderewski había dicho adiós al piano cuando aceptó ocupar el cargo de Jefe del Ejecutivo de su país renacido después de la guerra. Pero no fué así; volvió al teclado algunos años más tarde y hay entendidos que aseguran que nunca tocó mejor que en esta segunda etapa de su vida artística.

LO QUE AMAMOS

A la edad de un año nuestra ama; a los cinco la madre, a los diez las vacaciones, a los dieciocho la libertad, a los veinte la novia, a los treinta la esposa, a los cuarenta a los hijos, a los cincuenta el club, a los sesenta el confort, y a toda edad a nosotros mismos. — (Nebelspater).



JAMES Roosevelt, el celebrado hijo mayor del Presidente de los Estados Unidos, está ahora en Hollywood. Desde que su padre subió al poder en 1933, los enemigos políticos del Presidente han intentado diversar oca- siones explotar las actividades de James para perjudicar al jefe del Partido Demócrata. James, joven de buena presencia, inteligente y agre- gado en los negocios, no estimaba que la Casa Blanca debía intervenir en sus actividades e iniciativas, y continuaba haciendo la vida de un ciudadano de familia rica y distinguida que se mueve como mejor puede en el mundo finan- ciero y comercial.

La llegada de James a Hollywood, donde se ha instalado como vicepresidente de la com- pañía de películas de Samuel Goldwyn, ha cau- sado revuelo en la prensa republicana, que siem- pre sospecha algo malo cuando un familiar del presidente Roosevelt acepta nueva colocación. Este joven luchador no lo dejan vivir los pe- riodistas. Porque se dedicaba al negocio de se- guros en Boston, la revista 'Saturday Evening Post' trató de demostrar en una serie de artícu- los firmados por Alva Johnston que James Roo- sevelt explotaba su condición de hijo para favo- recer el desarrollo de la compañía de seguros que había formado en sociedad con John A. Sar- gent. James contestó los artículos de Johnston, quien afirmaba que la entrada de aquél alcan- zaba a los dos millones de dólares, y demostró pruebas fehacientes que en ningún año des- de 1933 sus ingresos pasaron de 49.000 dólares.

LA SECRETARIA PRESIDENCIAL A LA MECA DEL CINEMATOGRAFO

Después de las borrascosas polémicas en que James se enfrascó con los enemigos del Presi- dente por las actividades políticas que desplega- ba en Boston al lado del Gobernador Curley, hu- bo un período de relativa calma en que la pren- sa lo dejó quieto mientras escudriñaba las acti- vidades de su hermano Elliott, empleado por Wi- lliam Randolph Hearst, uno de los enemigos más peligrosos de la administración.

Luego, James pasó a ocupar el puesto de Se- cretario de su padre, con un sueldo de 10.000 dólares al año, y los adversarios de Roosevelt, vieron en ello una nueva estratagema comercial. Pero esa hipótesis nunca ha tomado fuerza., pues la labor que realizaba en Washington era de una índole general en la que apenas podía rebatirle la autoridad ejecutiva al primer se- cretario del despacho, M. Intyre. Aparentemente, James no le satisfacía el papel de segundo secretario, y eso explica en parte su cambio a la colocación con la empresa de películas de Samuel Goldwyn.

Nadie sabe lo que hará James en Holly- wood, pero él ha declarado que su trabajo es ejecutivo, y no simplemente un cargo académico, el que recibiría unos 50.000 dólares anuales por estar sentado en un escritorio y decirles tri- butaciones a los periodistas. Probablemente, en el nombramiento hay otras posibilidades más ju- stas, por ejemplo la de la dirección de la in- dustria cinematográfica ahora encomendada a la organización de productores que preside Will Hays.

Hays está muy entrado en años y bastante cansado de Hollywood. Cuando abandonó la po- sición como Presidente del Comité Republicano Nacional y Administrador de Correos de los Es- tados Unidos y se hizo cargo de la industria del cine, la encontró hecha un desastre en cuanto a las relaciones de los productores con el públi- co y con las autoridades. Su gran habilidad ad- ministrativa transformó aquella industria de mi-



La señora Eleanor Roosevelt, esposa del Presidente de los Estados Unidos, jira una visita a los estudios cinematográficos de Samuel Goldwyn, en cuya empresa figura ahora como vicepresidente su hijo James. Al centro, Goldwyn, y a su derecha la secretaria de Mrs. Roosevelt.

UN ROOSEVELT EN HOLLYWOOD

les de millones de dólares en uno de los nego- cios mejor organizados de la nación.

De retirarse Hays, los productores necesita- rían para reemplazarlo a una personalidad nue- va, joven, dinámica, de probada habilidad y con alguna influencia en la política del país. James Roosevelt posee todos estos requisitos. Fuera de Jim Farley, el actual Administrador General de Correos, sería difícil hallarle competidor para un puesto de tanta importancia. Es enteramente posible que Samuel Goldwyn uno de los magnates más influyentes de la industria del cine haya es- cogido a James para entrenarlo en las labores ejecutivas del ramo y tenerlo listo caso de que se retire Hays.

La selección de James Roosevelt para la vi- ce presidencia de la compañía Goldwyn trae a la memoria el nombramiento que le diera el prominente publicista y millonario William R. Hearts a John Boettiger como director de uno de sus periódicos. Boettiger es yerno del Presi- dente por haber casado con Anna Roosevelt, di- vorciada de Curtiss B. Dall. Aunque Hearts es enemigo jurado del Nuevo Trato y no pierde la oportunidad de atacar al Presidente, Boettiger goza del privilegio de ser él quien dicta la polí- tica editorial del diario puesto bajo su direc- ción, de modo que en ese periódico no aparece la campaña sistemática del coloso de San Si- meón frente a las reformas auspiciadas por Roo- sevelt en la Casa Blanca.

William Randolph Hearst posee, además, vas- tos intereses en la industria de cine y en la ra- dio. En este último ramo ha entrado con bastan- te éxito otro hijo del Presidente, Elliott, a quien la prensa de la oposición intentó también ligar en el negocio de Hearst. La pregunta que se ha-

cen los especuladores políticos es si no habrá ido James Roosevelt a Hollywood con la influen- cia de Hearst, propietario de las Producciones Cosmopolitan, asociado en la distribución de pe- lículas con la empresa Metro antes, y actual- mente con la de Wagner Brothers.

De ser ello así, tendríamos que Hearst es en los negocios, un protector de los hijos y yernos del Presidente a quien tanto ataca. No es posi- ble atribuir a esta situación nada más que una coincidencia de circunstancias, porque ya se sa- be que si grande es la antipatía que siente Hearst por las normas políticas del Presidente Roosevelt, a quien respaldó en su primera cam- paña presidencial, no menos grande es el desdén que siente el primer magistrado por Hearst per- sonalmente, por sus ideas y por sus actividades en la vida pública.

Pero los hijos del Presidente tienen derecho a vivir y a labrarse un futuro sin cortapisas ofi- ciales. La señora Roosevelt así lo cree, y ade- más opina que el cargo que ocupa su distingui- do esposo no es razón para quedar anulada la personalidad de ella o la de sus hijos. Por eso mientras la prensa reaccionaria comenta el nue- vo nombramiento de James, la señora Roose- velt jira una visita a los estudios de Samuel Goldwyn y cambia impresiones con el patrono de su hijo mayor. Un joven que se las ha bati- do entre las fieras de la política yanqui, no ha de perderse rodeado de Clark Gable, Humphrey Bogart, James Cagney y Robert Taylor. A to- dos éstos podría hacerles competencia ventajo- sa entre las hermosas luminarias del cine. Un lío amoroso es lo que habría de temer de sus andanzas por Hollywood, ¡nada más!

Suficiente, sin embargo, para que la prensa republicana formara un escándalo sensacional.

FLORIA

Del

LAGO

I

CUANDO yo vine a Madrid por vez primera, en el año de 1870, me hospedé en un humilde albergue de la calle del Desengaño. La buena mujer que se ocupaba en atendernos a mí y a otros cuantos jóvenes estudiantes, no era el tipo clásico de la patrona cruel y avara, sino, por el contrario, una anciana bondadosa que se contentaba tan sólo con vivir humildemente del ingreso de sus huéspedes. No diré que nos hartaba de manjares espléndidos; pero sí que nos ofrecía lo bastante para no morirnos de hambre, y siendo ella hábil cocinera, hacía prodigios con las patatas, el bacalao y el arroz.

Vivíamos en el piso tercero de la casa, y en el segundo radicaba desde larga fecha la familia de un empleado de la Dirección de la Deuda, llamado don Bernardo de Bernardo. Esta repetición del nombre y apellido era, según uno de mis compañeros de hospedaje, muy chistoso y ameno, «una falta de imaginación». Don Bernardo de Bernardo y su esposa eran de escasa talla. Menguadísimos, insignificantes. Él cumplía celosísimamente sus obligaciones burocráticas, mereciendo el respeto de sus jefes y colegas. La señora, llamada doña Lucía, era hija de un músico que había pertenecido a la orquesta del Teatro Real, donde tocaba el contrabajo. La infancia de esta señora se había desarrollado en el regio coliseo y en otros lugares del arte a donde su padre la conducía. Tenía pretensiones de entender de cuanto se refiriese a música.

Aunque la fortuna de estos mis vecinos era escasa y no podían permitirse el lujo de pagar localidades, valiéndose de las antiguas relaciones de la señora de Bernardo iban frecuentemente a las representaciones de la ópera. Los compañeros del padre de doña Lucía, recordando al viejo amigo fallecido, obsequiaban de esa suerte a la heredera, y ésta se ufana mucho de tal estima y de tan reverente devoción a su linaje.

La madre de doña Lucía fué azafata de doña Isabel, y esto constituía un rasgo importante de aquella familia, porque la buena señora profesaba una admiración idolátrica a la que fué reina de España y años antes de mi cuento había sido destronada, y conservaba en su memoria los nombres y apellidos de cuantos personajes intervinieron en las desdichas del trono fracasado. Hablaba ella familiarmente de los ministros y de los generales, de los altos palatinos y de cuantos sirvieron a la infausta señora. Así, decía del general Narváez: «El bueno de don Ramón...» Y como si fueran sus parientes, aplicaba a todos términos confianzudos, propios de una gran intimidad.

Tenía la señora de Bernardo en su memoria la historia anecdótica de todos los grandes artistas que habían pasado por el teatro de la Plaza de Oriente, y se sabía de coro lo que fueron Mario y la Lagrange, e igual las otras eminencias que alborotaban al público en aquellos tiempos. Disputábase doña Lucía como gran entendedora y no iba a oír la ópera como una cualquiera, sino con sus pretensiones de su-

prema autoridad. No siempre estaba de acuerdo con el público. Tal vez aplausos y ovaciones tributados a este o al otro intérprete de la gran música le parecían a ella injustos. En una palabra: hallábase la mujer del empleado de la Deuda en esa situación triste y peligrosa de los que, no sabiendo nada de nada, aspiran a saberlo todo en algún ramo de la actividad espiritual.

Don Bernardo asentía a las opiniones de su esposa, bien que le fuera igual un gran artista que un mediano aprendiz. Sentíase un tanto enorgullecido porque en la oficina requerían su dictamen después de alguna de las funciones máximas del teatro, que entonces adquirían caracteres de acontecimiento nacional. Y él, muy cuidadoso de no incurrir en error, y sabiendo que era de una incompetencia definitiva, hablaba poco, reservadamente, solemnemente, y solía quedar bien.

Después de doce años de matrimonio, el tálamo de los Bernardo se cubrió de flores. Allí nació una



Doña Loreto

niña, a la que pusieron por nombre Bernarda, no sólo por respeto al padre, sino porque una tía hermana de doña Lucía fué la madrina del bautizo, y esta señora, llamada doña Loreto, quiso que se perpetuase el nombre patronímico de la familia, bien que le inspiraba profundo desdén aquel celoso y honoradísimo funcionario. Pero, al fin y al cabo, era el padre, y doña Loreto decía:

—Hay que respetar sobre todas las cosas a quien dió vida al ser. Verdad es que el nombre no es bello; pero no puede modificarse.

Y como doña Loreto poseía alguna fortuna y en los momentos de crisis familiar no faltaba nunca su ayuda, quedó establecido que la niña recibiera en la pila esa denominación tan contraria a la poesía.

II

DOÑA LORETO, que era diez años más vieja que doña Lucía, había gozado mejor que ésta los tiempos antiguos de su familia, cuando en pleno poder doña Isabel II cuantos vivían en la Plaza de Oriente y la servían se hallaban en la plenitud de la gloria. Ella había conservado el orgullo de sus gentes, los Caminalls de Isco, que éste era el apellido de aquella grey palatina. No podía olvidar doña Loreto que su tío suyo fué capitán de alabarderos; que otro, que había sentido la vocación eclesiástica, servía de familiar al P. Claret, y que, en suma, ella y sus abuelos anduvieron en las cercanías del trono. Doña Loreto permanecía soltera. Cuéntase que un grande de España la enamoró; pero ella, que era honrada y digna, comprendiendo que el matrimonio era imposible con tan alto señor, rechazó sus impetuosas acometidas; no había nacido para hembra de placer, sino para esposa cristiana. Y ahora doña Loreto sentía la tristeza de que aquellas cosas grandes se hubieran desvanecido. Eso de que el jefe de la casa, el buen Bernardo, no hubiera pasado de humilde empleado en la Dirección de la Deuda, la atosigaba profundamente.

—De manera—se decía ella en sus soledades—que hemos de resignarnos a morir en la prosa villosa de nosotros, los que hemos vivido en el trato diario con los personajes... Eso no puede ser.

Vivía doña Loreto en un sotabanco de la Plaza de Oriente, donde había radicado su familia. Desde las estrechas ventanas de su estancia contemplaba a diario los entonces cerrados balcones y puertas de la Casa Real, y en la noche, muchas veces suponía que estaba padeciendo un ensueño, un ensueño triste. Que iba a sonar la corneta de los alabarderos, que iba a salir Isabel II, y que en la carroza, rodeada de la corte real, iba a ir el sábado a la Salve de Atocha. Vivía ella de una de aquellas pensiones secretas que doña Isabel dedicó a los que bien la habían servido. Y como doña Loreto era económica, bien que se gustara de vestir decentemente, ayudaba mucho a su hermana Lucía y a aquel pobretón Juan Lanás, llamado así en el mundo burocrático don Bernardo de Bernardo.

He aquí que la niña nacida del matrimonio, a los siete años manifestó singular afición a la música. Doña Loreto cuidó de que la niña fuese al Conservatorio, y allí tuvo maestros que la enseñaron rápidamente el solfeo. En cierto ejercicio infantil se destacó Bernardita, asombrando a todos los que la escucharon. Experimentó doña Loreto una inmensa alegría. Acaso ese fuera el camino de la redención familiar. Porque si aquella niña se convertía en una cantante famosa, no sólo caería sobre los suyos la lluvia de oro, sino lo que ella estimaba en más: el homenaje del público, las felicitaciones de los príncipes, los elogios de la Prensa.

Y desde ese momento doña Loreto se cuidó de otra cosa que de vigilar la educación de Bernardita. De su propio peculio le puso especiales maestros que la enseñaron historia, un poco de literatura y algo de arte, sin que dejara la niña de acudir a un maestro famoso, que ya había sacado a la escena muchas celebridades: el italiano Giránomo Boesti.

Esta inesperada genialidad infantil de Bernardita modificó todo el ambiente de la casa de la calle del Desengaño. Porque ya no se pensó en nada sino en que el prodigio se concretara y en que la que comulgaba los afanes de la enseñanza, sorprendiese a las multitudes.

En lo primero que pensó doña Loreto fué en cambiar el nombre de su sobrina; porque en verdad que llamarse Bernarda de Bernardo era cosa incompartible con la fama. Consultó el caso con el padre de la niña, a quien no le hizo mucha gracia la propuesta, sin que dejase de comprender que, en efecto, convenía venía poetizar un tanto la denominación; con tanto mayor motivo cuanto que muchas artistas grandiosas habían abandonado su nombre familiar para convertirse en otro más lindo y gracioso. Aquí, como tantas veces, se dió el caso de don Quijote, que por algo es el representante de la fantasía humana.

Tras largos desvelos, doña Loreto indicó a los Bernardo que la niña debería llamarse Floria del Lago. Todos se llenaron de alegría por el acierto del nombre.

por José Ortega
MUNILLA

de más estrecha regla. Y trabajaba mucho, copiando sobre el empautado las obras que le eran encomendadas. Tenía un firme pulso y el secreto de la exactitud. De cuando en cuando llegaba a Madrid algún cantante de menor cuantía, buscador de medios para romper el silencio. Skalko era en estas ocasiones solicitado, y por poco dinero mostraba a esos principiantes las tres o cuatro reglas fundamentales del aplauso. Y él se entendía con ciertos venales elementos de la Prensa y con los alabarderos del teatro. Cobraba menudas cantidades. Todo le parecía bien. Lo que más le gustaba era que le invitasen a un banquete de aquellos con que estos artistas obsequiaban a sus amigos. Y como eran las fiestas a la italiana, había el risoto napolitano o los macarrones en las varias formas del moderno Latio. Skalko entonces sacaba la tripa del año y devoraba la magnífica pitanza con infinito júbilo, con satisfacción maravillosa. Y él, que en su guardilla no probaba otro líquido que agua de los antiguos viajes, allí bebía el vino de Cianti, el ácido licor de nombradía, y todas las formas de la bodega italiana.

Pues bien; doña Loreto acudió a don Teodolino de Skalko para que se dignase escuchar a Bernardita. —Es una niña; apenas empieza a aprender la música. Supongo y suponen todos que está llamada a grandes destinos. Quisiera su familia, de la que formo parte, que usted, que es un maestro, la escuchara.

He de advertir que desde algunos meses antes doña Loreto había llevado a casa de don Bernardo un piano de alquiler, piano de mesa, antiguo, viejo, descordado, como esos caballos viejos que ya no obedecen a la espuela ni al freno.

Skalko vio allí una mina de reales de vellón y de comidas suculentísimas. Dándose mucho tono, accedió a la propuesta.

Señalóse para el caso una tarde del mes de noviembre, que era la inmediata a los días en que la gestión de doña Loreto se practicó. Entretanto, se cuidó de que Bernardita aprendiese una sonatina al parlare de cierto músico austriaco de quinto orden, en la que no era necesario que la garganta pasase de los tonos medios. El maestro de piano de la señorita Bernardita, que era, por cierto, organista de las monjas Pascualas, se esforzó largamente para que la discípula tomase en la memoria la canción.

Fué un acontecimiento familiar. Los Bernardo se creyeron obligados a invitar a sus amistades más íntimas, no muchas, porque la casa era de reducido espacio. Allí estuvieron algunos jefes del empleado de la Deuda con sus señoras e hijas, unos pocos amigos del abuelo materno Caminals de Isco... El maestro Skalko llegó oportunamente, luciendo lo mejor de su escaso ropaje: una levita negra, larga, estrecha, reluciente; una corbata de raso azul anudada sobre el cuello; y en la mano derecha, sobre el dedo anular, una sortija de cristal y cobre. Fué recibido con homenaje extraordinario... Skalko... maestro Skalko... el definidor del arte... La niña acudió a la puerta, besó la mano de Skalko y le condujo a un sillón que se había dispuesto junto al piano.

Comenzó la audición. Cantó Bernardita lo mejor que pudo. En verdad que sentía ella ciertos impulsos nobles de triunfo y de gloria. Su maestro de piano se esforzó gallardamente, conduciéndola por el buen camino. Había en la canción citada un sí en que se atascaba la niña. El viejo organista lanzó entonces sobre esa nota de la garganta infantil un torrente pianístico, y el trance fué seguido de aplausos.

El maestro Skalko esperó a que todos aplaudieran. El permanecía extático. Y queriendo quebrantar aquel silencio, doña Loreto le dijo:



—Sin duda el maestro eminentísimo quiere hablar con nosotros a solas. Respetad los demás este augusto silencio... Y como el maestro va a comer en familia acompañándonos, entonces, de sobremesa, dirá su juicio, que esperamos con ansia.

Ya sabía el famélico Skalko que iba a ser invitado a comer. Creyó que cuanto más aumentara su categoría, mejor sería el banquete; y así contestó:

—Señora doña Loreto: usted comprende muy bien mis deberes. Anticipo que en esta niña hay prodigio de arte; pero yo tengo la obligación de explicar la exactitud de sus méritos y la manera de aumentarlos. Y puesto que he de conversar a solas con la familia, entonces será expuesto mi dictamen.

IV

EN EFECTO, los invitados a la audición se fueron. Ninguno contento. A todos les pareció que aquella niña carecía de voz y de estilo, y que era una de tantas muchachitas cantadoras de las que en los colegios intervienen en las funciones religiosas.

La comida de los Bernardo traía desde por la mañana en grave aprieto a la madre de la artista. Habíale dicho doña Loreto que el músico polaco gustaba de los platos italianos. Ella se procuró unos macarrones los guisó como le fuera dado. Después dispuso unos lenguados en salsa verde, con anchoas de Génova. Siguiéron ciertas salchichas boloñesas que se vendían en una tienda de la Carrera de San Jerónimo de Madrid. Y acabó todo con un capón trufado al estilo de Roma: esto es, con mucha especia. Concluyeron los postres de almíbar florentinos, que también eran objeto entonces de comercio en cierto almacén de la Corte, y frutas conservadas.

De todo gozó el polaco. Cuando le interrogaban respecto a su dictamen, repetía:

—Luego, luego hablaremos... Déjenme gozar de esta magnífica comida.

Don Bernardo, que nunca se había visto en otra, creía verdaderamente que su esposa había dado con el secreto de la gran cocina y no dejaba de experimentar la vanidad de un triunfo.

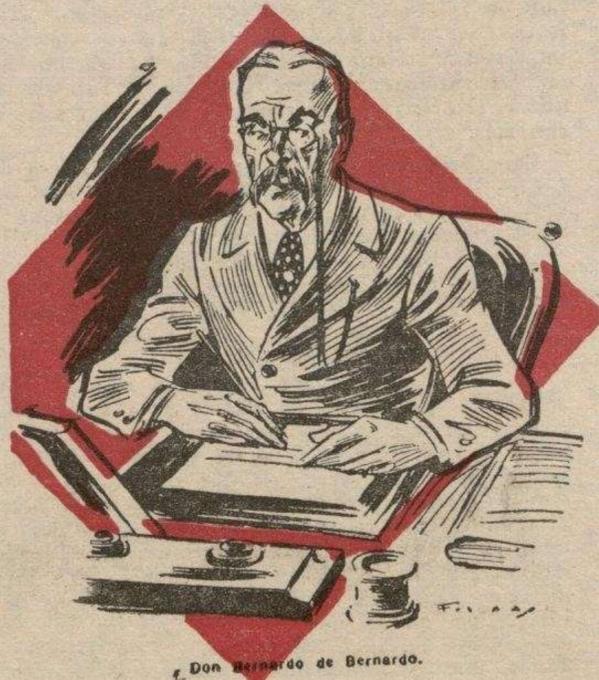
—¿De manera, maestro Skalko—decía de cuando en cuando el burócrata—, que gusta a usted mi humilde cena?

Y Skalko, interrumpiendo momentáneamente el devorar de sus quijadas, respondía:

—¡Cómo si me gusta. Tanto, que si ustedes me favorecen con nuevas invitaciones, nunca faltaré a ellas. Veo aquí reunidos el antiguo y buen estilo italiano con la clásica cocina española.

Doña Loreto interrumpió: —Esto no tiene importancia, maestro Skalko; otras veces lo haremos mejor.

El polaco bebió más de la cuenta. Animóse su espíritu, y cuando el café le fué servido, rompió el secreto de su opinión diciendo:



Don Bernardo de Bernardo.

...y el mismo don Bernardo, cuando en la Dirección de la Deuda ordenaba cupones y escribía largos papeles con su bella letra bastardilla, interrumpía el trabajo pensando:

—Floría del Lago... Gran éxito en París, en Milán, en Roma, en Covent Garden de Londres, y no voy a decir si en Madrid.

Y luego, el pobre empleado seguía escribiendo números y cosiendo cupones.

III

LO PRIMERO que fué preciso es que Bernardita asistiese a las clases del Conservatorio. Apenas había comenzado las iniciaciones del solfeo. Antes de estos sucesos ella había tenido una profesora de piano, de esas que acuden cada dos o tres días a las casas pretendiendo enseñar a las niñas el arte de pisar el marfil. Con tan escasos conocimientos, Bernardita se balló en el Conservatorio como gallina en el corral ajeno. Acompañábala a los estudios doña Loreto, la que había sentido nuevos estímulos de cariño por la sobrina cuando sospechó en ella una gloria del arte. Cuidó de que fuera muy bien vestida y de que no le faltase nada, así en el atavío como en las demás formas de la vida. La niña se sintió engrandecida, dignificada. Estímulos de vanidad entraron en su alma. Aplicóse lo que era posible al estudio; pero no tanto como le conviniere. Doña Loreto no la exhortaba demasadamente a esos afanes. Ella pensaba que la niña era un genio, un espíritu prodigioso, y que todo lo que hiciese saldría de la propia condición natural. Dió a leer a la muchacha biografías de artistas, como la mayor parte de ellas habían sido escritas por aduladores o subvencionados, llegó a creer la niña del empleado de la Deuda que lo de menos era el estudio. Lo importante era dejar que la calidad propia resurgiese sin limitaciones.

—Adelina Patti—decía doña Loreto a su sobrina— apenas sabía solfear cuando dió sus famosos conciertos por América. Tenía en la garganta y en el entendimiento lo que le importaba. Eso no es aconsejable, hija mía, que desdeñes el trabajo; siempre conviene. Desde luego hay que conocer el solfeo perfectamente para leer a corrido las partituras; pero lo demás no es necesario. Más te aprovechará ir conociendo la vida, porque has de interpretar personajes, y esos personajes que ha creado el genio son la síntesis de las pasiones humanas.

La ignorancia y la inocencia de Bernardita no atisbaban el secreto de estas frases. Lo único que deducía de ellas era la falta de utilidades de pasarse, como a las condiscípulas lo hacían, «las noches en claro» y los días de turbio en turbio» para dominar las dificultades del arte musical.

Lo que sí hacía doña Loreto era intrigar bastante con los profesores del Conservatorio. Había uno muy famoso, don Baltasar Sardoní. Este hombre eminentísimo, a que tanto debe el progreso de la música en esa era, quiso oír a la niña. Y así que la oyó, dijo a doña Loreto:

—Señora: mi opinión ha de ser sincera. Tiene algunas notas agradables. Le falta energía; no creo que la adquiera. Además, no sabe nada; confunde las notas. Supongo que ella aspira a ser un triple *allegretto*, y no he advertido aún la agilidad. Pero, en fin, que siga trabajando, y ya veremos.

Impresionóse amargamente doña Loreto. Ella creía que Sardoní había de dar un *exequátur* sin limitación alguna. Y como no fué así, empezó a murmurar del maestro. Buscó otro: uno llamado don Teodolino de Skalko, un polaco refugiado en España, que andaba por los teatros líricos y que se abastecía copiando música, transcribiendo partituras y en otros oficios semejantes. Hombre singular Skalko, andaba a la vuelta del panecillo con misterios indescifrables. Sabido es que entonces las casas de la Plaza de Oriente eran las hospederías naturales de los artistas de la ópera. Allí vivían, durante su estancia en Madrid, los elementos teatrales de aquel teatro. Skalko vivía en una guardilla de la casa número 8 de la histórica plaza. No tenía criados que le sirvieran. El mismo se aderezaba el cuarto y se hacía la cama. Su comida era harto frugal; tanto, que asombraría a los frailes

—Esta niña es un prodigio. Ella ganará miles de millones. Así que aprenda, así que penetre en el secreto, llegará a las altas maravillas. Ahora la Patti es un asombro de los públicos y de los maestros. Pronto lo será esta criatura excepcional.

Doña Loreto se estremeció sobre su silla. Ella, que era tan parca en el beber, se permitió trasegar rápidamente una copa de vino. Miró a su hermana. Miró a don Bernardo. La niña permanecía silenciosa, confusa y un tanto triste. ¿Es que ella no es sentida digna de tales elogios? ¿Es que su buen sentido pugnaba con aquellas palabras?... Y mientras todos, hasta el buenísimo de don Bernardo, se sentían llevados a los júbilos del triunfo, la niña, Bernardita, era el único espíritu que allí se conservaba en el régimen del buen sentido.

V

EL MAESTRO Skalko anduvo mucho tiempo con aquella familia. Las audiciones se repitieron. Bernardita iba desarrollándose. Ya era una mozuela gallarda y jubilosa. Había aprendido algo en el Conservatorio. En los exámenes anuales intervino, no sin lucimiento. Pero he de advertir que otras muchachas de su edad cantaban mejor que ella. Y cuando se lo comunicaba así a doña Loreto, ésta, llena de ira, le replicaba:

—Eso es absurdo. Tú no sabes lo que oyes ni lo que haces. Tú eres una maestra. Sabes más que todas. Los maestros se quedan absortos..., y si no lo dicen es por envidia y por odio... Y para que veas que eso es cierto, yo te estoy preparando una ocasión de prueba.

—¡Por Dios, tía Loreto—gimió Bernardita—, no me ponga usted en ridículo, que yo sé muy bien lo que puedo hacer y estoy segura de que no llegaré nunca a ser una artista célebre!

Indignóse doña Loreto. Dió un puñetazo sobre el piano en que la niña teclaba ensayando una canción.

—De manera—gritó—que yo me he esforzado por tí, que yo me he sacrificado por tí, que yo he gastado lo poco que tengo para servirte y adornarte, y ahora tú eres la que te niegas a recibir la gloria que Dios te tiene otorgada... No, por Dios, no hagas eso. La modestia es buena, pero no de ese modo. Antes de rendirse, hay que batallar. Tú serás una de las primeras tiple españolas.

Bernardita siguió teclando. El hilillo tenue de su voz se mezcló con las palpitaciones del marfil. Bien se advertía que la joven estaba insegura de la gloria.

VI

Y ASI pasaron meses, años. Skalko había desaparecido. Murió de hambre en un crudo día de invierno del año 1857. La portera, que cada mañana iba a llevarle un jarro de leche, se lo encontró muerto. El polaco había fallecido como vivió: en el silencio.

Pero otros elementos habían ingresado en la legión fantástica que doña Loreto concitara. Allí estaba don Dámaso de Junco, músico mayor de un regimiento, quien se creía capacitado para todas las necesidades de una artista que se preparase a la intervención en el teatro. Era un hombre de cuarenta y cuatro a cuarenta y ocho años, pequeño, bien vestido, limpio, amigo del alcohol y de las damas. Había dirigido largo tiempo la orquesta de un circo ecuestre de Madrid. Con su bigote rubio perfumado y con cierta condecoración inexplicable en el ojal izquierdo de su chaquet, andaba por todas partes con cierto prestigio, porque no admitía discusiones. El decía algo y era preciso respetarlo. Duelista, valentón, intrépido, se le temía y se le despreciaba.

Bernardita había cumplido ya los dieciocho años. Era lindísima. La gallardía de su persona no estaba sujeta a los errores de la moda que su tía doña Loreto le impusiera. Salió del Conservatorio sin ninguna medalla, sin ningún premio. Doña Loreto, comentando esta desventura, exclamaba:

—Es una iniquidad lo que han hecho con mi niña. Es un crimen que han cometido aquellos falsos maestros. Harto saben que *Floria del Lago* será la princesa de los teatros y ellos quedarán en ridículo con la negación de su aplauso.

Había llegado a ser para doña Loreto Caminals de Isco el triunfo de su sobrina algo como la esencia de su propia manera de vivir. Todo le parecía poco para llegar a esa victoria. Y empleó cuantas relaciones tenía, las antiguas y las modernas, para que apareciese en el Teatro Real la niña prodigio. Ahora ya no la regateaba el trabajo. Antes al contrario: ella había de pernoctar sobre el piano hasta que entrara en su cerebro la esencia de la obra con que había de aparecer. Después de luengos titubeos se acordó que fuese esta obra *Linda de Chamounix*. Allí habíais de ver a la pobre Bernardita sudando, esforzándose, destruyéndose en el empeño. Y el maestro de piano se pasaba las horas y las horas encaminando aquellos alientos a las tres notas difíciles de la partitura. Nunca llegaba Bernardita a ellas. Doña Loreto, a fuerza



Don Dámaso del Junco

de oír música y de vivir en este ambiente de exceso de labor, acabó por enterarse de la manera cómo podía conseguirse la victoria.

Y ella dijo un día al maestro de piano:

—Bernardita no puede seguir trabajando de esta manera. Hay que dejar a su genialidad la interpretación. Sólo en los momentos de peligro es cuando usted debe atacarle enérgicamente para arrancar de su garganta las notas que faltan.

Esas notas eran cinco, según aparece en los apuntes que me sirven para esta novelita. Cinco notas nada más. Las principales, las fundamentales.

Y Bernardita fué sometida al martirio de que su garganta débil dominara esas notas. Bien advirtió doña Loreto que no las dominaba. Contó, sin embargo, con que en la noche del debut una intervención protectora de la orquesta la librara de las dificultades.

Y entretanto, don Bernardo, absolutamente desconocedor de cuanto al arte se refiere, permanecía tranquilo. El creía en la inteligencia de doña Loreto. El estaba seguro de que al cabo ella tendría razón. Y en cuanto a doña Lucía, la esposa del burócrata, vivía afanosamente en la preparación de las comidas con que en su casa eran obsequiados los maestros y los agentes de las Compañías teatrales. Había llegado a poseer la cocina europea. La pobre vieja no tenía ya en cuenta otra cosa que agradar a los que iban a llevar a Bernardita al templo de la fama.

VII

COMPRENDIO doña Loreto que no era fácil lo que ella suponía sencillo y hacedero. La aparición de una tiple en el Teatro Real significaba o un poderío personal de la artista, o una influencia suprema.

Una tarde conversó con don Bernardo, su cuñado, y le dijo, estando ausente Bernardita:

—Quiero que sepas la realidad de la situación. Nuestra niña es un prodigio. Su voz de oro dominará a los oyentes. Ha aprendido mucho. Conoce todos los secretos de la canción. Pero eso no basta. Es preciso vencer dificultades enormes para que ella debute en la ópera. Yo he empleado los medios que he tenido; yo he acudido a mis viejos amigos, que siguen imperando, aunque la Revolución ha querido arrasar las antiguas principalidades de la sociedad madrileña. No llegamos al término. Hace falta más, mucho más.

Don Bernardo, a quien no consultaba nunca doña Loreto sobre esto ni sobre los demás extremos de la vida de la familia, quedó un tanto sorprendido por aquel lenguaje. Después de un silencio, replicó:

—Bien, bien, Loreto. ¿Qué haremos? Porque yo no sé qué teclas hay que tocar para que Bernardita llegue a la fama, que, sin duda, merece. Espero tus indicaciones... Mejor diría, tus órdenes.

Doña Loreto dió esta respuesta:

—Muy bien. No esperaba de tí sino la aquiescencia. Sé que careces de medios para ayudarnos en esta grande empresa. Es una desdicha que valgas tan poco. Y con estas palabras no quiero ofenderte. Lo que sí he de manifestar es que cuando un hombre tiene la suerte de engendrar una niña como Bernardita, debía estar capacitado de todos los medios precisos para que esa genialidad triunfara... Te faltan esos elementos... ¡Qué hemos de hacer!... Yo seguiré mi campaña... Pero he de explicarte la entraña de mi idea... Yo quiero que un gran músico intervenga nuevamente cerca de Bernardita. Don Dámaso del Junco, músico eminentísimo, poseedor de grandes relaciones con las Empresas teatrales de todo el mundo,

agente portentoso de las contratas de la mayor parte de los artistas que vienen a la ópera, está dispuesto a ayudarnos. El es un poco exigente. En primer término, quiere dirigir la educación musical de Bernardita. Y, además, necesita dinero para la campaña. El primero que él me ha dicho es que debía verificarse un concierto con un motivo benéfico, en el que nuestra niña cantase. El cuidará de que la Prensa destaque a la nueva artista. Para eso don Dámaso del Junco exige la prenda pretoria: monedas. Yo he querido saber a dónde llegaban sus aspiraciones, y él me ha contestado que la cantidad mínima serían doce mil reales. Tengo yo seis mil ahorrados, a pesar de mucho que vengo gastando con nuestra niña. ¿Puedes tú darme los otros seis mil reales que completan la cantidad exigida?

Don Bernardo quedó perplejo. Aunque él y su familia vivían humildemente, los gastos de los banquetes a que eran invitados músicos y danzantes le habían consumido el escaso ahorro. Acabó diciendo:

—Loreto, mi querida hermana: no sabes cuánto te agradezco lo que haces por nuestra niña. Desgraciadamente, yo no tengo una peseta.

—Eso lo suponía—exclamó, con gesto de desprecio, Loreto—; pero hay que inventar el dinero cuando llegan las grandes ocasiones. Toma a crédito. Góstate un sueldo, disfrutas de gran estima y de crédito regularísimo entre tus compañeros de oficina.

Don Bernardo tenía el santo horror a la deuda. Era lo único bueno de su persona. Pero, ¿cómo iba a oponerse a un plan tan magno, del que acaso dependiera la gloria y la fortuna de su hija?

Al cabo de un reposo en el pensar, doña Loreto insistió:

—Bien; ¿qué me dices, qué piensas de mi propósito?

Don Bernardo exclamó, más bien como quien pregunta que como quien habla:

—Haré lo que tú quieras. Ordéname y yo obedeceré.

Doña Loreto se levantó de la silla en que estaba sentada, y poniendo su mano derecha con gran fuerza sobre la cabeza del infeliz burócrata, resumió su pensamiento de esta manera:

—Yo tengo preparados los medios de que te pague veinte mil reales sobre tu sueldo, en plazos y en modos y con un interés relativamente exiguo.

—¡Veinte mil reales!... —dijo don Bernardo.

Esa cantidad parecíale a él absolutamente fantástica. Tembló pensando en las consecuencias del negocio.

Doña Loreto añadió:

—Bien es que sepas, Bernardo, que si nuestra hija triunfa, será contratada fantásticamente, con un sueldo inverosímil. No veinte mil reales, sino muchísimo más ganará cada mes. Podrás atender a tus obligaciones sin que nadie te exija el cumplimiento. Y, además, Bernardita habrá sobrepasado la línea común de las mujeres. Será famosa en todo el mundo.

Y luego doña Loreto y don Bernardo examinaron la manera de hacer la operación de crédito, y quedó preparado para que don Dámaso del Junco se llevase entre sus garras el dinero.

VIII

DON DAMASO DEL JUNCO era un hombre serio. Como ya se ha dicho, había dirigido un regimiento de milicia. Le arrojaron del servicio del Ejército por sus inmorales y descuidos. El quería imponer sobre toda la milicia, suponiendo que la gloria de su banda bastaba a la de la España militar. Otros músicos mejores, más honrados y discretos, se burlaban de sus Musas del Soldado. Ello es que llegó a dirigir el regimiento en que actuaba don Dámaso, coronel digno, el cual arrojó de su servicio al ridículo y odioso musicante. En sus andanzas el señor del Junco estuvo en los teatros, en los circos de ferias y en mil lugares donde se acreditó como tramposo, vulgar, no, alcohólico y fermentado. Fué de caída en cuando acabó por convertirse en agente de una Compañía de contratas teatrales. El aceptó todas estas situaciones. Tenía una familia a la que abandonó. Fué el resultado de los deberes, el tráfuga de las obligaciones. Quedó convertido en un despreciable y menesteroso interventor de los malos negocios del teatro.

Según iban siendo más profundas sus caídas, más era el orgullo de don Dámaso. Engañando a varios periodistas harto crédulos—que esta es la virtud de los de nuestro oficio, dejarse supeditar a la sugestión más liviana por generosidad y por candidez—, llegó a imponerse a ciertos artistas. Durante mucho tiempo, don Dámaso del Junco era el agente que recibía los tributos de los artistas que llegados a Madrid. Hasta algunos muy eminentes daban cantidades, contando con que de ese modo la Prensa les acogería benévolamente. Y en verdad que lo consiguió el innoble especulador: fueron precisos sus abusos para que al cabo se viera el don Dámaso desprovisto de autoridad para sus explotaciones.

Y en una de estas épocas de abandono y de desdicha, de hambre y de miseria, don Dámaso topó con



Cantó Bernardita lo mejor que pudo.

doña Loreto. El sabía que esta mujer andaba en el estímulo invencible de su vanidad familiar. Ese era uno de los motivos principales de la industria maliciosa del viejo músico militar. Y he ahí la causa de que la desventurada solterona, doña Loreto Caminal de Isco, cayera en las garras del bandido.

Ya se ha dicho antes en qué términos se estableció el problema ante don Bernardo, el honradísimo burócrata. Se ha dicho también cómo se convino en que fueran entregados a don Dámaso del Junco doce mil reales. Y, en efecto, la entrega se realizó.

El bueno de don Bernardo sufrió infinitas amarguras cuando, acompañado de doña Loreto, hubo de ir a un miserable usurero, recibiendo de él los billetes del Banco de España que iban a ser trasladados momentos después al explotador de la imbecilidad de los vanidosos.

Esto ocurría en el mes de abril del año que fuese... No marco fecha. El teatro de la ópera había realizado una mala campaña. Habían faltado los grandes artistas. Entonces, el público matritense necesitaba el triunfo de la majestad del arte. Mario, el colosal tenor, había seguido su vida de aventuras. El no creía en nada que no fuese su libertad. Creo yo que la historia de Mario sería el tema precioso de una novela anecdótica. Y quién sabe si al cabo yo conseguiré escribirla.

Los otros artistas que habían dominado a los oyentes del coliseo real hallábanse desperdigados a requerimientos de las poderosas empresas de Londres, de París y de Italia. Era necesario formar para nuestro teatro de la Plaza de Oriente un conjunto que interesase al auditorio. No podía consentirse que llegaran los advenedizos, los nuevos y no probados artistas. Y éste era el gran problema de la Empresa. Hasta el Gobierno intervino en el asunto; porque en aquellos tiempos, la fama artística de nuestro primer teatro musical preocupaba a los gerentes de los públicos negocios.

Así que recibió el dinero, don Dámaso del Junco fue a oír a la artista. Bernardita y su maestro escuchaban al que iba a decidir del futuro. Ya se ha dicho que la nueva tiple había escogido para su debut la ópera de Cayetano Donizetti, *Linda de Chamounix*. Cantó la niña lo mejor que pudo. Verdaderamente, don Dámaso no fué engañador cuando dijo:

—Linda música, gracia expresiva, ternura muy grande, conocimiento de la *particella*... pero me parece que esa vocecita no va a llenar el Teatro Real.

Doña Loreto quedó espantada con este dictamen.

—¿Cómo no va a llenar la voz de mi sobrina todo el ámbito de la ópera, si aquí, cuando canta, la obligamos a que domine su imperio de sonoridad?

Don Dámaso llamó aparte a doña Loreto y le dijo al oído:

—Todo lo venceré yo. La niña canta bien, pero fútese de voz. El teatro de la ópera pide un río de notas... y esta niña es un arroyuelo, nada más que un arroyuelo.

Indignóse doña Loreto con aquel dictamen.

—¿De manera que usted cree que mi sobrina no puede cantar en el Teatro Real?

—Sí que puede cantar—contestó don Dámaso del Junco—; pero ha de ser con mi auxilio. Y sin mi

auxilio, no. Será preciso que esperamos un momento que va a llegar en breve. Entonces, agotados los grandes artistas, habrá de resignarse el público a la modestia de otros menos fuertes. Será la ocasión de que Bernardita aparezca. Antes, de ningún modo.

Para doña Loreto fueron estas palabras como una sentencia de muerte. Porque ella creía que Bernardita... *Floria del Lago*... poseía la dominación suprema de los públicos y del arte.

Para las astucias del aventurero era fácil presa aquella solterona, corroída por la vanidad. Pocas palabras bastaron a don Dámaso para hacerse dueño de las angustias de la hija de los Caminal de Isco.

IX

—LO PRIMERO que hace falta—exclamó al día siguiente don Dámaso del Junco, en una conferencia con la familia de la niña—es que aquí intervenga un maestro, un verdadero maestro, que agote la resistencia de esa garganta. Ese maestro lo tengo yo en mi mano. Es mi sobrino, Julián Gutiérrez, mi discípulo. Es un muchacho encantador, gran pianista. El toca cada noche en un café de la calle de la Luna, y allí obtiene constantes aplausos. Sabe cuanto hay que saber, y ha adiestrado a muchos cantadores de diferentes estilos. El cobrará cincuenta duros al mes por la enseñanza diaria de Bernardita.

Quedaron espantados don Bernardo, su esposa y doña Loreto con este nuevo programa de sacrificios. Habían creído ellos que los doce mil reales que entregaron a don Dámaso del Junco bastaban para que la niña surgiese en el teatro y consiguiera el éxito. He aquí que nuevas imposiciones reclamaban la humildad ruin de la familia.

Fué entonces cuando doña Loreto sintió el primer espanto. No contaba ella con que la gloria de una tiple fuera un negocio industrial tan peligroso ni tan caro.

Discutióse en casa de don Bernardo de Bernardo la nueva reclamación de don Dámaso del Junco. Hubo momentos de enojo y de tristeza. La misma doña Loreto manifestó su amargura. Si ella hubiera pensado que iba a sufrir tantas vejaciones, tantos empuños, para que la niña llegase a ser una artista famosa, no hubiera intervenido en el caso; porque ella era muy ordenada, muy metódica. Cuidaba de sus escasos intereses y los administraba maravillosamente. Don Bernardo, que desde el día en que firmó el docu-

mento al usurero para el préstamo que doña Loreto había pedido estaba intranquilo, acabó por romper en llanto en este momento de la confianza familiar. Cuidóse de que la niña Bernardita estuviese fuera. Ella había ido a dar un paseo con unas amigas. Y entonces el honradísimo empleado derramó su dolor ante su mujer y su cuñada.

—Yo he de deciros—exclamó—que no estoy seguro de que mi hija amadísima disponga de la gracia necesaria para impresionar al público. He oído y oigo cada día las lecciones. Sé que la niña se encuentra muy bien preparada; pero no creo que tenga la fortaleza de sonoridad que es necesaria para llenar aquel gran teatro.

Doña Loreto interrumpió, diciendo:

—Ante todo he de decirte, mi querido cuñado, que yo soy una mujer sincera. Supuse que la niña iba a ser una artista fenomenal, maravillosa. Veo que le faltan grados para llegar al triunfo. Y hemos de resignarnos. Este buen amigo que yo os he conducido, don Dámaso del Junco, me ha dicho que sería imposible la aparición de Bernardita en el teatro de la ópera...; pero se prepara una campaña en un teatro de orden inferior, en el «Olimpio», en el que aparecerán grandes músicos y notables artistas. Con ellos surgirá la gloria de nuestra niña.

Don Bernardo escuchó estas palabras con inmensa amargura. El no podía creer que su hija hubiera de resistir estas desdichas de la crítica anticipada. Cierro es que él no había encontrado en su hija aquellos maravillosos acentos que otras veces advirtiera en las grandes dominadoras del público; pero tampoco se resignaba a que Bernardita anduviese de tranco en tranco con todas las amarguras de la insignificancia.

Hubo de resignarse el buen empleado, pero no sin decir a su cuñada doña Loreto:

—Es muy triste lo que me dices. Recuerda que yo no he inventado estas glorias familiares. Nunca creí que mi hija llegase a dominar a los públicos de los grandes teatros. Imagino que tú has sufrido el error y que nos has hecho participar de él a todos nosotros...

Entonces la esposa de don Bernardo intervino, exclamando:

—Yo he sido la silenciosa, yo la amargada... Del amor que yo a mi hija tengo no he decir cosa alguna; pero de la tristeza que me producen estas novedades, sí he de decir algo... Y he de decir que no quiero que mi hija, que mi Bernardita ande en los

comentarios y en los negocios de los teatros... ¿Canta bien?... ¿Canta mal?... Me importa poco. Lo que no estoy dispuesta a resistir es que esta linda niña, tan buena, tan tierna, tan cariñosa para nosotros, sea explotada por canallas...

Doña Loreto intervino, corrigiendo estas palabras: —¿Qué quieres decir con eso, mi hermana?... ¡Es que yo he intervenido en este asunto con otro propósito que no fuera el de la gloria familiar?

—Nunca lo he pensado—insistió la mujer del burócrata. —De ningún modo he creído que tú intervienes sino por altos motivos familiares. Lo que hay es que tú te has equivocado, Loreto... Cuando venías a nuestra casa y veías que Bernardita estaba cosiendo, te indignabas y decías: «Esa niña no debe trabajar como las otras mujeres. Hay que elevar su ánimo, hay que disponerla a la presencia ante el público de los teatros»... Y tú nos has dominado a todos, y tú nos has perturbado la existencia... ¡Pobre hija mía!

Doña Loreto se indignó al oír estas palabras. —¿De modo que tú crees que tu hija no puede triunfar en el teatro?

Y la madre de *Floria del Lago* contestó: —Sinceramente he de decirte que en mi ignorancia de la vida y en mi desconocimiento del arte, creo que mi hija no puede ser una gran tiple de las que apasionan al auditorio.

Esta misma idea había ya perturbado el ánimo de doña Loreto. Pero, al cabo, hubo de rendirse a la verdad.

X

UNA MAÑANA don Dámaso del Junco llegó a casa de don Bernardo de Bernardo y dijo, presentando a un mozo que le seguía:

—He aquí al maestro de la niña. Don Bernardo no estaba en casa. Hallábase en su negociado de la Dirección de la Deuda. La esposa contestó:

—Muy bien. Agradecemos su benevolencia y aceptamos el concurso de su maestro.

Este era un muchacho de unos treinta años de edad, no demasiado bien vestido, sonriente, benévolo en el trato. Don Dámaso pidió que en seguida acudiera la niña para que su pariente el pianista ensayara con ella dos momentos difíciles de la ópera de Donizetti *Linda de Chamounix*.

Y llegó la niña. La miró fijamente el pianista, y dijo:

—Siéntese cerca de mí. Yo voy a teclear. Usted cantará. Sé que ya conoce usted la partitura. Hay en ella dos momentos difíciles. Usted los dominará, seguramente.

Y la niña comenzó a cantar sobre los arpeggios del pianista.

Al fin concluyó la lección. Doña Lucía, que había asistido al ensayo, quedó mal impresionada. Aquel pianista miraba a Bernardita con ansias de amor. Y la niña, que era tan inocente y tan buena, rechazaba esas atracciones.

Así, cuando concluyó la recitación, doña Lucía dijo a don Bernardo:

—Este hombre que ha venido para enseñar a nuestra hija me parece peligroso.

Don Bernardo sentía hacía tiempo que en torno de su hija se intentaba una miserable seducción. Don Dámaso del Junco había intentado apoderarse de la voluntad de la niña, y no habiéndolo conseguido, destacó al sobrino pianista, esperando que la gracia de la mocedad de éste dominara sobre la inédita tiple.

Sin la honrada firmeza de aquella familia, Bernardita hubiera sido víctima de tantas codicias canales y de tantos negocios de teatro.

XI

DON BERNARDO de Bernardo tuvo un momento de energía. Fué a ver a don Dámaso del Junco y le dijo:

—Supongo que usted es un caballero. Por haber vestido durante algún tiempo el uniforme militar, se hallará adscrito al deber de los hombres honrados.

Don Dámaso se sorprendió de este comienzo de coloquio y dijo:

—Ciertamente que soy un caballero, y que he peleado muchas veces para demostrar mi dignidad. ¿A qué se refiere usted?

Don Bernardo repuso serenamente:

—Muy bien. Seguro estoy de su honorabilidad; pero como le hemos entregado a usted doce mil reales para que mi hija Bernardita debute en el teatro de la ópera y esto no llega, solicito de usted una contestación... ¿Es posible el empeño de mi hija?... ¿Puede darse el caso de que mi hija triunfe en la escena?... Porque lo que yo quiero en este momento es una afirmación categórica.

Las audacias pendencieras de don Dámaso se disiparon bruscamente. Él sabía que en la lucha con un hombre humilde, pacífico, enemigo de reyertas, que peleaba por la defensa de su dignidad, sería vencido. Comprendió que no era el caso de mostrarse bravucón. Y así contestó:

—No tiene usted razón, señor de Bernardo, en la ofensa que me dirige, y que yo supongo engendra-

da en el amor que tiene a su hija. He hecho cuanto he podido por servirla. Los articulos que se han publicado en algunos periódicos anunciando el próximo debut de *Floria del Lago*, me han costado dinero, porque eran, sencillamente, «reclamosa». Para conseguir la benevolencia de los agentes teatrales, ha sido necesario que los obsequie. Y no olvidará usted que mi trabajo vale algo. Estas cosas son caras, muy caras. Usted, que desconoce la vida del teatro, no sabe que para lanzar a una artista al gran mundo lírico hay que gastar muchos francos, y muchas libras, y muchas pesetas... Pero no olvido mi obligación y he de cumplirla.

Bernardo escuchó atentamente a don Dámaso y bien que éste le inspirase el más profundo desprecio, conoció que en sus palabras había algo de justo.

—Bien está—repuso el burócrata. —Pero usted habrá de comprender que no vamos a pasarnos así toda la vida. Y lo que deseo que me diga es qué término tendrán tantos afanes, que me han privado de la dicha doméstica.

—Pues bien, señor. Yo creo que lo que hay que hacer es insistir. Repito que se trata de asunto difícil. Yo me considero en el deber de nuevos esfuerzos. Pensar en que *Floria del Lago* aparezca en el Teatro Real es, por ahora, imposible. La Empresa, que iba mal y hubiera aceptado Compañías de principiantes, se ha restaurado con los ingresos que le da el gran tenor Mario. Así, pues, habremos de avenirnos a que su hija debute en una Compañía de menor empeño, que va a aparecer pronto en un teatro secundario.

Don Bernardo comprendió que sólo de este modo sería posible la prueba; y accedió a ello.

Continuó el músico: —Es necesario que *Floria del Lago* siga sus lecciones con mi sobrino. Es un gran artista. El ha preparado a varias eminencias. Si usted renunciara a sus servicios, cometería una locura.

Bernardo interrumpió: —No he de ocultarle que su sobrino de usted me inspira ciertos recelos. Parece que ama a mi hija y temo que una frecuente relación entre los dos jóvenes nos sea perjudicial.

Fingió una risa Junco. Y no la fingió del todo, porque vió que su contrincante y víctima seguía propenso al expolio.

—Esas suspicias de usted —añadió— le honran como padre honradísimo, celoso del honor de su familia. Pero no hay fundamento que justifique la hipótesis. Mi sobrino, Julio Mínguez, gran pianista y concertino, es galante. Bernardita es bella. Los dos son mozos; y es natural que se sientan atraídos. Pero eso no menoscaba en punto alguno la dignidad de ambos. Viva tranquilo respecto a tal punto. Yo, que tengo gran experiencia en estas cosas de arte, he de decirle que me he asombrado escuchando las lecciones de Mínguez y de Bernardita. La partitura de *Linda de Chamounix* está completamente dominada por su hija de usted. Sólo falta un aria, en la que aún titubea la tiple. Un mes de trabajo bastará... Pero no he de ocultar a usted que, hasta ahora, yo he pagado los honorarios de Mínguez de los doce mil reales que ustedes me entregaron. El caudalito se agotó. No habrá remedio sino que ustedes abonen a Mínguez treinta duros por mes, cantidad exigua. Tres y cuatro veces más pagan las artistas a los que las preparan para la escena.

Una nube de tristeza pasó por don Bernardo; sentíase dominado por la astucia de Junco. Comprendía que interrumpir la obra comenzada traería graves consecuencias. Ignoraba de dónde sacar dinero para ese y otros pagos que adivinaba. Al fin exclamó, dando un suspiro:

—Fío en usted. Y aunque acabe de arruinarme, haré lo que correspondiera.

Y después de este coloquio, que tan fieramente empezó el burócrata, las cosas volvieron a su antiguo estado y Mínguez siguió dando lecciones a Bernardita.

XII

DOÑA LORETO llegó una tarde a casa de su cuñado muy contrita y llorosa. Mientras Bernardita cantaba junto al piano, dirigida por Mínguez, en la habitación cercana conversaron doña Loreto, doña Lucía y Bernardo.

Doña Loreto dijo:

—Es preciso que me oigáis con calma. Se nos imponen nuevos sacrificios. Se va a formar una Compañía lírica, que actuará en el Teatro Cómico. El director lo será un artista de mérito: Luca de Nora. El empresario, el caballero Luigi di Cuercia. El tenor, un joven de mérito, que viene precedido de cierta fama, de los teatros italianos: Estéfano Borni. Dentro de quince días se dará la primera función con *Linda de Chamounix*. Allí debutará nuestra niña. El empresario necesita que le anticipemos algunos fondos, que nos serán devueltos del producto de las entradas. Hay que aprontarle veinte mil reales.

Don Bernardo exclamó con tristeza:

—¿Y de dónde sacaremos el dinero, —Yo —repuso doña Loreto— tomaré otro préstamo. Mi amiga y protectora la condesa de Urbiston-

do me dará doce mil reales. Tú has de buscar los ocho mil que completan ese anticipo.

Discurrieron largamente los tres infelices sobre esta operación. Desanimados por completo, con la certeza de que iban al fracaso, no supieron, ni pudieron, sin embargo, resistir a la seducción de un triunfo. Allí quedó concluida la manera de reunir los fondos, siendo doña Loreto la encargada de hacer la entrega a don Dámaso, que era el que había preparado la nueva socialina.

Pero ahora iba de veras. Bernardita iba a aparecer en la escena. Comenzaron los preparativos de trajes, de adornos, de joyas. Aunque muy humilde el vestuario, era preciso que correspondiese a la principalidad del papel conferido a la debutante.

Horrible martirio. Doña Lucía y don Bernardo sentíanse morir.

Habían llegado para ellos las horas terribles de la trampa, de la miseria disimulada, de la afrenta de que siempre huyeron. Ellos, tan humildes, tan virtuosos, tan abnegados, que nunca se permitieron un lujo, sintiéronse impelidos a la vorágine de la deuda.

XIII

HABRA que decir algo del estado psicológico de la tiple. Ella no había sentido nunca los estímulos de su tía Loreto. No creía en sus talentos musicales. Hubiera preferido que aquellas empresas se dieran por concluidas. Era lo mejor, ciertamente. Pero este pensamiento redentor imperaba en el ánimo de Bernardita en los primeros años de su enseñanza musical. Ahora ya no. Ahora, la vanidad se había abierto paso en su corazón. Comparándose con otras artistas, su vanidad le hacía creer que estaba dotada de méritos superiores. Y de este modo, al llegar los sucesos al punto que estoy narrando, de ningún modo hubiera consentido la muchacha en volver a la vulgaridad de su antigua existencia, ni habría de resignarse ya a ser la pobre hija de un empleado, a zurrir calcetas, a coser, acaso, mediante remuneración, para las tiendas, a permanecer encerrada en un mezzuino piso, entre la miseria y el desdén de los que la conocían. El pensamiento de abandonar la peligrosa aventura era incompatible ya con las aspiraciones de la joven.

Al fin se verificó la primera función de la Compañía lírica. No hay que decir las emociones que *Floria del Lago*, sus padres y su tía experimentaban en el trance.

La verdad es que esa Compañía era pésima, la orquesta poco numerosa, formada por los músicos sin contrata. El tenor, casi afónico, no llegaba ni con mucho a las exigencias de la partitura. Antes de que esos aventureros se presentasen a solicitar el aplauso, entre los aficionados madrileños se sabía lo que iba a ocurrir.

Faltó el público, el teatro se encontraba totalmente desprovisto de espectadores... ¡Noche dolorosa! La artista quedó fracasada... ¿Faltaba a Bernardita voz? ¿Le faltaba gracia en el decir?... Le faltaba todo. Ella lo comprendió apenas hubo lanzado las primeras notas.

Al concluir la obra, la hija de Bernardo entró en su cuarto llorosa y convulsa. Desnudóse de los ropajes teatrales, vistióse su humilde traje de calle y, apoyada en el brazo del padre, volvió al hogar. El drama había concluído, con el sacrificio de una familia desorientada y mal conducida por las ambiciones y la vanidad.

XIV

HARTO comprendió Bernardita que ni su tía ni sus padres habrían de consentir nuevos intentos. En una hora de buen sentido heroico, ellos habían resuelto que la muchacha olvidara sus pretensiones. Una vida tranquila, de reparación en el trabajo, la separaría, saludablemente, de aspiraciones irrealizables. Pero Bernardita no se avino al caso. Sonaban aún en sus oídos los consejos que le había dado Mínguez. Este le dijo:

—Tus padres y tu tía no saben que la empresa que has comenzado es larga y difícil. Y añadiré que el ambiente de prosa en que vives te priva de un poderío artístico, que yo siento latir en tu alma. Muchas grandes cantantes han pasado por esa prueba. Fíate de mí. ¿No me amas? ¿No sabes que yo te adoro?... Pues vámanos, vámanos juntos por el mundo. Ello será el dulce viaje de dos artistas que van en busca de la fama. Piénsalo y resuelve. Yo tengo algún dinero, no mucho. Nos escapamos una mañana. Partiremos para Barcelona. Allí embarcaremos para Génova. En Italia hemos de triunfar los dos.

Estas ideas perturbaron tan profundamente el espíritu de la muchacha, que tres días después salió de su casa, llevando en un pequeño paquete alguna ropa y dejando a su padre un papel que decía:

«Me voy en busca de la gloria. Me acompaña el hombre elegido de mi corazón. Esperad noticias próximas de vuestra afligida hija».

XV

Y ASI concluyó la doliente aventura de *Floria del Lago*.

SETE METROS BAJO TIERRA ESTA INS.
 TADO EN LOS ESTADOS UNIDOS EL INS.
 TO SISMOGRAFICO DE FORDHAM,
 NO DE LOS MEJORES DEL MUNDO

NTE los fenómenos sísmicos que se han producido durante los últimos tiempos y que han dejado, días atrás, en Chile el saldo doloroso por conocido y lamentado, siente uno la curiosidad de hurgar, al margen de toda pretensión científica en la historia de esta clase de sucesos, aún, en la de los esfuerzos realizados por ciencia en relación con ellos.

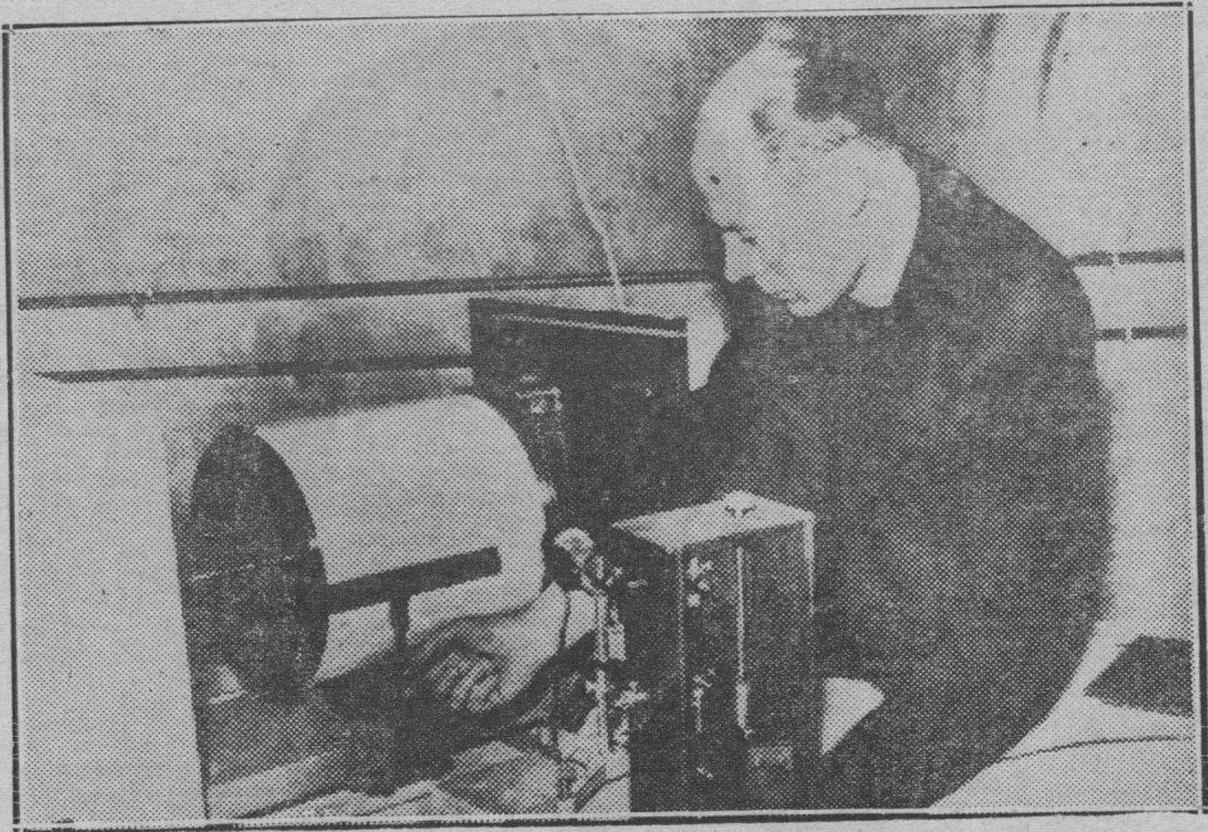
iglo II habría que remontarse para saber los primeros experimentos efectuados con el fin de registrar mediante aparatos los terremotos, datan, en efecto, de tan lejana fecha los experimentos del chino Chio-Chio, utilizador del sismógrafo aparato que únicamente advertía la ocurrencia de un temblor de tierra.

muchas centurias habían de transcurrir, empujados por las investigaciones de la mecánica y de la física permitieran la medición de las oscilaciones sísmicas. Catorce siglos después de los experimentos de Chio-Chio, el francés Pereins ideó el sismógrafo pendular, y ciento treinta y un años más tarde, Cirillo realizó con dicho aparato interesantes observaciones. Pero hasta fines del siglo XIX no se construyeron sismógrafos de relativa perfección y eficacia, es decir, dotados de la precisión necesaria para registrar movimientos horizontales y desviaciones de la vertical, apenas perceptibles.

En la actualidad existen diversos aparatos de este tipo distribuidos por el mundo, con el fin de los cuales se llega a importantes conclusiones en el terreno científico, conclusiones que sirven para desentrañar paulatinamente los complejos problemas de la sismología.

tan difícil resulta resumir en pocas palabras la función del sismógrafo y sus características técnicas. Acaso baste, a los efectos de esta nota, señalar el problema fundamental que él plantea a resolver, y que es mantener un punto de reposo absoluto dentro de la zona afectada por el movimiento producido por un terremoto—

— para obtener desde ese punto inmóvil—



Sismógrafo «Wood-Anderson», uno de los modernos aparatos pertenecientes al Instituto Sismográfico de la Universidad de Fordham.

ESTOS HOMBRES LE TOMAN EL PULSO A LOS TERREMOTOS

mediante una pluma u otro objeto registrador con el que entrará en contacto una superficie solidaria del suelo en movimiento—un gráfico del fenómeno.

A ello se llega mediante procedimientos no siempre iguales, lo que establece entre los sismógrafos determinadas diferencias de construcción. No obstante, cabe consignar que están reputados como los más importantes los aparatos de Wiechert, Milne y Galitzini

Los dos últimos figuran entre el bagaje del Instituto Sismográfico de la Universidad de For-

dham, Estados Unidos, varios de cuyos aspectos se reflejan en esta nota.

Situado a siete metros bajo tierra, el Instituto Sismográfico de la Universidad de Fordham es uno de los más prestigiosos del mundo y a él se deben interesantes descubrimientos y observaciones que abren ancho campo al estudio de toda clase de fenómenos sísmicos.

Tiene más de sesenta años de antigüedad, posee un moderno y complejo instrumental y está atendido por religiosos.

A lo largo de su benemérita actuación, es decir, durante más de medio siglo, el Instituto en cuestión ha registrado todos los terremotos ocurridos en Norteamérica y cuenta con importantes archivos, de cuya utilidad científica puede dar idea el gran número de consultas que recibe de centros similares.

Además del sismógrafo vertical «Wilip-Galitzin», y del «Milne-Shaw», para la observación de sismos a gran distancia, cuenta con el aparato «Wood-Anderson», cuyo centro es un pequeño cilindro de cobre unido a un alambre de Wolfram, que empieza a dar vueltas por un empuje horizontal en la tierra. El cilindro está unido igualmente a un espejo, y un rayo de luz que se refleja en éste registra su movimiento. En cuanto a las vibraciones de la tierra, quedan asimismo grabadas en él gracias al papel sensibilizado que lo rodea.

Laboriosa, pacientemente los estudiosos del Instituto observan, registran y clasifican los fenómenos sísmicos. Dijérase aquéllo singular museo de terremotos donde un grupo de coleccionistas maniáticos se entretiene en reunir, mediante signos cabalísticos, los menores movimientos de la tierra. Y la cosa podía dar motivo a unas líneas más o menos humorísticas si de vez en cuando—como en estos luctuosos días de Chile, el pueblo hermano con cuyo dolor se solidariza hoy el mundo—esos invisibles hados maléficos que pueblan el arcano de la sismología no se encargaran de poner de relieve el fondo trágico del tema...



atendido por religiosos. Aquí hay dos colocando en el cilindro del sismógrafo el papel sensibilizado que habrá de registrar los movimientos de la tierra.



NOTAS DE CRITICA
 POR
 MIGUEL PEREZ FERRERO
 EXCLUSIVO

**“EL ARTE
 de VICTOR DELHEZ”
 de
 VICENTE DIEZ DE MEDINA**

ESTE libro, en una edición realmente lujosa que tengo en las manos, se titula: «El arte nocturno de Victor Delhez» y su autor es Fernando Diez de Medina.
 ¿Quién es Fernando Diez de Medina que hasta París llegan ahora sus ecos?
 Ante todo un poeta. Un poeta en verso y en prosa que no abandona nunca su concepto, su sentir y su expresión, de esencias netamente poéticas.

Ateniéndose a su bio-bibliografía diremos: Es periodista, crítico y ensayista. Su país: Bolivia. Pero él traspasa pronto las fronteras para ser de América y de Europa. En verso escribe dos de sus libros, los dos primeros: «La clara senda» e «Imagen». Con «El velero matinal», el poeta abandona la versificación, por la prosa, lo cual no quiere decir que abandone la poesía. Este libro es de ensayos: Miradas sobre la pintura, sobre la literatura y sobre la vida. Alguno de ellos como «La sangre interior de nuestra América», que no puede dejarse de tener en cuenta. Así hubo quien dijo—y fué una voz del otro lado del mar: del lado éste donde se escriben las presentes líneas—que se trataba del «mejor libro hispanoamericano de ensayos de 1935».

Y ahora es el rótulo que acompaña a las novedades en las librerías: «Acaba de aparecer», dice ese rótulo.

En efecto: Diciembre de 1938. ¡Y últimos de diciembre, por más señas!

Y el libro está aquí, salido de prensas bonaerenses: «El arte nocturno de Victor Delhez».

¿Quién es Víctor Delhez? Ya hemos dicho—por si hacía falta—a grandes rasgos quién es Diez de Medina. ¿Pero quién es Victor Delhez? También por si hiciera falta vamos a decirlo. Y porque nuestro cometido es decir las cosas.

Víctor Delhez es un grabador.

Mas vamos a atenernos a una breve noticia biográfica: «Flamenco. De Amberes. Artista en pleno dominio de la plástica en su juventud, ya en su juventud y desde su juventud. Estudiante de arquitectura en 1921. Con la experiencia viajera de París en los años de las escuelas innovadoras. Amante, tal vez, de los «ismos» en un principio. Decepcionado de los mismos «ismos» después. Con afán bohemio y viajero. Con ansias de contemplar en todas partes y en todas las latitudes la belleza. A esto, sabido es, suele llamársele espíritu de aventura... En sus comienzos pintor, deja la pintura, pero adopta la gubia, el lino y la madera. Se hace grabador. ¡Y sale para América! Va a Buenos Aires. Trabaja duramente. Consigue que se le señale como uno de los grabadores más representativos y originales de esta época. Ha ilustrado ya, maravillosamente a Baudelaire. Después pasa a Bolivia.

¿Entonces qué ha hecho ahora Fernando Diez de Medina?

Una biografía, ¡pero algo más que una biografía! Porque hay muchas maneras de abordar y realizar una biografía.

Oigámosle a él mismo:
 «Biografía histórica, no. Biografía fabulada, tampoco; son dos géneros distintos, limitado, cada uno por reglas particulares. Mas bien una fórmula compuesta que busca lo poético del motivo humano—dualismo de verdad y fantasía—tocando todos los registros de la narración. Esa forma compuesta es amalgama historia, novela y poesía es la «Biografía poética». Para el biógrafo-poeta, el hombre habita un plano de realidades inmediatas, pero también agita en el mar sombrío de las abstracciones».

Estas palabras en el prólogo del libro de Fernando Diez de Medina son certeros y además serían ambiciosas si el escritor, a continuación, a lo largo de su obra, no hubiese realizado su propósito. Pero realiza.

Una biografía-poética, es lo que ha escrito exitosamente.

Si se permitieran títulos menos concretos, pero veces más evocadores para los libros, nosotros le habríamos dado a éste el de: «Viaje alrededor de un artista». Ello no quiere decir de ningún modo, que ser «alrededor», superficialidad. Todo lo contrario. Postula que todos sus puntos, sus rasgos, sus caracteres, han sido minuciosamente observados, así como el orbe que le rodea a cada instante.

Pero en Fernando Diez de Medina se dan esas circunstancias y esas condiciones.

El llevar a cabo así una biografía, no puede enseñarse a nadie, que es tarea muy delicada. Todos los elementos han de ser empleatos en ella, mas todos deben conciliarse, equilibrarse, distribuirse para que el conjunto no padezca en su unidad y en su estilización.

La figura de un artista recibe su primera estimación de la mano de otro artista. Cuando ambos son contemporáneos entonces las dificultades acrecen.

Lo más arduo para un escritor, cuando se trata de presentar un personaje, es transmitir su ambiente y este se transmite muy especialmente reflejando el ambiente en que vive, la atmósfera que le rodea.

El espíritu suele revelarse no sólo en los instantes trascendentales, sino en los pequeños detalles de lo cotidiano. Una palabra, un estado de ánimo que dura unos segundos, varía frecuentemente el rumbo de una existencia, lo modifica, lo encauza o lo desvía.

Atmósfera moral, por tanto que hay también que amalgamar con la atmósfera que pudiera llamarse material.

Cuando se hace una biografía de un ser vivo, o de un ser recientemente muerto, hay dos clases de errores que no cree verse reflejado en el espejo.

El indiscutible mérito de Fernando Diez de Medina reside en que su obra es la de un hombre que para trazar una biografía, ha ido más allá de los límites usuales del género y observando, desde fuera «alrededor del personaje», lo ha penetrado.

Celebran esas conversaciones figuras que pertenecen a lo eterno de la gloria, o al menos, algunas de ellas, junto a esas, a lo duradero de la fama.

Son: Goethe, Apollinaire, Marinetti, Picasso, Shakespeare, Beethoven, Miguel Angel, Leonardo, Cervantes, Proust, Nietzsche... y por fin, Prometeo.

Las tres conversaciones dan al libro de Diez de Medina—escritor consumado, ha escrito Deambrosio Martín—esa originalidad, esa profundidad y esa fuerza que confirman lo positivo.

ESTAMOS en California, el paraíso de la Reina Calafia. Mucho antes de que los españoles llegaran hasta allí, ya su nombre embrujaba a los que entre delirios de mitología, buscaban la realidad de las ciudades de plata, minas de oro y las frutas imponderables. Y hemos recorrido, a lo largo de las carreteras, gran trecho del Camino Real—King Road, como le dicen—deteniéndonos en los pueblos feos, mientras el buen fuego transforma dentro de las casas el clima que hace tiritar viñedos y manzanares. En todos estos sitios de misterioso florecimiento, de huertos, nieblas, tierras de olivo y de mandarina,

Todo el calentario promulga esos recuerdos: San Diego, Nuestra Señora de los Angeles, Santa Clara, San José, San Bruno, San Marcos, Santa Cruz, San Carlos, Santa Lucía, San Mónica, San Antonio de Padua, San Juan Bautista, San Miguel Arcángel, Santa Margarita, Santa Mónica, San Simeón, San Bernardo, San Luis Obispo de Tolosa, Santa Inés, San Luis, Santa Rosa, San Francisco. Y luego nombres de gran historia oceánica y de loco afán: Rodríguez Cabrillo, Vizcaíno, Portolá, Anza, Serra. ¿A qué seguir enumerando?

La Universidad de Stanford

A la mañana siguiente, hemos visitado Stanford, la más rica y formal ciudad universitaria del Oeste, del Far West americano. Son 4.000 estudiantes de todos los rumbos. Y una biblioteca, entre la muchedumbre de bibliotecas que en gala de la Universidad, nos ha seducido por sus tesoros documentales de la post-Guerra: la Hoover War Library, que se ufana de poseer todo lo que se ha publicado poco antes y después de la Paz de Versalles, y libros que fueron del último Czar y del último Kaiser, y manuscritos que un día servirán para escribir bien la historia de las revoluciones rusa y alemana. Esa biblioteca, fundada por el expresidente Hoover, en memoria de su hijo, va a tener pronto—gracias a un donativo anónimo de 150.000 dólares—un solemne edificio, en cuya torre se instalarán sus materiales más insignes, pues cuenta con 175.000 libros y folletos, 1.400 manuscritos, 26.000 anuncios murales y fotografías, 4.600 mapas y 300.000 metros de película de cine, y documentos oficiales de Europa, Asia y América, y recortes de periódicos en todos los idiomas, que llegan hasta la sesión final de la Conferencia de Lima.

He saludado también a dos amigos nobilísimos: el doctor Percy Alvin Martin, uno de los más duchos conocedores de la Historia de la América Latina—nuestro embajador cultural en U. S. A.—cuya cátedra de Historia de España y Portugal en América, es una de las más valiosas en este país; y el doctor Aurelio M. Espinosa, jefe del Departamento de Lenguas Romanances, a quienes debemos estudios sobre dialectología del español e investigaciones épicas sobre los romances del México que sigue peregrinando en estos caminos.

La ilustre península

Un domingo hemos ido a recorrer estas ciudades dichosas, deslizándonos hacia la Península de Monterrey, vivo relicario de historia, galería de acuarelas al aire libre. Después de horas de luz y de aire y de entrar por pinares y laderas, llegamos al medio día a Carmel Bay, y luego—sin tenerla en el itinerario—nos encontramos en la célebre misión de San Carlos Borromeo.

La misión de San Carlos conserva el primer resplandor de otros días su arquitectura, su flora, su atmósfera. Sonamos la campana de bronce, que desde Alaska trajo un marino es-



pañol, y el guía se presenta. Fué allí el 3 de junio de 1770 donde Fray Junípero puso las bases de una nueva casa misionera entre los indios: iglesia, almacenes, viviendas, campos de labor y tierras de pasto. Nos enseñaron la celda en que vivía y en la cual murió, sin haber visto el templo, cuyos muros tienen conchas de "abalones", un molusco que sólo es privilegio de esta costa, pues no lo hay en otra parte del mundo. El baptisterio luce reminiscencias góticas. Hay una Piedad, que exalta el pincel mexicano de Miguel Rodríguez. Hay pilastras que talló el alarife Esteban Ruiz, traído expresamente de México, para que enseñara a los indios. Hacia 1820 la misión de San Carlos estaba más que atareada: carpinteros, herreros, tejedores, curtidores, ceramistas y alfareros le daban aspecto de colmena bulliciosa y henchida.

En la bahía hemos visto también, enhiesta sobre un acantilado, la casa que constituyó con sus manos el poeta Robinson Jeffers, quien vive allí, circundado por el claro mar

Luego damos una vuelta por los alrededores, los mismos que admiraron La Pérouse y Vaucouver, intrépidos marinos que en la historia del Pacífico están unidos al nombre próspero de Juan Rodríguez Cabrillo, que en 1542 descubrió la Bahía de Monterrey, mucho antes de que llegaran Sebastián el Vizcaíno (1602) y Fray Junípero. Hemos conocido la Casa de Oro—casa de adobe—que así la llaman porque en los días del auge aurífero de California, los mineros tenían sus ratos de solaz echando albuces; y la primera casa de ladrillo, que se alzó en 1847; y la estación de pesca de tiburones, que fué opulenta en años de feroz codicia; y el Castillo, que en 1818 se hizo memorable porque el Gobernador español Sola, resistió allí el ataque de unos "barcos en que ondeaba la bandera de Argentina".

Las casas de Monterrey defienden heroicamente su heráldica, frente a la intemperie de la

modernidad: sus balcones, sus maderas, su rostro, su corazón se dan cuenta cabal de lo que fueron. Aún llevan los viejos nombres: Casa de Alvarado, de Serrano, de Soto, de Castro, de Baranda, de Vallejo, de Madariaga, de Pacheco, de Abrego, y la que habitó el famoso bandido Vázquez, y más allá la que en 1879 sirvió de guarida a Roberto Luis Stevenson, que tuvo un gran amigo y protector en Jules Simmonneau.

Antes de recorrer toda la península, en mágico atardecer, merendamos en el Hotel Del Monte, el más famoso hotel campestre de California, con 20.000 acres, 11 campos de tenis, 3 de polo, 5 de golf, jardines hacia el mar, estanque para los más exigentes, caminos y huertos sedantes, y la soledad sólo interrumpida por las aves ictiófagas. Y es allí, mientras paladeamos los dichosos "abalones", en donde aprendo un nuevo dato: la sardina de Monterrey va a la vanguardia de las pescaderías y emparadoras de más renombre: 3.000 trabajadores empaican unas 50.000 toneladas al año.

Pero si la sardina es la riqueza regional, la horticultura es para San Mateo guirnalda y cornucopia. En 800 acres al aire libre y en 400 con clima artificial, se cultiva las flores que rinden 8 millones de dólares anuales, entre crisantemos, dalias y tulipanes.

Esta es California, tierra virgen aún, a pesar de que por ella han pasado las gentes de todos los mares y las impacencias de todos los climas. Es el Jardín de las Hespérides, siempre victorioso de poemas, con tres Universidades (Stanford, Berkeley y Los Angeles), con las ventanas abiertas hacia el Asia y América, con toda la riqueza telúrica y la gracia bárbara de otros días, y una personalidad tan orgullosa de sí misma y una gentileza tan fina, que todo ello explica porqué las gentes de ultramar y de ultramonte se quedaron aquí, enamorados de esta luz, esta novia. Stanford University, 1939.

EL MILLONARIO DEL VALLE DE LA MUERTE, DE CUYA FORTUNA NUNCA SE HA SABIDO NUNCA EL ORIGEN

Se cree que descubrió una veta de oro de la que nunca dió cuenta a nadie. Al lado del palacio que le costó tres millones de dólares, se levanta la cabaña de madera tosca que Walter Scott o «Scotty» construyó al llegar al desierto, para la cual siguen sus preferencias. Cuando «Scotty» se hizo pasar por falsificador de billetes de mil dólares y lo que le ocurrió a dos «periodistas» que quisieron conocer por sí mismos la fuente de su fortuna.

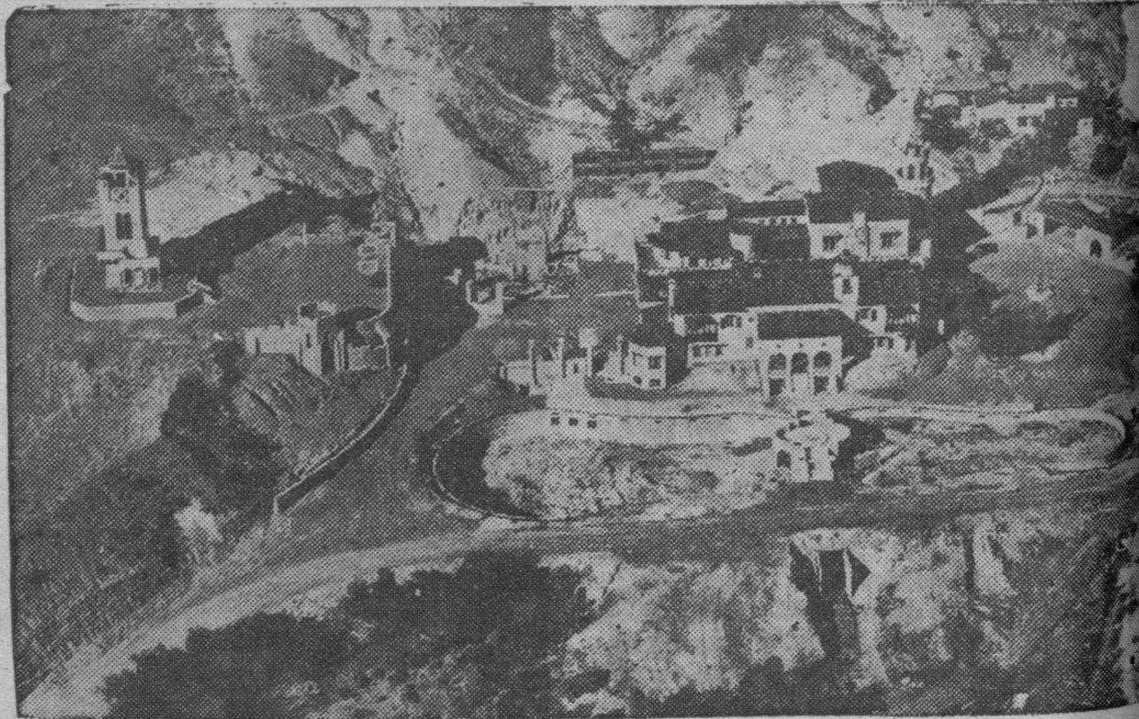
NADIE sabe de dónde le ha venido la riqueza a Walter Scott, el enigmático millonario del Valle de la Muerte. Nadie sabe de dónde sacó los tres millones de dólares que se calcula invirtió en el magnífico palacio-castillo, desde cuyas elevadas torres solo se vislumbra la desolación del desierto. Un día apareció en el lugar, —a seiscientas millas de Pasadena, California— construyó una cabaña de madera tosca —que continúa siendo su vivienda favorita— e inició sus excursiones por los alrededores, misteriosas excursiones que nadie ha sabido nunca a dónde le conducen. Y enseguida comenzó a dar pruebas de su riqueza, a gastar dinero a manos llenas, a impresionar a las gentes con los desvelos de su excentricidad y su poderío.

¿De dónde le venía el dinero a «Scotty», con cuyo nombre se le conoce la extensa y desolada comarca? Nadie ha podido nunca contestar la interrogación con certeza. Se cree que a poco de llegar al desierto, hace ya medio siglo, tropezó con una veta pura e inextinguible de oro, una veta que nadie sabe dónde está, pero que se presiente como la felicidad o la desgracia. Hay quien llega a decir, inclusive, que esa veta está en el mismo palacio que Scott construyera, lleno de complicados pasajes subterráneos.

Pero lo cierto es que el vejete, que siempre tiene a mano el revólver y hasta la ametralladora, sigue realizando esas excursiones misteriosas que mucha gente cree lo conducen a su tesoro situado en algún lugar ignoto del desierto. Y como la fama de su fabulosa riqueza alcanza todos los ámbitos de los Estados Unidos, ha habido más de un aventurero que ha querido descubrir el enigma.

En una ocasión llegaron al fantástico palacio del Valle de la Muerte, que Scott bautizó con el nombre simbólico de Monte Cristo, dos periodistas, redactores del «Chicago Tribune». «Scotty», que siempre ha sentido una gran debilidad hacia todo lo que significa publicidad para su persona, —su más grande, su único placer consiste en saber que la gente habla de él— los recibió con toda gentileza, los instaló en dos de las veinticuatro fastuosas habitaciones de su palacio y les aseguró que podían permanecer en el Valle de la Muerte todo el tiempo que quisieran. Y ellos se sintieron tan bien al lado del magnate, que aunque pasaba el tiempo, no pensaban en irse. El viejo les había dado todos los detalles de su vida que pudieran necesitar para una información, pero ellos siempre ansiaban más. Y así las cosas «Scotty» inició una de aquellas excursiones que no avisaba a nadie, internándose una madrugada hacia las regiones de la desolación y la muerte.

No pasó mucho tiempo, sin embargo, antes de que su instinto le advirtiera que lo seguían. Y cuando estuvo seguro de ello determinó darles una lección a sus perseguidores, que los curara para siempre del mal de la curiosidad.



EL MILLONARIO EXCENTRICO WALTER SCOTT, YA NO SE SIENTE BIEN EN EL VALLE DE LA MUERTE

Durante más de cincuenta años Walter Scott —«Scotty»— ha sido la figura principal del Valle de la Muerte, situado en el desierto californiano. Ahora dice que el lugar se está poblando demasiado, y quiere vender su propiedad Monte Cristo, por dos millones de dólares.

Conocedor de la inmensa extensión del desierto como de su propia casa, Scott hizo que los periodistas lo fueran siguiendo hasta el lugar que él creyó oportuno para su proyecto —o su lección— y entonces una noche, mientras los perseguidores dormían seguros de que él no reanudaría el camino hasta el amanecer, les robó el agua. Al día siguiente, cuando los rayos de un sol de fuego convirtieron las arenas del desierto en brazos del infierno, los infelices comenzaron a sentir la sofocación de la sed y durante varias horas sufrieron el tormento mayor de los tormentos. Cuando con los ojos desorbitados y los labios tumefactos y ardientes comenzaban a vislumbrar el fantasma de la muerte, «Scotty» apareció de repente, les dió agua y los condujo a Monte Cristo, donde pasaron varios días antes de que pudieran volver a caminar. Por cierto, según asegura el millonario, no se trataba de dos periodistas sino de dos aventureros que habían decidido jugarse la vida con tal de descubrir la fuente aurífera de su riqueza.

En Pasadena, «Scotty» es muy popular entre la mejor sociedad, que lo venera como una figura legendaria. En una ocasión una dama le preguntó cual había sido su experiencia más excitante. Sin titubear le contestó:

—Un día que me encontré a dos infelices perdidos en el desierto, que habían agotado su provisión de agua. Uno de ellos acababa de fallecer en los momentos en que llegué yo, pero el otro todavía estaba vivo. Yo, que regresaba hacia Monte Cristo, situado a unos ocho horas de camino, no tenía tampoco agua. Pensando con rapidez me di cuenta de que el pobre hombre no podría resistir tan largo camino, por lo cual traté de rescatarlo de la muerte era, simplemente, prolongar su espantosa agonía. No dudé un momento: le metí un tiro en la cabeza y lo saqué de sus padecimientos.

En otra ocasión «Scotty» se encontró con dos viajeros que lo invitaron a jugar al póker. Como le gustaba sorprender a la gente desconocida, sacó del bolsillo toda una hoja de billetes de mil dólares, tal como salen de las prensas del gobierno, es decir, sin cortar. Los viajeros creyeron que se les

veían con un falsificador y él les propuso que unieran al ilegal negocio, enseñándoles una gran cantidad de maquinaria que les dijo producía los billetes. Decididos los viajeros a ser sus socios, se fueron todos en una pequeña localidad vecina donde al llegar, lo detuvieron los agentes federales. El millonario les dejó creer que era un bandido y se escapó. El enorme y peligroso interrogatorio que llegó el jefe, quien al reconocer a «Scotty» le dio una carcajada. Los billetes sin cortar que había proporcionado en Washington un viejo amigo suyo que a la sazón era ministro de Hacienda.

Se dice que la enorme propiedad de Scotty se halla atravesada por una verdadera red de pasajes subterráneos y que la casa-palacio tiene, por lo menos una docena de entradas secretas.

El edificio, en forma de H, tiene las paredes blancas y los techos rojos y se halla rodeada de palmeras y olivos. Sus paredes son de una amplitud que da una resistencia que el calor del desierto no puede entrar en ella.

En la sala de música posee «Scotty» un piano que le costó 50,000 dólares, del que dice que no hay otro igual en el mundo, que es de posesión del rey de Bélgica. Dos pianos de concierto se conectan eléctricamente con el órgano de manera que tres instrumentos toquen al mismo tiempo y produzcan un ruido irresistible. Esa es una de las cosas que el excéntrico millonario dispensa a sus invitados con frecuencia.

Cuando «Scotty» realiza excursiones hacia el mundo civilizado, viaja en un automóvil que detiene nunca mientras no llega a su destino. El cinturón lleva enormes pistolas calibre 45 y en el alcance de la mano derecha una ametralladora.

Pero parece que el Valle de la Muerte ya no es tan solitario como era y que por ello «Scotty» quiere desprenderse de su propiedad Monte Cristo. Quién sabe, sin embargo, si la noticia de la venta no pasa de ser otra broma del viejo excéntrico, otra manera de hacer que la gente siga hablando de él.

Las Palomas Mensajeras en GUERRA y en la PAZ

UNA paloma mensajera, perteneciente a Acme-Pictures —la empresa asociada a Editors Press en el servicio de fotografías a este diario— fué utilizada recientemente en Nueva York para llevarle a enferma en un nospital metropolitano, que había pedido. En el lomo de la paloma se colocó una cápsula de aluminio de las usadas para el traslado de fotografías, y en el pico del pajarito se metió la cabeza al destinatario. De ese modo el ave mayor trasladó a la enferma desde Elizabeth, New Jersey, a la ciudad de Nueva York.

Veinte años que las palomas mensajeras, tanto en guerra como en paz, han ayudado al hombre en sus empresas, han venido realizando labores de mensajería como ésta que ha tenido por objetivo llenar de amor el alma de una pequeña que padece. Sin embargo, la paloma de la paz se prepara, al igual que la paloma de la guerra, para la guerra. Porque, por coincidencia, el ave que simboliza con su rama de olivo la confraternidad entre los hombres, también la que le presta inestimables servicios cuando estalla una conflagración.

En los días de Salomón, los persas y los griegos, las palomas mensajeras jugaron un papel decisivo, en los conflictos de los hombres. Ya en el año de dos mil años que Cristo usó las palomas para el éxito en la vieja Roma, cuando Antonio fue sitiado. En el asedio de París por los alemanes, las mencionadas aves desempeñaron también un papel importante. En cuanto a los servicios prestados en la Gran Guerra, bastará decir que se usaron una gran cantidad de ellas, de un lado y otro fueron utilizados para el envío de medio millón de palomas. Ello da la idea del gran número de mensajes importantes que se han podido llevar a su destino por tal conducto.

Los supervivientes norteamericanos del Batallón «Cher Ami», tienen una deuda de gratitud con «Cher Ami», la paloma mensajera que, al llegar mal he-

El ave que simboliza la confraternidad entre los hombres, es también el que les proporciona en la guerra servicios más valiosos. Marco Antonio le enviaba a Cleopatra mensajes de amor por medio de palomas. «Cher Ami», volando malherida por la metralla alemana, salvó al «batallón perdido» de los norteamericanos. La hazaña que una paloma de Acme-Pictures —la organización asociada a Editors Press en el servicio de fotografías para este diario— realizó este mes de marzo en Nueva York.



Convaleciendo en el Hospital «Santa Clara», de Nueva York, la niña de diez años Margaret Guillen ve una fotografía de un jilguero en una revista de pájaros, y dice que le gustaría tener uno.

rida a su destino con el desesperado mensaje de auxilio, hizo posible que los rescataran de una muerte cierta. A pesar de que «Cher Ami» había recibido heridas de metralla que le habían roto un hueso del pecho y fracturado una pata, el animalito siguió volando hasta entregar el mensaje. A esa paloma se la puede calificar de inteligente y heroica.

La primera vez que el Ejército norteamericano utilizó en Europa los servicios de palomas mensajeras, fué durante la acción Aisne-Marne, cuando se despacharon setenta y dos de esas aves todas las cuales llegaron a su destino sin haber perdido un sólo mensaje.

Durante la acción Meuse-Argonne, se utilizaron 442 palomas mensajeras que llevaron a su destino 403 mensajes, sin que ni uno sólo de ellos cayera en manos del enemigo. Si se tiene en cuenta que esas aves requieren un período de diez días de entrenamiento para llegar sin dificultad al lugar donde se las envía, el hecho es doblemente notable porque los mencionados plumíferos sólo habían permanecido en el terreno durante cinco.

Actualmente el Ejército de los Estados Unidos posee un gran número de palomas capaces de realizar, en un período de tres días, hazañas mucho más notables, ya que se las ha enseñado a buscar sus palomares móviles con toda precisión. Algunas de esas palomas han logrado vencer su instinto milenario que las hacía detenerse al oscurecer y reanudar el vuelo a la mañana siguiente. El Cuerpo de

Señales del Ejército norteamericano ha logrado adiestrar palomas que vuelan de noche, un adiestramiento que requirió largos años de paciente labor.

Dados los progresos del radio, acaso algún lector pensará que las palomas mensajeras no se hacen necesarias. Sin embargo, hay que tener en cuenta que mientras los mensajes enviados por radio, pueden ser interceptados por el enemigo, todavía no se ha descubierto nada para interceptar las comunicaciones que se confían a las pequeñas cámaras que las palomas llevan en las patas.

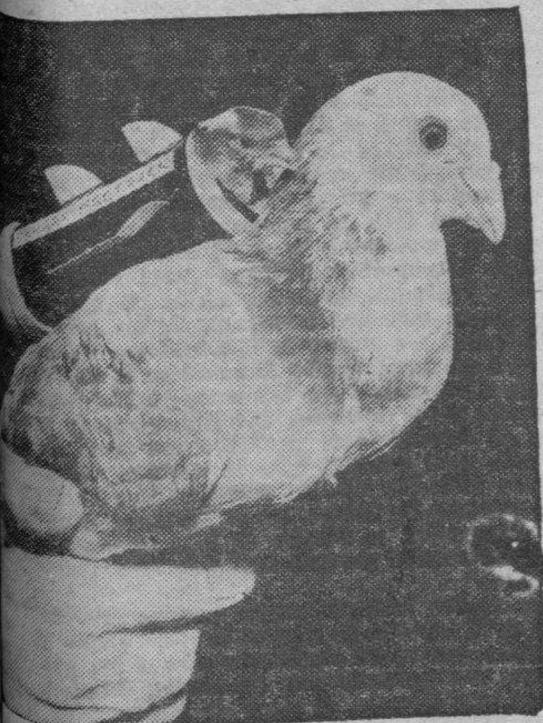
La historia recoge también los servicios de paz que las palomas le han proporcionado al hombre. Se dice que Salomón las hacía volar por entretenimiento, para ver cual llegaba antes a su destino. Marco Antonio le enviaba a Cleopatra testimonios de amor, por medio de esos mensajeros alados. Los griegos las usaban para hacer llegar a las distintas localidades de Grecia los nombres de los vencedores de los Juegos Olímpicos. Y se dice que durante las guerras napoleónicas, la Casa de Rothschild las usó también con propósitos financieros.

En nuestros días las palomas han prestado servicios inapreciables en la paz, por ejemplo, con motivo de inundaciones. Cuando todos los demás medios de comunicación habían fallado, las palomas mensajeras han trasladado al exterior llamadas de socorro o protestas de seguridad que han llevado la tranquilidad a muchas personas desesperadas.

El número de palomas entrenadas para las frecuentes competencias de vuelo es tan enorme en los Estados Unidos, que se dice que en momentos de necesidad podría reunirse un millón de ellas, perfectamente adiestradas por sus propietarios. Esas palomas, en manos del gobierno en un momento dado, lo mismo pudieran utilizarse con fines de guerra que en necesidades de paz.



La paloma, con el pajarito a lomos, llega a las oficinas de Acme donde se la recoge, se la mete en un taxi, y se la conduce al hospital. Allí es recibida con la alegría que es de suponer por la enfermita, que aquí aparece agradeciéndole a la paloma la molestia que se ha tomado por ella...

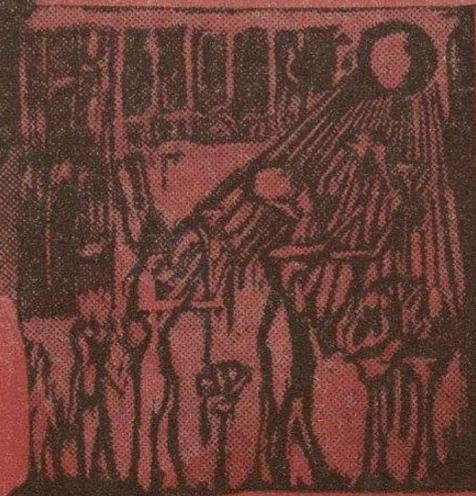


Las autoridades del hospital hacen saber a la National Wildlife Federation que la enfermita desea un pájaro que cante, y como no tienen un jilguero que regalarle, le ofrecen un canario. Para trasladarlo desde Elizabeth, New Jersey se utilizó una paloma mensajera de Acme New York, de las que trasladan fotografías de una ciudad a otra del continente.



Estatua de piedra calcárea que representa a un escriba egipcio trazando jeroglíficos sobre papiro. Esta obra, esculpida en el Egipto antiguo, se conserva en el Louvre.

Abajo Escribas egipcios dibujando con varillas de bambú caracteres en tabletas jeroglíficas que representaban una coronación del Sol, hace 4000 años.



NUESTRO PRIMER ALFABETO

Las figuras trazadas en la roca hace cuatro mil años, revelan a la luz de la ciencia toda la cultura del mundo antiguo.

Por el Dr. CLARK WISSLER, del Museo Norteamericano de Historia Natural.

Un arqueólogo norteamericano realizó, hace poco, un descubrimiento de singular importancia. De un montón de escombros entre las ruinas de Gezer, que fué ciudad real de los canaanitas, en Palestina, extrajo una joya científica de primera agua. No era más que el fragmento, de unos cinco centímetros, de un cántaro de cerámica, pero tenía unas líneas, parte de una inscripción, que resultaron ser los signos de escritura alfabética más antiguos de que se tiene noticia. Los especialistas que estudiaron ese precioso trocito de arcilla opinaron que databa de dos mil años antes de Jesucristo y que su rudimentaria inscripción era el más primitivo antecesor de nuestro abecedario. Se determinó también que ese alfabeto fué empleado hace cuatro mil años por los canaanitas, que ocupaban la Tierra Prometida antes de que los hijos de Israel la reclamaran por suya. Probablemente fueron los canaanitas los creadores del sistema de escritura, atribuido hasta hace poco a los fenicios, cosa esta última que debemos rectificar a la luz de recientes conocimientos. Téngase presente que el alfabeto, antiguo como es, no representa sino el último grado del desarrollo del arte de escribir. Los hombres escribían millares de años antes de haber ideado el alfabeto. El origen del método que empleamos al dejar estas palabras en el papel, se remonta, en realidad, a la Edad de Piedra, es decir, a unos 25.000 años.

Desde luego que en aquella época remotísima los hombres no escribían precisamente. Dibujaban. Todos nosotros, en nuestra primera infancia, hemos trazado groseros dibujos para representar hombres, casas, árboles y animales. La humanidad, como conjunto, pasó por un período de niñez, semejante a la niñez individual. Muchos siglos antes de que la raza humana aprendiera a escribir, el hombre primitivo se complacía en trazar rudas imágenes de los objetos y animales que lo rodeaban. El hombre de la Edad de Piedra que en el período del reno habitaba el territorio que es hoy el centro de Francia, esculpía figuras de animales sobre hueso y cuerno o las pintaba en las paredes de roca de su caverna. De esculpir o trazar esas figuras era fácil y lógico el paso a registrar sucesos o enviar mensajes por medio de imágenes. Así apareció la más antigua forma de escritura: la escritura por figuras. En nuestros días millones de personas emplean ciertas formas de esa expresión por figuras y aun en nuestro lenguaje escri-

to conservamos reliquias de ella, como veremos más adelante. Los hombres primitivos comenzaron con figuras del mayor realismo. Por ejemplo, para recordar una caza o un combate con tal número de presas, de muertos o de capturados, trazaban figuras groseras pero completas, de animales u hombres con cabeza o decapitados. Este procedimiento lento y engorroso predominó hasta que un hombre de penetrante ingenio—probablemente un egipcio que vivió 5000 años antes de Jesucristo—inventó el primer sistema de escritura abreviada. Algo así como lo que hoy llamamos estenografía. Dióse cuenta de que no era necesario dibujar una figura completa para transmitir una idea. Así como nosotros cuando éramos niños expresábamos la idea «hombre» con una línea vertical rematada por un circulito que representaba la cabeza y cuatro líneas cortas que representaban los brazos y las piernas, aquel inventor primitivo simplificó las figuras antiguas, dibujando sólo pocas líneas que debían significar una persona, un animal o un objetivo. Esa idea originó las llamadas «figuras convencionales», es decir, dibujos que, aunque incompletos y a veces desfigurados, sugerían rápidamente el objeto; y ese estilo se generalizó.

Supongamos que fuera la de guerrero la profesión real de aquel antiguo «estenógrafo» egipcio. Deseaba informar en un mensaje a su rey que había arrebatado la lanza a un peligroso enemigo. En vez de trazar un dibujo complicado que lo representara a él llevando dos lanzas y al enemigo abatido, hizo, simplemente, un esbozo de una mano que empuñaba una lanza. El rey comprendía. Muy pronto los demás guerreros egipcios adoptaron el signo. Así, una mano que empuñaba una lanza llegó a ser una figura convencional, y los egipcios convinieron tácitamente emplearla como símbolo de la idea de desarmar al enemigo. Téngase presente que no quiero decir que esa figura particular tuviese entre los antiguos egipcios el significado que he mencionado. La cito, simplemente, como un ejemplo de cómo se desarrolló la escritura por dibujos.

El grado siguiente fué muy importante. Se llegó a él cuando alguien—también egipcio, probablemente—concibió la idea de elegir algunas de esas figuras abreviadas de objetos y acciones para que representaran palabras. Sigamos con el mismo ejemplo: el dibujo de la mano con la lanza. Primer símbolo que expresaba la idea de «desarmar a un enemigo», se convirtió en equivalente escrito de la palabra hablada «des-

armar» o «victoria» o cualquier otra que se le convenido y desde entonces un egipcio que veía la figura en una inscripción o en un mensaje la entendía como si fuera una palabra. Uno se da cuenta de que en esa forma se puede llegar a un lenguaje escrito para que lo entienda todo un pueblo. La figura del Sol, por ejemplo, puede ser el equivalente dibujado (o escrito) de la palabra «día»; una lechuza, de la palabra «noche»; un sol naciente, de la palabra «mañana»; una lechuza precedida o seguida de un cuadrado negro significará las palabras «noche curada»; las huellas de pasos de hombres o de animales será la palabra «camino» o «viajar»; una línea ondulada representará la palabra «agua», etc. Un ejemplo excelente de esa forma simple de escritura figurada abreviada es el «relato» de una expedición por el Lago Superior esculpida por indios cazadores en una roca hallada cerca de ese lago. Formaban parte de la expedición cincuenta y un hombres que fueron representados por pequeñas líneas verticales que surgían de cinco canoas toscamente dibujadas. Uno de los jefes que se llamaba Alción, aparecía representado por el ave de este nombre. El destino del barco es «descrito» por el dibujo de una tortuga terrestre y la duración de tres días que tuvo el viaje se indica por tres puntos (soles) bajo un semicírculo por lo triple, que significa el horizonte. Estos dibujos primitivos representativos son llamados «pictogramas».

El sistema era, como se ve, inteligente, pero incompleto. Faltaba resolver un problema importante. La población necesitaba símbolos para los nombres de personas, de animales, de objetos y de fenómenos naturales, pero los símbolos para las ideas abstractas. Salvaron esta dificultad dibujando objetos universalmente asociados con esas ideas; por ejemplo, lágrimas para la palabra «pena», flores para la palabra «primavera», una espada o una lanza para la palabra «guerra» y así sucesivamente. Una vez convenidos los símbolos para las ideas abstractas, se tuvo completo el lenguaje escrito. Esta forma de dibujos «taquigráficos» es conocida con el nombre de escritura jeroglífica. Los egipcios, que fueron los primeros en perfeccionarla, poseían un sistema de jeroglíficos que bastaba para todas las necesidades de la expresión, en el año 4000 antes de Jesucristo.

Pero distaba mucho de ser fácil de leer. Por otra parte, a medida que transcurría el tiempo los dibujos se apartaban del modelo primitivo y se hacían cada vez más esquemáticos, de suerte que hoy es extremadamente difícil y a veces imposible reconocer en las imágenes originales. Y para mayor dificultad, los egipcios poseían dos clases de escritura figurada: la hierática, o sagrada, empleada exclusivamente por sacerdotes, y la demótica o popular, empleada por las clases cultas del pueblo. Nadie consiguió descifrar los jeroglíficos hasta hace 133 años en que un oficial del ejército de Napoleón descubrió la clave de ellos. No haber mediado ese descubrimiento, ignoraríamos todavía que las extrañas figuras que cubren los monumentos y las tumbas egipcias representaban un lenguaje escrito. Esta clave fué la famosa lápida de Rosetta, así llamada porque se la desenterró cerca de Rosetta, localidad egipcia situada a pocas millas de Alejandría. Esa piedra se encuentra actualmente en el Museo Británico, de Londres. Corresponde el honor del hallazgo a un joven teniente de artillería francés, aficionado a la arqueología, llamado Champollion, y lo realizó en 1799 durante la campaña de Napoleón en Egipto. En una losa de pizarra que contiene inscripciones en tres clases de escritura: hierática, demótica y griega. Por supuesto, la inscripción en griego es fácil de leer, pero el significado de las otras dos permaneció en el misterio hasta que Jean-Francois Champollion, filólogo célebre, consiguió descifrarlas basándose en la suposición de que los jeroglíficos griegos eran una traducción de los egipcios. Dije hace un momento que millones de personas emplean en nuestros días la escritura de figuras. Me refería a los chinos y a los otros pueblos, como los japoneses y los coreanos, que han adoptado su método de escribir. Esos garabatos tan poco elegantes que son para nuestros ojos la escritura china, derivan de delicados dibujos trazados hace millares de años por letrados chinos. No se los llama jeroglíficos sino ideografías, o dibujos de ideas, porque la mayoría representan pensamientos más bien que objetos tangibles.

En nuestro lenguaje escrito tenemos también reliquias de la escritura de figuras, es decir, signos que en sí mismo carecen de significado pero a los que atribuimos, convencionalmente, un sentido definido. Téngamos, por ejemplo, el signo de interrogación (?). No es una palabra, pero todos lo leemos y sabemos lo que significa. Es simplemente un dibujo abreviado simbólico, como cualquiera de los jeroglíficos egipcios. El signo de exclamación (!), el del peso (lb) en el de la libra esterlina (£), el de la libra de peso (lb), los de más (-) y menos (=), son, todos, símbolos de esta clase.

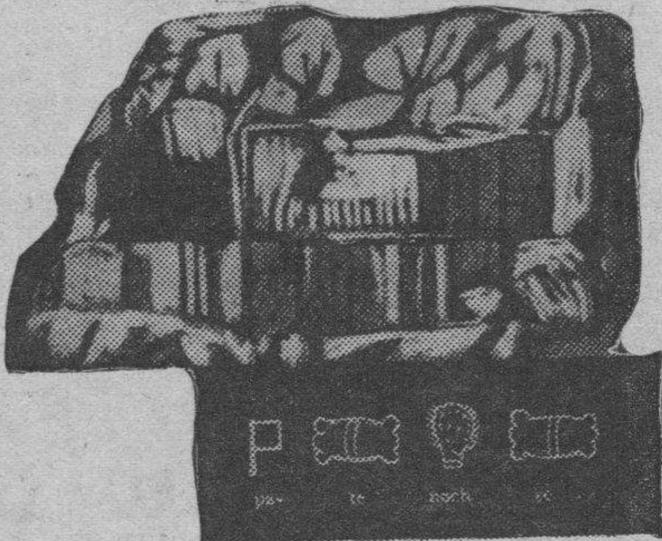
Como en el caso de la escritura de figuras egipcias o china debemos remontarnos a siglos para reconocer

esos signos. El signo de interrogación... que significa pregunta. En manuscrito se le encuentra en la forma de una Q colocada sobre una o pequeña. El signo que viene de la palabra latina «io», que significa júbilo. Al principio se lo representaba con una mayúscula colocada sobre una pequeña. Este signo es probablemente una adaptación del número 8, con que se significaba el valor que tenía la antigua moneda española. El signo de la libra esterlina es, simplemente, la palabra latina «libra», y el de la libra es una abreviatura hecha con la primera letra de la misma palabra. Los signos de menor fueron ideados arbitrariamente por Leonardo de Vinci, el gran sabio y artista del siglo décimo quinto.

Por estos signos son pruebas de la escritura fonética en el alfabeto moderno. Algunas de ellas, como se ve en la relación con los jeroglíficos que veremos más adelante. Según dijimos, la escritura fonética de la escritura de figuras es muy antigua, por lo menos, de 400 años antes de Cristo. Siguen la babilónica y la semejante de los egipcios que aparecieron 3800 años antes de Cristo, por último la china, que tuvo origen en China también antes de nuestra era. Se cree que la influencia de una a otra, pero este punto está muy dilucidado. La babilónica y la sumeria con el nombre de escritura cuneiforme, la peculiar forma de cuña que presentan, de los egipcios, cambiaron tan radicalmente con el tiempo, que es imposible reconocerlos con los objetos familiares. De igual manera, los jeroglíficos egipcios, la escritura cuneiforme o el misterio durante muchos siglos y sólo en el siglo relativamente muy corto pueden invención de algunos sabios. Por curiosa coincidencia, el descubrimiento de su clave fué también un joven oficial de la arqueología, el inglés sir Henry Rawlinson, con su descubrimiento fué diferente del de un francés que encontró la lápida de Rosetta por casualidad. Rawlinson descubrió la clave al cabo de un laborioso estudio de una inscripción de forma de cuña, que se conocía desde hacía mil años y que muchos estudiosos habían intentado descifrar, en vano. Esa inscripción se encuentra en una roca situada a 1600 pies de altitud en la montaña de Bisitun, en el noroeste de Persia. Nadie había tenido idea de su significado hasta 1847, cuando Rawlinson emprendió su traducción. Resultó que era un aviso de propaganda, el primero que se escribió. Proclamaba en árabe la fama y el poderío de Darío el Grande del Imperio Persa del año 521 a. C. Darío eligió esa elevada roca como lugar para su propaganda personal y por eso hizo esculpir la inscripción en persa, en medio de las montañas y en babilónico. Este último idioma pudo ser descifrado también por Rawlinson a su profundo conocimiento del persa antiguo, con todo, la traducción de los dos idiomas le llevó un año entero. Tres años después, en 1851, terminó la tarea que hasta hoy se considera como la obra arqueológica más importante de una sola persona. Gracias a ella, fué posible traducir centenares de inscripciones babilónicas, y algunas tabletas de piedra labradas que se encontraban por viajeros, en Persia, desde el tiempo de su traducción, terminada en años recientes. Su traducción, terminada en años recientes, gran interés para la ciencia y aun para el público. En efecto, una de esas tabletas habla de un hecho que da como ocurrido, no hace 4.000 años, sino hace 36.000 años. Otra, que se refiere a un hecho del mundo, dice que ésta se produjo hace 10.000 años. Y una tercera, da a conocer el nombre sumerio en vez de hebreo, y agrega que los egipcios probaron del fruto prohibido.

Como se conoció también la escritura de figuras que apareció mucho más tarde que en el continente y, al parecer, de una manera independiente. La de los mayas data de unos 600 años antes de Cristo, y la de los aztecas, del año 1100 a. C. Es posible que hayan comenzado a desarrollarse mucho antes, pero no se han hallado elementos para probarlo. Se ha emprendido la interpretación de los jeroglíficos de los mayas, obra, por cierto, de gran magnitud, pues no se cuenta para esa interpretación equivalente de la piedra de Rosetta que se cuenta de cómo la escritura de figuras en escritura alfabética, se ha de tener en cuenta que hay dos métodos totalmente diferentes para el mismo problema. En la escritura de figuras, aun abreviadas o muy alteradas, se representan los objetos visualmente, como el dibujo de un animal que representa la palabra hablada «vacas». Pero en la escritura fonética se desarrolló de la escritura fonética. La escritura fonética comenzó también en China, pero no representaba los objetos

mismos, sino los sonidos de sus nombres. En otras palabras, es un sistema de escritura de dibujos de sonidos. Lo explicaré más. Supongamos que no poseyéramos escritura de ninguna clase. Para crearla, comenzaríamos por expresar objetos por medio de imágenes, como lo hicieron los antiguos. Si quisiéramos, por ejemplo, expresar la palabra hablada «ave», dibujaríamos un ave, y para la palabra hablada «nido», dibujaríamos un nido. Supongamos que, más tarde, en un mensaje a un amigo, quisiéramos transmitirle la idea de que alguien «ha venido». Pues lo expresáramos por el dibujo de un ave seguido por el de un nido. Este ejemplo, naturalmente exagerado, sería una forma simple de escritura fonética o de sonidos. Pero en tal caso el ave y el nido no representan ya los objetos, sino los sonidos, y, como se acaba de ver, el procedimiento es idéntico al de los jeroglíficos con que se entretienen nuestros niños. Un sorprendente ejemplo aparece en un antiguo manuscrito azteca que data de los tiempos de la conquista española. El autor quería expresar las palabras «pater noster». Dibujó, pues, una bandera, que en azteca se llama «pa», luego una piedra, que en el mismo idioma es «te», en seguida una planta de tuna (que en azteca es «noch») y, por último, otra piedra, «te», de suerte que la serie de dibujos se leía «pater noster».



Arriba. La roca con inscripciones en tres idiomas que proclaman las victorias de Darío Persa. Este ejemplo de escritura fonética de los aztecas demuestra como escribían los indígenas de México las palabras pater noster dibujando objetos cuyos nombres, hablados en azteca, tienen sonidos semejantes a los de esas palabras.

En el Antiguo Continente el empleo de la escritura fonética no empezó en un tiempo determinado. Hubo, en Egipto y en China, un largo periodo de transición durante el cual los caracteres fonéticos se infiltraron en la escritura de imágenes. En la escritura egipcia y china de época más avanzada hay buen número de «dibujos de sonidos» mezclados con las figuras «visuales». La verdadera escritura fonética, es decir, un sistema que no emplea nada más que símbolos de sonidos, fué, probablemente, desarrollada por algún pueblo semítico, basándose en los últimos jeroglíficos egipcios.

El alfabeto fué un resultado directo de la escritura fonética. Lo ideó alguien que, cansado de trazar los complicados dibujos de sonidos, se decidió a ganar tiempo de una vez y radicalmente. Fué un invento deliberado, como el de la estenografía moderna. Ese individuo produjo una revolución en el arte de escribir, una revolución porque fijó símbolos definidos para los sonidos, relativamente pocos, empleados al hablar por todos los seres humanos, cualquiera que fuese su lenguaje para reemplazar los dibujos de sonidos del enorme número de objetos y de ideas que una persona necesita expresar durante toda su vida. Imagine el lector la comodidad y la rapidez que importa expresarse con sólo 26 signos en vez de emplear una multitud de jeroglíficos. En Egipto llegaron a ser éstos 1.700.

Copiosos elementos de prueba permiten creer que el alfabeto fué inventado una sola vez y que todos los alfabetos antiguos y modernos son derivaciones o adaptaciones de ese único invento. Fué un hallazgo prodigioso.

Como dije al principio, el más antiguo ejemplo de escritura alfabética que se ha descubierto es un trozo de un cántaro de cerámica hallado en Palestina hace pocos meses. Fué desenterrado, junto con otros tesoros canaanitas, por el doctor Elihu Grant, del Haverford College, de Filadelfia. Especialistas dirigidos por el profesor Romain Butin, de la Universidad Católica de Washington, tradujeron los pocos caracteres de ese trozo por las palabras «Hijos de», parte, probablemente, de la frase «Hijos de Israel». Se calcula

la que el fragmento data de hace 4.000 años. Lo que demuestra que los canaanitas conocían el alfabeto en aquella época lejana. Por ese descubrimiento se logró, además, determinar la época y el origen de otros fragmentos de escritura alfabética, hallados antes. En 1904, sir Flinders Petrie, famoso arqueólogo británico, halló cierto número de losas con inscripciones en Sinaí, entre Egipto y la parte norte de Arabia. Durante veintisiete años fué muy vivo el desacuerdo de los hombres de ciencia con respecto al significado de esas inscripciones. Hubo quienes llegaron a afirmar que esas piedras eran las famosas Tablas de la Ley de Moisés. Terminó la discusión sólo el año próximo pasado, cuando el profesor Martín Springling, de la Universidad de Chicago, finalizó la traducción completa. La mayoría de las inscripciones que descifró eran plegarias de Balaat, la antigua diosa semítica. Con ello se demostró que eran anteriores a Moisés. Según el doctor Springling, una de las inscripciones consistía en un mensaje escrito por un mayoral árabe de una mina de cobre, y emitió la teoría de que ese hombre pudo haber inventado el alfabeto 1900 años antes de Jesucristo. Pero no parece haber sido tal el caso. El doctor Butin comparó las inscripciones del Sinaí con los ejemplos más antiguos de escritura de los canaanitas recogidos por el doctor Grant, y comprobó que los caracteres son más o menos los mismos. Antes de los hallazgos de Petrie y de Grant, la escritura alfabética más antigua que se conocía era de la piedra moabita hallada en 1868 cerca del mar Muerto por un misionero alemán llamado Klein. La piedra se conserva en el Museo del Louvre, de París. Los moabitas eran un pueblo semítico y se consideraban descendientes de Lot, el personaje del Antiguo Testamento cuya esposa fué convertida en pilar de sal. Esa tableta data de unos 1000 años antes de Jesucristo. Recientemente—puede decirse que hace pocos días—, el arqueólogo británico profesor John Garstang, realizó en Egipto un descubrimiento que arroja nueva luz en la historia de la escritura alfabética. Son tabletas antiguas que contienen, según la versión de Garstang, mensajes enviados por los canaanitas al Faraón, pidiéndole auxilio para expulsar a los israelitas de la Tierra Prometida.

Los primeros alfabetos no contaban igual número de letras que el nuestro, porque carecían de caracteres para las cinco vocales. El antiguo alfabeto hebreo, por ejemplo, tiene 22 letras. No hay vocales en los libros hebreos de oraciones que hasta el día de hoy se emplean en las sinagogas. Los modernos idiomas semíticos carecen también de los equivalentes a nuestras letras a, e, i, o, u. Es a modo de un expediente taquigráfico. Uno de los sistemas modernos de taquigrafía, el Pitman, recurre a la misma omisión. Los antiguos alfabetos canaanita y hebreo fueron propagados en las comarcas del Mediterráneo por los fenicios, pueblo de grandes traficantes, también de origen semítico. Por esta razón se ha creído durante mucho tiempo que los fenicios eran los creadores del alfabeto. Sabemos ahora que simplemente lo adaptaron y lo difundieron.

El primer alfabeto completo fué el de los griegos. Tomaron los caracteres fenicios entre los años 1000 y 600 antes de Jesucristo, y además de proveerlos de vocales, le introdujeron grandes modificaciones, entre ellas, la de invertirlo. En efecto, toda la escritura semítica se leía de derecha a izquierda. Los griegos fueron los primeros en escribir y leer de izquierda a derecha, como nosotros. En los cinco siglos que precedieron a la era cristiana, varias tribus italianas, sobre todo la de los etruscos, adoptaron y modificaron el alfabeto griego. De los etruscos lo aprendieron los romanos, y es la versión romana, o latina, del alfabeto, la que hemos heredado, virtualmente sin cambio.

He dicho que algunas de las letras de nuestro alfabeto tienen origen en la escritura de figuras. Tomemos, por ejemplo la mayúscula A. La letra correspondiente, en hebreo, se llama «Aleph»; la palabra «aleph», en hebreo, significa también «buey». En griego, la letra A se llama «alfa», pero téngase presente que es sólo el nombre de la letra y no la palabra griega que significa buey. En la antigua escritura figurada de Egipto, la cabeza de un buey era el símbolo de esa palabra. Se supone que cuando se inventó el alfabeto, ese símbolo, muy simplificado, fué elegido para representar la letra A, que todavía se parece a una cabeza de buey invertida. Primitivamente cada letra recibía el nombre de una palabra que comenzaba con ella, y se simplificaba el jeroglífico de esa palabra para que representara esa letra. Así, la letra B, en hebreo, se llama «beth» y significa «casas».

En cuanto a los materiales para escribir, recordaremos que las más antiguas reliquias de escritura aparecen inscritas en tabletas de piedra, pero los antiguos egipcios emplearon papiro, que es, como se sabe, una especie de papel de fibra vegetal. Los romanos escribían sus proclamas oficiales en tableros de roble cubiertos de cera, y los mensajes y libros, sobre pergamino. Empleaban plumas para trazar los signos. De ahí que todavía se llame pluma al pequeño instrumento de acero con que escribimos.

LOS criminales adquieren, con cada día que pasa, más eficiencia como tales; por eso tenemos que estar al tanto de la nueva "técnica" que puedan emplear, inopinadamente, los asesinos.

Esto lo declaró, no hace mucho, uno de los jefes de Scotland Yard, el inspector X...

Los asesinatos son considerados en Inglaterra como fenómenos sociales completamente normales.

Exceptuando el cinco por ciento de los asesinos, pagan todos su deuda a la Justicia en una u otra forma.

Una puede generalizar observaciones sobre cualquier crimen, con tal de que no se trate de asesinos.

Puede decirse, empero, que todo asesinato es un drama psicológico. Citemos el caso de un empleado bancario de Londres que asesinó para robar y que enterró el cadáver de su víctima en el patio de su casa. Ese caso fascinó a millones de personas. Sin embargo, asesinó cediendo a un impulso muy común.

Hace ya varios años que a ningún asesino se le ocurre, al menos en Inglaterra, enterrar el cadáver de su víctima en su patio o su jardín. Nació ese método cuando un asesino londinense, Thurtle, mató a un conocido suyo y lo enterró en el patio de su casa. Pensó que a nadie se le ocurriría buscar el cadáver allí.

La confianza que había puesto en su ingenio fué, empero, injustificada. Pero el hecho de que Thurtle muriera en la horca no fué óbice para que, hasta veinte años más tarde, enterraran los asesinos donosamente los cadáveres de sus víctimas en sus propios jardines.

George Joseph Smith introdujo un sistema homicida nuevo. Para su desgracia, cometió una pifia: la de repetir demasiado a menudo su "descubrimiento".

El tal Smith se dedicaba a explotar indefensas mujeres. Escogía una, le hacía la corte, se casaba con ella, conseguía que hiciera su testamento a favor de él, le aseguraba la vida y, de pronto, enviudaba accidentalmente. Todas sus esposas morían en la bañera, ahogadas.

Pero Smith fué demasiado deprisa en tan lucrativo negocio. Fué detenido, interrogado y procesado. Parecía, sin embargo, que iban a soltarlo porque, ¿cómo probaría el fiscal su culpabilidad? Su última esposa era una mujer robusta y joven. ¿Cabía la posibilidad de que Smith la ahogara en la bañera sin que precediera una lucha a brazo partido?

Resultó, por suerte, que un patólogo oficial, intrigado por ese caso insoluble, resolvió el misterio. Descubrió a su vez lo que había descubierto Smith: que se puede matar a una persona que está de pie en una bañera llena de agua tirándole bruscamente de los pies. Al caer la víctima para atrás entra el agua con tanta fuerza por las alillas de la nariz que la muerte por inmersión es inmediata.

El "crimen perfecto" fracasó y Smith fué ahorcado con todos los honores.

Nadie volvió a emplear el "truco" de la bañera. Nadie imitó tampoco el método que utilizó Sydney Fox. El y su madre se habían ganado la vida estafando a media humanidad. La madre había envejecido ya más de la cuenta; comenzaba a "fallar". Sydney resolvió deshacerse de ella con ventaja para él. Un día aseguró la vida de su madre por 15.00 dólares sacando una póliza de accidentes de viaje.

La madre murió a tiempo. La habitación en que se hospedaba se incendió y ella murió asfixiada, en su cama.

Ocurrió, sin embargo, que la compañía de seguros alentaba ciertas sospechas. Intervino el Scotland Yard y el cadáver fué exhumado. En-



LOS CAZADORES de NUEVOS METODOS CRIMINALES

por PATRICK
THOMPSON

VERSIÓN
ESPECIAL

DIA Y NOCHE TRABAJAN LOS MEJORES CEREBROS DE SCOTLAND YARD PARA FRUSTRAR LOS NUEVOS METODOS DE LOS ASESINOS. GRACIAS A ESA LABOR RESUELVE INGLATERRA EL PROLEMA DE LOS HOMICIDIOS.

tonces se reveló que Sydney era un ignorante. Si hubiera sabido que cuando se muere por asfixia provocada por el humo le encuentran a uno en la sangre vestigios de carbono monóxido, hubiera adoptado otro sistema.

Alfred Rouse "inventó" otro sistema, que tuvo seis imitadores en Inglaterra en menos de dos años. Rouse, que era un viajante del comercio, recogió una noche, en una carretera, a un vagabundo. Eran las dos de la madrugada cuando detuvo su vehículo en un camino vecinal, diciendo que el motor estaba fallando. Rouse se apeó, cogió algunas herramientas y le pidió al vagabundo que alumbrara, con una linterna, el motor. De pronto se volvió Rouse contra su compañero, le asestó un puñetazo.

Conviene aclarar aquí que Rouse había tenido la precaución de asegurarse la vida y que, cansado de su mujer, pensaba casarse con otra.

La suerte le fué adversa. Dos jóvenes aldeanos que regresaban a sus casas a campo traviesa, vieron cómo un hombre se alejaba rápidamente, a pie, del automóvil que ardía en llamas.

mas. La policía comprendió que ello era extraño. El cadáver incinerado del vagabundo fué objeto de minuciosos estudios. Se comprobó, de esa suerte, que no se trataba de los tipos de Rouse.

Dentro de las 48 horas siguientes fué detenido el agente viajero.

Los adelantos de la química, la mayor parte de conocimientos de los médicos y el progreso de la medicina forense se combinan para que los asesinatos por envenenamiento sean cada día más difíciles y arriesgados.

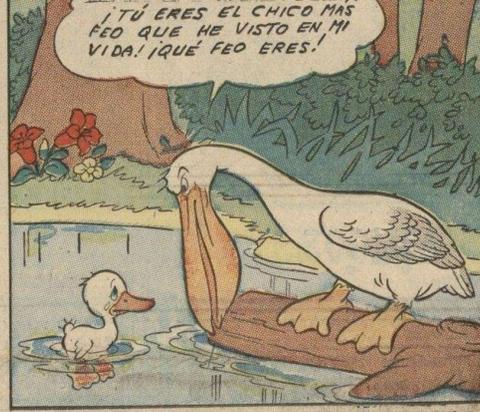
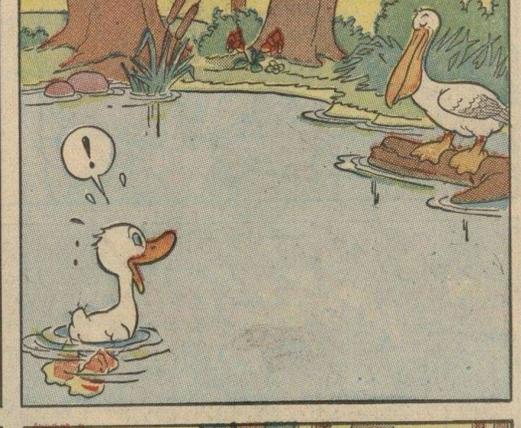
Los posibles envenenadores retroceden generalmente ante la posibilidad de que sus crímenes despierten sospechas.

¿Por qué se convierten personas absolutamente normales en homicidas? Generalmente se mata por venganza, por dinero, por insensatez, por conservación, etcétera. Por lo pronto, puede decirse que los asesinatos no desaparecen de los mapas criminales. Lo más que puede decirse es que un país es cuidar de que el número de asesinados se mantenga en un mínimo irreductible.

DIARIO DE LA MARINA

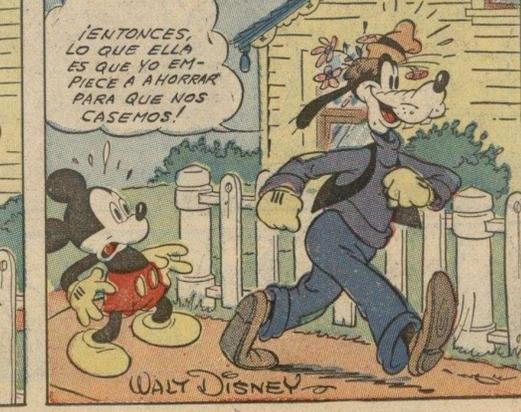
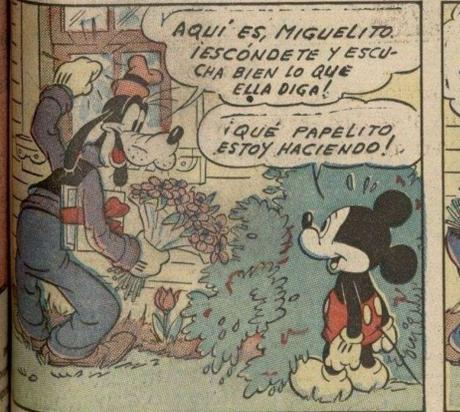
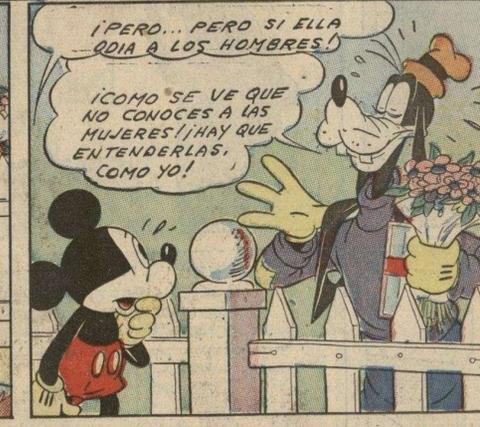
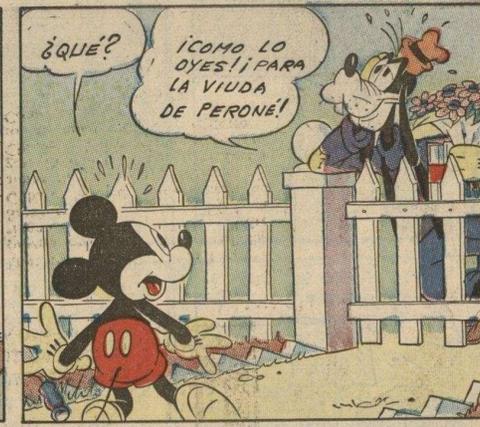
DOMINGO 16 DE ABRIL DE 1939

EL PATITO FEO POR WALT DISNEY



EL RATON MIGUELITO

REGISTERED U.S. PATENT OFFICE



WONG-LA

BRANDON WALSH

DEJANDO A TOMÁS Y AL MAGO EN EL ADUAR, QUE SE HALLA SITIADO POR UNA NUMEROSA FUERZA DE GUERREROS URBALAS, WONG Y CARLITOS BURLAN LA VIGILANCIA DE LOS CANIBALES Y LLEGAN A LA PLAYA, DONDE SE REÚNEN CON LOS TRIPULANTES DEL BARCO NAUFRAGO



ESTA ESCLITO: NI UNA TLOMPA LE PLATA PUELE PLEVALECEL ENTE VEINTE CUENLOS DE BLONCE.

...SÍ... ENTRE LA PLAYA Y EL ADUAR HAY MÁS DE UN MILLAR DE LAN-CEROS URBALA.



¿QUIÉN NEGALÁ QUE UN SOLO FÓSFULO PUELE LESTLUIL UNA METLÓPOLI? LOS BENEVOLOS VIENTOS SECUNLALÁN NUESTROS ESFUZLOS BIEN UNILÓS.

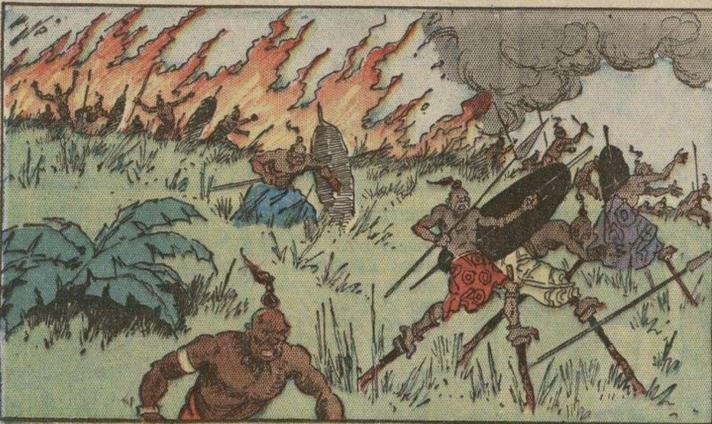


SIN SUS ZANCOS LOS NUESTROS NO PUEDEN COMBATIR. TENDREMOS QUE RENDIRNOS.

ESPERA, CAMARADA. WONG ESTÁ HACIENDO SEÑALES DE HUMO.



EN TABLAS LE JALE ESTÁ ESTÁ ESCLITO: PALA ESCAPALSE LEL FUEGO, UNO ES CAPAZ LE METELSE EN AGUA HILVIENLO.



¡MIRE! WONG HA LOGRADO SALVAR NOS!



NO POLEMOS EVITAL QUE LOS PÁJALOS LEL PELIGLO VUELEN SOBRE NUESTLAS CABEZAS....

Copr. 1939, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved. 4.9 N. PERRY

ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U. S. Patent Office

Brandon Walsh



POR LA CASUALIDAD DE SER MADRASTA DE UNA ACTRIZ INFANTIL FAMOSA, LA SRA. FLORES SE PORTA COMO SI FUERA LA REINA DEL UNIVERSO.



CONQUE REINA, ¿EH? YO LA CONOCÍ DE REINA DE UN FIGÓN, DONDE TRATABA DE GOBERNAR UNA HORDA DE MOSCAS CON UNA SERVILLETA DE PAPEL.

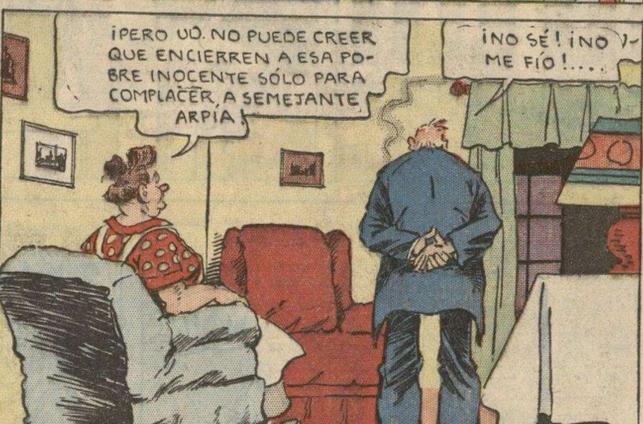


... ¡SOLO POR QUE EL PE-RRITO DE ANITA LE LA-ORÓ AL SUYO!....

¡NO INSULTE A LOS ANIMALES DECENTES LLAMANDO PERRO A ESA MONSTRUOSIDAD DE ELLA! ¡SI ÉL ES PERRO, YO SO' UN AVE DEL PARAÍSO!



¡¿PENSAR QUE ESA MUJER HA LLEVADO SU MALIGNIDAD AL GRADO DE DENUNCIAR A ANITA POR NIÑA VAGABUNDA, QUE DEBE ESTAR RECLUÍDA EN UN ASILO DE HUÉRFANOS! ¡INFAME!



¡PERO UD. NO PUEDE CREER QUE ENCIERREN A ESA POBRE INOCENTE SÓLO PARA COMPLACER A SEMEJANTE ARPIA

¡NO SÉ! ¡NO Y ME FÍO!....



DESPUÉS DE TODO, ANITA, SE-GÚN LA LEY, ES UNA NIÑA SIN HOGAR Y SIN TUTOR DE QUIÉN EL ESTADO DEBE HACERSE CARGO

PERO SI ALGUIEN LA ADOPTASE, ENTONCES...



¡OIGA! ¡ESTA ES UNA BUENA IDEA! ¿QUIÉN NO QUISIERA TENER POR AHITADA A UNA CRIATURA TAN ENCANTADORA? YO....



¡CARAMBA "HUESITO"! ¡ESTOY APURADÍSIMA! PERO TÚ NO TIENES LA CULPA, QUE EL PERRO DE LA SRA. FLORES TE GRUÑA Y...



ELLA TE HA COGIDO ODDIO PORQUE LE LADRASTE A SU PEQUINÉS, Y COMO YO NO QUIERO PERGARTERTE, PIDE QUE NOS ENCIERREN EN UN ASILO DE HUÉRFANOS

Copr. 1939, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved. 4.9



MODESTO RIZOS

MODESTO, QUE SALE A HACER UN REPORTAJE SOBRE UN MISTERIOSO SEÑOR BORO, SE ENCUENTRA CON UN DESCONOCIDO QUE LE ENTREGA UN SOBRE Y SE VA.

¡UN DETECTIVE HABLA AL EMPLEADO DEL HOTEL ACERCA DE UN ROBO DE CONSIDERACIÓN!

¡Y YO TENGO EL DINERO ROBADO!

SI VEO GENTE SOSPECHOSA EN EL HOTEL, SE LO AVISARÉ EN SEGUIDA, SEÑOR.

¡QUIERO PRENDER AL LADRON CUANDO AUN LLEVE ENCIMA LOS \$10,000 EN BILLETES!

¡OÍ SU CONVERSACION Y QUISIERA SABER ALGUNOS DETALLES DEL ROBO. QUIZAS YO PUEDA...

¡A USTED NO LE IMPORTA, JOVEN!

¿QUIERE DARMEL PAPER DE ESCRIBIR, AMIGO?

CON MUCHO GUSTO, SEÑOR RIZOS... ENCONTRARÁ LA SALA DE ESCRIBIR EN EL PISO PRINCIPAL.

DESPUES, EN LA JEFATURA DE POLICIA...

ACABO DE RECIBIR ESTO POR CORREO URGENTE, DO LAN... ¡DIEZ BILLETES DE MIL PESOS!

¡HOMBRE! ¿ES...?

EN EL SOBRE HABIA ESTA CARTA SIN FIRMA. DICE: ADJUNTO ENCONTRARÁN EL DINERO ROBADO RECIENTEMENTE AL BANCO DE NORTHWOOD ASI COMO UNA DESCRIPCION EXACTA DE UNO DE LOS LADRONES..

¡QUE SUERTE TENEMOS, DOLAN! ¡QUE SUERTE!

¡YA QUE HE AYUDADO A LA POLICIA, ME OCUPARÉ DE MI REPORTAJE!

TENGO QUE BUSCAR LA CASA DEL SEÑOR BORO, QUE ESTÁ EN EL PASEO DEL PINO Y CONSEGUIR UNA ENTREVISTA CON EL.

¿CONQUE EL SEÑOR BORO VIVE EN LAS AFUERAS?

DESDE AQUI SE PUEDE VER LA CASA. EN LA CIMA DEL CERRO.

MODESTO LLAMA A LA PUERTA. LE ABREN Y...

¿USTED?

¡AH, SEÑOR RIZOS! ¡TANTO GUSTO! ¿ABRIÓ EL SOBRE QUE LE DI? ¡PASE, AMIGO Y CUÉNTAME!

LYMAN YOUNG
CONTINUARA.

AVENTURAS DE AGUILUCHO

By Lyman Young

¿ESTÁ SEGURO, PEPE, DE QUE VAMOS AL SITIO DONDE VIO EL OKWAPI?

¡SEGUROSÍMO, SEÑOR FAXTON! ¡CUANTO SIENTO QUE SE ME HAYA ESCAPADO EL RINOCERONTE PEQUEÑO!

NO SE APURE POR ESO, PEPE. ¡EL OKWAPI ES UN ANIMAL RARÍSIMO, MUCHO MÁS VALIOSO QUE CUALQUIER RINOCERONTE!

¿LO VE?

ALGO SE MUEVE, ALLÁ ENTRE LOS ÁRBOLES.

¡ACOMPÁÑEME, PEPE.

AGUILUCHO, NOS ESPERARÁ AQUÍ CON TALLEY.

ANTES DE ACERCARNOS AL ANIMAL, VAMOS A ESTUDIAR BIEN EL TERRENO.

¡QUE MALA SUERTE TENGO! ¡AGUILUCHO SE QUEDA CON TALLEY, MIENTRAS YO VOY A BUSCAR ANIMALES FANTÁSTICOS!

¡HAY ALGO ENTRE LA MALEZA, SEÑOR!

¡QUIETO Y ANDE CON CUIDADO!

¡ENCARAMÉMONOS A UN ÁRBOL! ¡PRONTO!

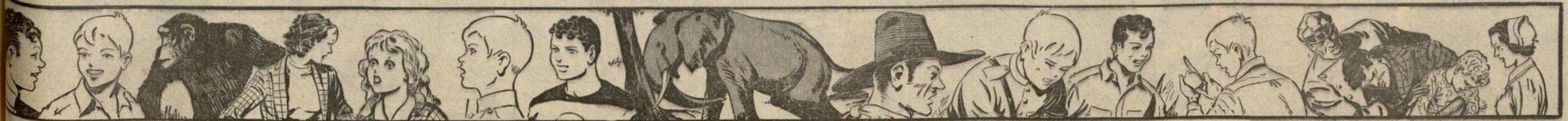
¡A QUIÉN SE LO DICE!

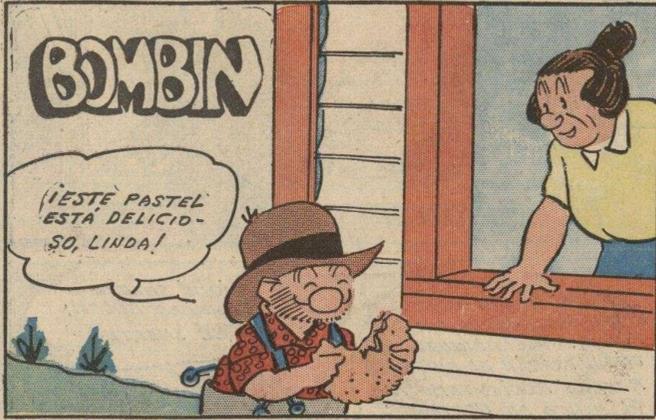
¡QUIETO, AGUILUCHO! ¡MIRE!

¿QUE ES, TALLEY?

¡EL OKWAPI!

CONTINUARA 4-9 LYMAN YOUNG





PEDRO HARAPOS

